

*¿Y si todo lo que creías saber  
era una mentira?*

# CARTAS AMARILLAS

MIRIAM MEZA

# **CARTAS AMARILLAS**

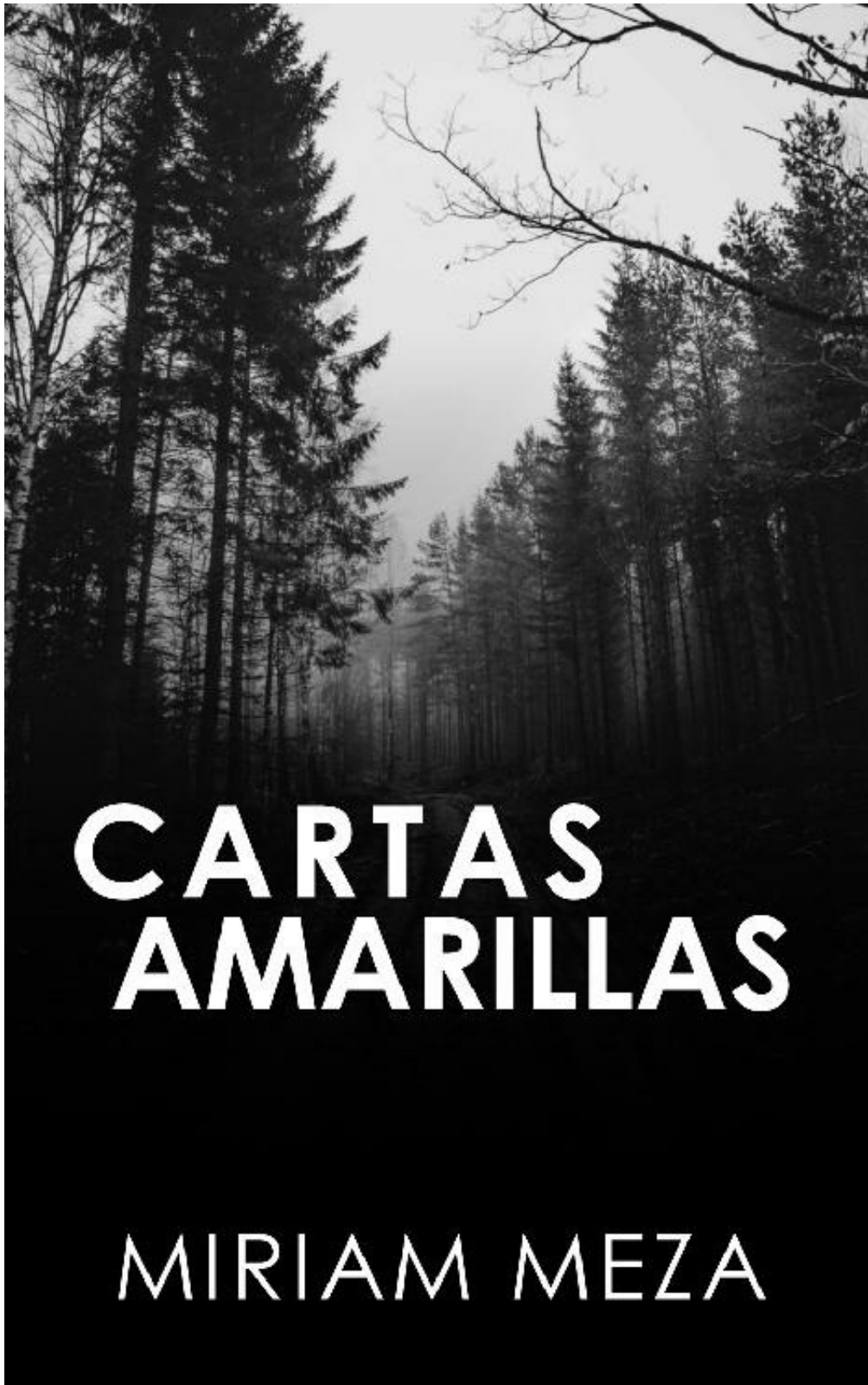
## **CARTAS AMARILLAS**

2019 © Miriam Meza

**Diseño de Portada:** Aletheia Creative **Imagen de Portada:** Alexandru Zdrobau © Unsplash  
**Maquetación:** Aletheia Creative TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Esta es una obra de ficción. Nombres, personas, lugares, productos y situaciones son, o parte de la imaginación del autor, o utilizados de forma ficticia. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales o hechos, es pura coincidencia.

Esta obra no puede ser reproducida, escaneada o distribuida de cualquier manera sin la autorización del autor, salvo el uso de citas breves en la redacción de artículos o reseñas.



# CARTAS AMARILLAS

MIRIAM MEZA

***Todo empezó con una mentira...***

Cuando te vi por primera vez me enamoré de tu espíritu salvaje, de lo libre que eras y de lo que me hacías sentir.

Pero todo era una mentira ¿no es cierto? Una más de las miles que dijimos. Era más fácil pretender e ignorar las señales. Era más sencillo escribirnos cartas y tomarnos de la mano. Pero ese fue mi error, supongo. Seguirte el juego.

***Ahora no estás...***

Un día simplemente te desvaneciste poniendo mi mundo de cabeza. No hay un solo lugar en el que no te hayan buscado, y nadie parece saber dónde estás. Desapareciste sin dejar rastro, y ahora todos me miran con sospecha porque, según ellos, nadie te conoce como yo.

Tu partida es un misterio para todos. Lo que ellos no saben es que hay un misterio aún más grande. Y ese eres tú.

***Pero no te preocupes, Liv. Porque, sin importar lo que cueste, te voy a encontrar.***

*Dedicado a todos los que sueñan, a los que lo dan todo, y a los que no se rinden (a pesar de los obstáculos).*

*“Y busqué entre tus cartas amarillas Mil te quiero, mil caricias Y una flor que entre dos hojas se durmió”*

**Nino Bravo**





## PRÓLOGO

*Liv*

Nunca he sido particularmente buena, pero me gusta pensar que soy capaz de hacer buenas obras. Mis amigos en la escuela siempre fueron de los que preferían intimidar antes que mostrar vulnerabilidad, pero incluso cuando no estaba de acuerdo con sus métodos podía entender sus razones. Era preferible dar miedo que dar lástima, especialmente en un pueblo como Shoreham donde todos se meten en los asuntos de los demás.

Cuando Thomas llegó a la escuela, a mis amigos les tomó pocos días antes decidir que él pertenecía al grupo de las víctimas. No porque les pareciera débil, sino porque le temían. Y si Alex Hunter le temía a Thomas, entonces yo también debía temerle. Pero en lugar de temor, sentí curiosidad.

*«Y la curiosidad es una cosa peligrosa».*

Por un tiempo les seguí el juego a mis amigos. Era normal que me dejara llevar por ellos. Me decía que si algo pasaba sería su culpa, no mía. Sin embargo las cosas cambiaron. Conseguí una excusa para acercarme a Thomas. Un motivo.

Y lo hice...

Me acerqué tanto que ya no veía partes de mí que no le pertenecieran a él. Y me gusta pensar que hay partes de él que eran mías. Por primera vez sentía eso sobre alguien, y eso llenaba de maneras que nunca imaginé.

Siempre tuve presentes las razones por las que me acerqué. Incluso cuando Thomas llenaba mis días con sus cartas. Cartas amarillas que contaban historias, dibujaban sonrisas, revelaban secretos. Aunque no todos los que guardaba. Tampoco todos que yo tenía.

*«Yo, en cambio, le devolvía mentiras».*

Thomas también me regalaba rosas. Hermosas, fragantes y perfectas, pero rodeadas de espinas. Algunas veces pensaba que las rosas eran una especie de alegoría de la vida, y que a pesar de las dificultades éramos capaces de convertirnos en algo hermoso y perfecto.

*«¿Por qué las cosas tuvieron que ser así entre nosotros?»*

Muchas veces sentí la necesidad de sincerarme con Thomas. De contarle sobre las verdaderas razones por las que me acerqué a él. Algunas veces pensaba que con el tiempo él entendería, y me perdonaría. Pero otras tantas me decía que no, que Thomas se sentiría traicionado, herido, y me negaba a ser yo quien lo dañara de esa forma.

Pero tarde o temprano todo termina saliendo a la luz, pienso; y los secretos que celosamente guardaba ya no estén bajo mi control.

Mi mente está confusa. Los pensamientos corren salvajes de un lado a otro. Retazos del pasado. Imágenes del futuro que imaginaba con Thomas.

*«Él, siempre él».*

Mis pensamientos no dejan de regresar a Thomas y a sus rosas.

Casi puedo sentir el delicado roce de los pétalos contra mi piel, el dulce aroma impregnando el aire, invadiendo mis sentidos. Pero esta vez es diferente. Demasiado fuerte. Demasiado dulce. Demasiado invasivo. Tanto que mi estómago se revela a esa sensación y mi cabeza empieza a

flotar en un mar infinito de preguntas sin respuestas.

*«Algo no está bien».*

Intento abrir mis ojos, pero se sienten muy pesados.

Me toma varios intentos conseguirlo, y cuando lo hago las cosas no tienen sentido de inmediato. Me duelen la cabeza y el cuello. Intento levantar una mano para llevarla a los lugares donde siento dolor, y evaluar los daños, pero no puedo moverla. Estoy atada, noto. Y apenas el pensamiento se registra en mi cerebro, empiezo a entrar en pánico.

*«No, no, no...»*

Mi corazón retumba con fuerza en mi pecho, acelerándose por segundos, mientras que la sensación de mareo y náuseas empiezan a apoderarse de mi cuerpo. Mi respiración es errática y superficial, y me siento incapaz de llevar suficiente oxígeno a mis pulmones, lo que definitivamente no ayuda con el mareo.

*«Tengo que salir de aquí».*

—Ayuda... —digo, pero me arde la garganta y las palabras apenas se escuchan—. Por favor...

Los minutos pasan y mis súplicas siguen sin ser escuchadas. Es en este momento que los recuerdos empiezan a aparecer, encajando como piezas de un rompecabezas.

Un hombre. No, un muchacho. Tal vez un poco de ambos, pienso. Una camioneta que no reconozco en el borde de la carretera. Una señal de ayuda. El hombre estaba en problemas, pensé. Me acerqué a ayudar, recuerdo. Pero la camioneta estaba vacía. Luego alguien presiona un pañuelo sobre mi cara, cubriéndome la boca.

El olor dulce. La sensación de mareo. El desconocido creyéndome dormida que empieza a hablar. Mis ganas de huir. El miedo. Su voz...

*«Yo recuerdo esa voz».*

—¿Qué me dijo?

—Trato de recordar. Algo, cualquier cosa. Sin embargo los detalles me evaden.

Él llevaba una máscara, noté. Era negra con unas manchas rojas debajo de los ojos, como si fueran lágrimas de sangre.

Luego levantó la máscara, dejándola sobre su cabeza como si fuera una gorra de béisbol, y encendió la camioneta. No estaba averiada como yo creí. Su mano me tocaba cada pocos minutos, como asegurándose de que seguía ahí. Y aunque en ese momento no estaba atada, tampoco podía moverme.

*«¿Por qué?»*

Mi mente estaba cada vez más lúcida, pero los detalles de esos recuerdos siguen evadiéndome. Es como si estuviera viendo la vida de alguien más, o una película.

—Ayuda... —insisto y es cuando escucho la primera señal de que no estoy sola.

Mi cuerpo se pone en alerta. Mi respiración se hace más rápida y superficial, mi corazón redobla la velocidad de sus latidos y mis manos sudan profusamente. Esos son pasos, pienso mientras empiezo a distinguir los sonidos a mi alrededor.

*«Alguien se está acercando».*

Las lágrimas empiezan a correr por mi rostro. Estoy asustada. Los pasos se escuchan cada vez más fuertes, cada vez más cerca. Entonces oigo el sonido de una puerta abriendo y cerrando.

Cierro los ojos con fuerza, pero pretender que estoy dormida es inútil. Estoy demasiado alterada para que resulte creíble. La risa masculina que llena mis oídos segundos después es suficiente confirmación de que no tengo ningún futuro como actriz.

—Hola Olivia —dice la voz de mis recuerdos antes de que sienta un pinchazo en el brazo.

Ya no es necesario que finj a estar dormida, porque el frío empieza a apoderarse de mi cuerpo, y la oscuridad toma el control de mi mente.



Cuando vuelvo a despertarme mi cabeza está más clara. Sabía que él volvería a drogarme con lo que sea que estuviera usando, pero está bien, e so solo significaba que debía aprovechar mis momentos de lucidez para estudiar mi entorno.

Dejo que mis ojos se adaptaran a la claridad y que mis sentidos se agudicen. Observo el techo de madera, similar al de la cabaña en la que solía reunirme con Thomas en el bosque, y desde el lugar en el que estoy puedo escuchar el rumor del lago. Eso me hace pensar que, de poder escapar, tendría oportunidad de regresar a casa. Pero antes de intentarlo tendría que estudiar bien a mi oponente. Eso es algo que mi padre me diría, al menos.

Mi relación con papá nunca ha sido la mejor.

Siempre he resentido que me pusiera a mí todo el carácter que le falta con mi madre, y que la dejara escaparse con el alcohol en lugar de ser una madre para mí o una esposa para él. Sin embargo recuerdo cuando era niña y me acercaba a pedirle cosas, cómo él me decía que tenía que ganarlas. Me ponía pequeñas pruebas para que mostrara que merecía las cosas que estaba demandando. No importaba si fueran golosinas o permisos para ir a jugar con mis amigas, siempre tenía que ganarlo.

Las pruebas luego se convirtieron en retos. Y los retos venían con detalladas instrucciones. Cuando lograba superarlas, encontraba su aprobación además de mi premio. Descubrí entonces que siempre haría lo posible por tener el favor de mi padre. Era mejor tenerlo contento y orgulloso que hacerlo molestar. Pero no siempre podía ganar. Y cuando eso pasaba no me trataba como su hija, sino como un fracaso, como una decepción más. Digna hija de su madre, me diría, entonces me dar ía la espalda y se marcharía.

Pero en estos momentos nada de eso importa. La decepción, el vacío, los gritos, todo..., volvería a eso sin pensarlo dos veces, porque eso significaría que sigo viva, que soy libre.

*«Pero la libertad es algo que todavía no he ganado, y que no sé si pueda ser posible».*

Mi carcelero está al otro lado de la puerta. Lo sé porque puedo ver su sombra moviéndose de un lado al otro, como un animal enjaulado, a través de la rendija inferior.

—Puedo escucharte —le digo esperando sentir la oleada de miedo envolverme, pero nunca llega. En su lugar siento rabia, frustración. Determinación.

Entones el sonido de sus pisadas se detiene. Me ha escuchado. Sabe que estoy despierta. Pero no hace nada.

No abre la puerta ni hace ningún movimiento para hacerme callar, así que sigo hablando.

—No sé quién eres —explico sentándome, y aunque mi cuerpo estaba en alerta, parte terror y parte furia, enuncié mis palabras con seguridad recordándome que el miedo era el enemigo tanto como la persona al otro lado de la puerta—. No vi tu cara. Si me dejas ir, te aseguro que no iré a la policía —añadí fingiendo confianza, y esperando que eso funcionara. Algunas veces las personas bajan la guardia cuando enfrentan a alguien fuerte. Eso lo sé bien porque lo he visto en los pasillos de la escuela desde que Alex y Gina decidieron que sería divertido aterrorizar a los demás antes de que notaran que nosotros éramos los débiles y nos atacaran.

Si él estaba ocultando su rostro con una máscara podía ser por dos razones, o es al quien a quien conozco o no tiene planes de matarme, solo de pedir dinero a mi familia. Eso tiene lógica, pienso, pues si mi carcelero tuviera planes de asesinarme no le importaría que viera o no su cara.

Mis ojos recorren la habitación en la que me encuentro, detallando las paredes rústicas y las ventanas viejas que no tienen apariencia de ser tan resistentes.

Apuesto que, si lograra liberarme, podría escapar a través de ellas. Pero ahí es donde reside el problema. En mis ataduras, y en lo difícil que será librarme de ellas si no encuentro algo para cortarlas. A duras penas pude moverme para impulsarme a una posición menos vulnerable. Sentada, en lugar de estar acostada en el suelo donde mi única vista sería el techo.

Veó también una mesa vieja y una silla a un lado de la habitación, y sobre la mesa está mi mochila y un florero lleno de rosas. Frescas, de colores vibrantes, dándole un toque de alegría a un lugar que de lo contrario sería oscuro y deprimente. Son para mí, pienso. Él las puso para mí.

«Pero, ¿por qué?»

El único que me regala rosas es Thomas, pienso.

Entonces siento que el hombre detrás de la puerta se mueve. Cerca o lejos, no estaba segura. Pero tenía que hacer algo para evitar que se fuera, porque si había algo más aterrador que estar encerrada en esta habitación era la posibilidad de quedarme sola en ella.

Sin embargo nada de lo que hago por llamar su atención funciona. Él se va, dejándome atrapada en esta habitación. Observando la salida sin ser capaz de alcanzarla. Sola. Y, no por primera vez, me pregunto cuánto tiempo he estado aquí, si alguien me está buscando, si están cerca de encontrarme, o si llegarán demasiado tarde.

«Espero que no sea demasiado tarde».



## CAPÍTULO 1

*Presente*

Todas las personas guardan secretos. Algunos son inofensivos. Una omisión que se convirtió en una mentira, hasta que fue cobrando peso en la consciencia y transformándose en algo más. Algunos secretos son más oscuros, retorcidos y peligrosos. Todavía no sabía en qué categoría colocarla a ella, pero supongo que tampoco debería echarle la culpa. Al fin y al cabo Liv no era

la única que ocultaba cosas. Yo también lo hago.

—¿En qué piensas?

El hombre frente a mí me observa con atención.

Está en guardia, como si temiera que en algún momento fuera a explotar. Como si yo fuera una bomba o una sustancia inestable. Tal vez para él soy eso. El detective Sebastian Sawyer no parece ser un hombre paciente y, aunque no lo diga, sé que el tiempo está jugando en mi contra.

—En nada... —le respondo tratando de sonar casual, aunque en realidad estaba pensando en ella. En su cabello oscuro, en su mirada coqueta, en la calidez de sus manos cuando las tomaba entre las mías. En lo pequeña que se veía a mi lado. En lo frágil que parecía. Tan frágil como mi corazón. Un corazón que latía cada vez que la veía sonreír y que ahora es solo un peso muerto dentro de mi pecho. Ella no está, y yo sigo aquí. Atascado y confundido. Preguntándome qué será de ella, si estará bien, si volveré a verla.

*«O por qué la gente me culpa».*

El detective Sawyer se deja caer contra el respaldo de la silla y arquea una ceja. No se preocupa en ocultar cuánto le desagrada. Mi ropa, los tatuajes en mis brazos y mi cabello desordenado deben recordarle a todos los delincuentes juveniles que ha visto desfilar por la estación de policía a través de los años. Quizás piense que soy una pérdida de tiempo para mis padres y un desperdicio para la sociedad. Dios sabe que muchas veces me he sentido así. Insuficiente, indigno, fracasado. Todo eso y mucho más, pero solo hasta que apareció ella.

—Por un momento creí que me responderías que estabas pensando en Olivia Martin —me dijo entornando los ojos.

Olivia. Ella odiaba ese nombre. Siempre insistía en hacerme llamarla Liv.

—Siempre pienso en ella... —le digo en voz baja, porque es ciego. ¿Qué caso tenía mentir ahora? Ya habíamos mentido suficiente ella y yo.

—Sin embargo no me has dicho nada que pueda ayudarnos a encontrarla —me recordo—. ¿Es que acaso sabes algo que nosotros no? —Quiso saber.

¿Saber algo? Ojalá supiera algo. Cualquiera cosa.

Porque incluso las cosas que creí conocer sobre ella empiezan a sonar falsas en mi propio cerebro. ¿Sé dónde está Liv? No, no lo sé. Debería saberlo, pero no lo sé. Se suponía que ella no se iría sin mí. Tampoco se suponía que desaparecería sin dejar rastro.

—No sé nada que ustedes no sepan ya —admito con pesar. Al menos en lo que a Liv respecta, eso es correcto. —Sin embargo estás seguro de que Olivia huyó, y no que alguien la secuestró como declaran sus padres —dice el detective y su tono me dejaba claro que no me creía. Por momentos yo también dudaba, porque ella no se iría sin despedirse de mí, porque nuestro plan era huir juntos no que ella me dejará atrás. Dudaba porque no quería creer que ella me abandonaría, como hizo antes mi hermano y como han hecho mis padres, aunque vivamos bajo el mismo techo.

Pero no tengo palabras para explicarle al detective todos esos pensamientos atascados en mi cerebro, no sé cómo sacar todas esas ideas, todos los recuerdos, los planes, las tardes de promesas frente al lago, las cartas, nuestros secretos. Liv no tendría el mismo problema. Ella no se atascaba con las palabras, como yo lo hacía. Ella no dudaba. Liv podría leer las intenciones del detective Sawyer en segundos y darle la respuesta que él quiere escuchar. Ella lo conquistaría con unos cuantos gestos, una mirada y pocas palabras. Ella tenía, tiene, esa clase de poder. Pero yo no soy tan manipulador como mi chica lo es, yo no puedo pretender estar calmado mientras mi mundo se derrumba a mí alrededor, mientras ella está allí afuera en algún lugar, ocultándose de todos, ocultándose de mí. Yo solo quiero que todo esto termine para poder salir a buscarla, porque tal parece que el único que realmente quiere encontrarla soy yo.

La policía pierde el tiempo haciéndome preguntas para las que no tengo respuestas, como si yo supiera donde se esconde Liv, como si yo fuera culpable. Pero la policía no es la única que piensa eso. Al parecer la gente de Shoreham ha logrado ponerse de acuerdo por primera vez en algo, usando el periódico para decir de quien sospechan a todo el que esté dispuesto a leer. Y como imaginarás, no hay mejor sospechoso que yo. El chico oscuro y desaliñado, el de los tatuajes, el que vive en el borde del bosque. ¿Quién mejor para llevar la culpa de la desaparición de Olivia?

La gente del pueblo está tan conforme con esa teoría que ni siquiera se han detenido a pensar en la alternativa. En que nadie forzó a Liv. Que ella huyó y que yo me hago las mismas preguntas que ellos. ¿Por qué? ¿A dónde?

Ni la gente del pueblo ni la policía piensa que el solo hecho de que ella esté sola, asustada o en peligro hace que mi pulso se acelere y la habitación empiece a dar vueltas. ¿Cómo podría ser yo culpable de forzarla, de hacerle daño, si ella es la única persona que se ha preocupado por mí desde que mi hermano Erick se fue de la casa?

Trato de calmarme pensando en sus palabras suaves sobre páginas amarillas, esas que están guardadas en una caja en la parte superior de mi armario. Esas cartas en las que hacíamos planes y nos contábamos secretos. Esas palabras que me hacían sonreír y sentirla cerca cuando no podíamos estar juntos. Eso es lo único que me queda de ella.

—Ella y yo planeamos huir juntos —confieso finalmente—. Se suponía que lo haríamos cuando termináramos la escuela.

—¿Y debo creer en tu palabra?

—Responde el detective Sawyer, con la burla tiñéndole la voz—. ¿O acaso tienes algo que demuestre que es verdad?

—Las cartas...—digo en voz baja, dándome cuenta que la única oportunidad que tengo de encontrarla es estando libre, aunque para eso tenga que contarle todo.

Aunque para eso tenga que revelar todos los secretos. Los suyos y los míos—. Liv y yo estuvimos intercambiando cartas desde el verano pasado. Todo está allí —confieso, y la expresión dudosa del detective se transforma en una de triunfo. Como si él hubiese sabido todo este tiempo lo que yo ocultaba. Ahora era yo quien se preguntaba qué ocultaba él.

## 1 de junio de 2017

Querido Thomas, Hoy fue uno de los días más especiales que he tenido en mucho tiempo, así que decidí escribirte esta carta para dejártelo saber. Es posible que no me atreva a decírtelo en persona, por lo que el papel y el lápiz son mis opciones por ahora.

Parece una tontería escribir una carta por una simple flor, pero es la primera vez que recibo una, así que sígueme la corriente por un rato.

A veces me siento sola y perdida. Quizás pienses que no es cierto, que siempre estoy rodeada de personas ¿cómo podría sentirme así con todos ellos a mi alrededor? Pero es cierto, Thomas. Tú lo has visto. Eres el único que lo ha hecho.

En los pasillos de la escuela no soy más que un personaje, y mi vida no es sino un montaje. Como si se tratara de una elaborada pieza teatral. Pero en los veranos puedo esconderme detrás tras bambalinas, quitar me el maquillaje y el disfraz. En los veranos puedo ser libre.

¿Tú eres libre, Thomas? Tengo curiosidad de saber.

A veces te veo y siento la tristeza que emana de ti. A veces envidio que vistas tus emociones sin temor a lo que piensen los demás. O tal vez eso solo sea una máscara y no seamos tan diferentes después de todo.

Es posible que nunca te envíe esta carta. Pero si me armo de valor y lo hago, deja la respuesta en la casa del árbol frente al lago. Me gusta ir a ese lugar. A veces a leer, a veces a escuchar el viento soplar contra los árboles, o simplemente a esconderme.

Si alguna vez necesitas hacer una de esas cosas puedes usar mi lugar. Creo que te vendría bien. Es posible que incluso te esté esperando allí. O tal vez no.

Pero si no lo intentas, no lo descubrirás.

Con una flor en la mano y una sonrisa en la cara, **Liv.**



## CAPÍTULO 2

### *Pasado*

*«No la mires, idiota».*

Tenía que recordarme constantemente que ella y yo no pertenecíamos al mismo grupo, al mismo estrato y a veces, incluso, pensaba que no pertenecíamos a la misma galaxia. Olivia Martin era todo lo que yo no, sus amigos representaban todo lo que yo detestaba sobre este colegio y ella parecía ser como ellos. Sin embargo, en ocasiones, me encontraba a mí mismo mirándola y pensando al diablo con todo eso, voy a invitarla a salir.

Por suerte el sentido común retornaba cuando estaba a pocos pasos de pasar un mal rato, no solo por ser rechazado por la chica más popular de la escuela sino también por plantarme una diana en el trasero y ser el objeto de las bromas pesadas de sus amigos. Ellos tenían fama de ser bastante crueles en ese sentido, o al menos eso me dijeron durante mi primera semana aquí.

Todavía la gente me mira como el chico nuevo, a pesar de que el año escolar está a punto de terminar. Creo que ese mote me acompañará hasta que otra alma desgraciada cometa el error de venir a Shoreham y se apunte a esta misma escuela, aunque no veo a nadie haciendo semejante tontería voluntariamente.

Iba caminando rumbo a mi clase de cálculo, con las manos en los bolsillos, mis audífonos colgando de mi cuello con una canción de Pantera funcionando como escudo protector y la mirada clavada en el suelo, recordándome que debía darme prisa. Pero la miré. La miré porque escuché su voz. Y si, como yo, pasas tanto tiempo observando a alguien mientras pretendes que no lo haces, llegas a reconocer su voz incluso en la distancia, reconoces el significado de sus gestos, de sus palabras y de sus silencios. Hay cierta intimidad en toda esa información, pero yo no me engañaba a mí mismo.

Porque realmente no la conocía. Yo veía exactamente lo que ella quería mostrarme, igual que el resto de la escuela. Pero eso estaba bien para mí.

Estaba tan concentrado en su voz que no noté a un chico de primer año que venía hacia mí, cargado de libros y mirando nerviosamente hacia atrás. Él tampoco me miró, y terminamos chocando contra el otro en el pasillo.

Los libros del chico volaron por todas partes y las risas de los amigos de Olivia no se hicieron esperar.

Ayudé al chico a levantar sus cosas, me disculpé en voz baja y me puse de pie para seguir hacia mi clase, pero cometí otro error. Levanté la mirada y me encontré con la suya. Olivia sonreía. No con burla, como sus amigos, sino con algo parecido a la ternura. Y siendo el idiota que mis padres criaron, yo alcé una ceja y gruñí antes de abandonar el pasillo, porque era preferible atacar antes de ser atacado.

Me gustaría decir que ese incidente quedó rápidamente en el olvido, pero no fue así. Durante mi clase de cálculo no hacía más que reproducir en mi mente el momento en que nuestras miradas se encontraron. El brillo de sus ojos, la forma en que se tocaba el cabello mientras me miraba, su sonrisa. ¡Demonios! Esa sonrisa.

Mataría por verla de nuevo dirigida a mí. En lugar de eso, lo que miraba era un montón de ecuaciones danzando sin sentido en la pizarra.



Más tarde ese día, mientras estaba en mi rincón habitual de la cafetería, Gina Matthews lanzó una nota sobre mi mesa mientras trotaba hacia la mesa en la que estaban Alex Hunter y el resto del equipo de baloncesto.

Quizás sus amigos no lo notaron, pero un pequeño grupo de esos chicos que no pertenecían a ninguna de las tribus de la escuela sí lo hizo. Olivia se unió a Gina y los demás un poco después. No la abrí de inmediato, demasiado distraído tratando de hallarle sentido al hecho de que me hubiese dado la nota en primer lugar ¿Tenía miedo abrirla? No, pero tampoco tenía tanta prisa por hacerlo.

Metí el trozo de papel en mi bolsillo antes de tomar la bandeja con los restos de mi comida para llevarla al mostrador designado para ellas, luego salí de la cafetería tratando de no llamar la atención de nadie. Caminé por el pasillo, rumbo a mi casillero para recoger mis cosas antes del último bloque de clase. Biología. La única clase que compartía con Olivia Martin. Estaba a unos metros de mi casillero cuando decidí que tenía suficiente privacidad en el pasillo vacío para leerla, y me encontré con palabras que no tenían sentido para mí. Sin embargo reconocí la letra. Era de ella, de Olivia.

*Lo siento.*

No decía nada más. Solo dos palabras. Trazos oscuros sobre un papel blanco. Una hoja de su libreta, quizás. No lo sé. Una disculpa, cuando el que debería ofrecerlas sería yo por gruñirle en el pasillo. Con el ceño fruncido volví a guardarme la nota en el bolsillo, metí la combinación de mi casillero y abrí la puerta. Fue entonces cuando la disculpa cobró sentido. Oficialmente estaba en el radar del equipo de baloncesto, y ella se sentía responsable por alguna razón. Quizás ella le dio la idea y luego se arrepintió. Me parecería algo gracioso si no fuera yo quien tuviera un montón de basura desbordándose de su casillero y cayendo en el piso. Si no fuera yo al que le habían arruinado sus cosas y metido en problemas, porque la cara del conserje mientras se aproximaba a mí minutos después no era precisamente de solidaridad.

Pero entonces apareció ella, dejándose caer a mi lado con una bolsa y unos guantes de hule, y empezó a recoger los desperdicios con eficiencia mientras yo lo veía embobado.

—Sé que no es tu culpa—susurró—, pero no pienso hacer esto sola —añadió señalando la basura e instándome a ponerme en movimiento.

Esa fue la primera vez que Olivia Martin me habló en la escuela, pero no la última. Tampoco fue la última vez que hizo algo que enfadara a sus amigos. Porque para ellos ayudar al chico nuevo al que le han gastado una broma era algo que podían perdonar, pero dejarlos abandonados para seguir juntándose con él era traición.

Sin embargo, no fue a Olivia a la que le declararon la guerra, sino a mí. Y eso era algo en lo que decidí no pensar. Las vacaciones de verano estaban por empezar ¿qué importancia tenía?

Lo que hice en cambio fue usar algo del dinero que mis padres me dieron para comprar un par de zapatos nuevos para comprarle un regalo de agradecimiento. No tenía mucho. Casi nunca tenía mucho, de hecho, y eso me hizo pensar en conseguir un empleo durante las vacaciones. Pero lo que llevaba en el bolsillo fue suficiente para comprar una rosa en la tienda de la señora Blake durante la primera semana que tuvimos libre.

Pensaba en llevársela a su casa, que estaba a un par de kilómetros de la mía, cuando vi su auto estacionado frente a la ferretería de mi tío John, así que la dejé puesta contra el vidrio sujeta con uno de los limpiaparabrisas.

Luego desprendí un pedazo de papel de la libreta que siempre llevaba en mi mochila y en la que me gustaba pretender que escribía canciones, tomé un bolígrafo y escribí una sola palabra. Gracias. Porque, antes de ella, nadie había tenido un gesto para hacerme sentir bienvenido en esa escuela, o en el pueblo para ser honestos. Es difícil ser el extraño, pero es más difícil cuando nadie quiere que dejes de serlo.

Cuando terminé de escribir la nota la coloqué junto con la rosa en el parabrisas, y luego me fijé de que no hubieran ojos curiosos observándome. Debí hacerlo antes, pensé, pero ya el mal estaba hecho. Me alejé del auto de Olivia y seguí caminando calle abajo, hacia los restaurantes llenos de turistas que empezaban a llegar a Shoreham. Ellos podrían necesitar empleados para cubrir turnos durante las vacaciones, y yo estaba en urgente necesidad de conseguir mi propio dinero si es que quería salir de este lugar y darle una oportunidad a la vida universitaria alguna vez antes de convertirme en anciano.

4 de Junio de 2017.

Olivia, ¿O debería llamarte Liv, como en la firma de tu carta? Te estarás preguntando por qué he esperado hasta hoy para responder tu carta, pero la verdad es que no tengo una respuesta para eso. Pero si las tengo para el resto de tus preguntas. Sin embargo voy a contarte una pequeña historia primero.

No me agradabas mucho cuando llegué a la escuela.

Sí, lo sé. No te conocía entonces. Sigo sin conocerte. Pero cada vez que te veía con tus amigos, burlándose de cualquiera que osara a dar un paso en falso en la escuela... Diablos, odiaba eso. Odiaba a tus amigos.

Incluso te odiaba un poco a ti.

No fue en esa última semana de escuela que las cosas cambiaron, pero no sabría exactamente cuándo, cómo o por qué. Ya no sentía que te odiaba. Sin embargo no puedo decir lo mismo de tus amigos, especialmente después de que arruinaron mi libro de Cálculo y la libreta de Biología de Isabelle Jennings. Tuve que pagar la libreta y transcribir todas las clases. Ahora creo que también odio un poco al profesor de Biología por decir tantas estupideces en clase. Y a Isabelle por copiarlas todas.

Me ofreciste una disculpa ese día, cuando debí ser yo quien se disculpara. No debí gruñirte en el pasillo. No fue tu culpa que estuviera distraído. O tal vez sí, pero era yo quien debía fijarse en lo que había a su alrededor. En tu carta me das las gracias por una flor, pero esa fue mi forma de darte las gracias a ti. Gracias por ayudarme y gracias por no ser como tus amigos.

Hoy he venido a tu lugar, porque no tenía otro sitio donde ir para desconectarme un rato. He escrito esta carta aquí, esperando quizás que llegaras para poder dártela en persona. Me conformaré con esperar que una tormenta no arruine el papel o que la brisa no la haga volar hacia el bosque.

Me preguntaste si era libre, y la respuesta es que no. Pero espero serlo un día. Y espero que tú también puedas serlo. Así no tendrás que ocultarte para hablarle a quien quieras o ser como deseas.

Atentamente, **Thomas**,

Mejor conocido como tu proveedor no oficial de flores.



## CAPÍTULO 3

### *Presente*

El detective Sawyer se deja caer de espaldas contra el respaldo de su silla. No sonrío, pero no necesito hacerlo para dejarme saber que está complacido con mi admisión.

Cartas. He estado intercambiando cartas por un año con una chica que ahora está desaparecida.

—Y este intercambio de cartas... —empieza a decir y arquea una ceja—. ¿Cómo empezó? ¿Tú lo iniciaste? —No —le dije—. Ella fue la primera en escribir.

No hay que ser un experto en lenguaje corporal para darse cuenta de que no me cree. Nadie lo hace, y ese es el motivo por el que estoy en una estación de policía siendo interrogado porque mi novia desapareció.

¿Puedo seguir llamándola así si me abandonó?

Porque esa es la cuestión, al menos para mí. Teníamos planes. Juntos. Y ella se fue, dejándome para lidiar con las consecuencias. Pero ese es su estilo, supongo. Hacer las cosas sin pensar en lo que los demás debemos enfrentar por su causa. Las murmuraciones en los pasillos de la escuela, las miradas de sospecha en las calles del pueblo, lo que dicen en el periódico, las visitas de la policía a la escuela, salir escoltado por uniformados mientras mis compañeros me miran con una mezcla de odio y satisfacción. Por fin atraparon al culpable, pensarán. Pero si yo soy el culpable, ¿entonces dónde está Liv?

El detective Sawyer se queda mirándome en silencio, esperando que le cuente más. Pero contarle lo que pasó, cómo iniciaron los intercambios, se siente como traicionar a Liv y ese es un concepto con el que tengo conflicto aunque ella me hubiese traicionado primero marchándose sin mí. La imagino en su auto, ese que le regalaron sus padres cuando cumplió diecisiete para que su madre no tuviera que interrumpir su perpetua hora feliz para ir por ella a la escuela; con los vidrios abajo y el viento alborotándole el cabello mientras ella sonrío y canta lo que sea que estén poniendo en la radio.

La imagino riéndose, con sus gafas de sol rosa cubriéndoles los ojos, con su mochila en el asiento del copiloto. Asiento que yo debería estar ocupando. En lugar de eso estoy aquí, siendo interrogado por la policía como si yo supiera dónde está, o a dónde fue.

El detective Sawyer abre la boca con la intención de decir algo más pero ese fue el momento en que su compañero, el oficial que me a bordó en el restaurante en el que trabajo para traerme a la estación, entró para decirle algo al oído. Lo que sea que le ha dicho es importante porque todo cambió, desde su postura hasta la forma en que me mira. Pero no dice nada sino hasta que el agente B owen nos vuelve a dejar a solas. Por unos minutos pienso que esta es una de esas maniobras que usan en la televisión, pensada para desconcentrarme y hacerme decir algo que me haga parecer culpable, pero cuando sus palabras me golpean me doy cuenta de que la policía no necesita que yo me incrimine porque alguien más lo ha hecho.

—Thomas, voy a necesitar que nos proporciones tu teléfono móvil para que el examinador forense lo revise —me tiende la mano para que le entregue el aparato, y como no tengo nada que ocultar lo saco de mi bolsillo y se lo entrego—. Al parecer el auto que conducía Olivia Martin fue encontrado en los límites del condado —me dice cuando tiene mi móvil en las manos—. No había

nada en él excepto su teléfono móvil —me informa, y una extraña sensación de intranquilidad me invade. Liv nunca va a ninguna parte sin su móvil. Ella puede ignorar cuando las personas intentan contactarla a través de él, pero nunca lo pierde de vista.

—Eso no es posible —murmuro entre dientes.

—¿Y eso por qué, Thomas? —El detective sonríe sardónicamente—. ¿Acaso revisaste bien el auto antes de abandonarlo?

—¿Crees que si yo hubiese hecho eso estaría aquí, respondiendo preguntas sin un abogado?

—Le pregunto—. He visto suficientes programas de televisión como para saber cómo termina eso —le digo tratando de mantener la rabia y la frustración fuera de mi tono de voz—. Pero yo no hice nada, no soy culpable de nada y quiero que Olivia aparezca, para que ella misma pueda decírselos.

El agente Bowen vuelve a entrar, y esta vez el detective Sawyer lo está esperando. Le tiende mi teléfono móvil con un ligero asentimiento de cabeza y él lo deposita en un sobre blanco en el que se lee mi nombre.

Luego le tiende un sobre un sobre similar del que el detective saca unas cuantas hojas de papel, las extiende sobre la mesa que está entre nosotros y empieza a leer el contenido.

—Cuando te pregunté por tu relación con Olivia Martin —empieza a decir el detective y, como si se tratara de una señal, el agente Sawyer sale de la habitación—. Me dijiste que era tu novia y eso no era cierto ¿por qué me mentiste, Thomas?

—Yo no mentí —me defiendo de inmediato. ¿Qué quería decir con eso? Olivia era mi novia. Es mi novia, aunque no estoy seguro de querer seguir con alguien a quien no le importa huir y dejarme atrás.

—De acuerdo con la transcripción de los últimos mensajes enviados desde el teléfono móvil de Olivia Martin, ustedes terminaron su relación el once de junio horas antes de que desapareciera —me informa—. Ese mismo día le escribe a Gina Matthews para informarle de su ruptura —explica—. Y luego le escribe a Alex Hunter para decirle que se verán en una fiesta a la que irá con Gina —añade mirándome fijamente a los ojos.

Yo recuerdo muy bien la fiesta. Recuerdo haber visto a Liv, a Gina y a Alex. Pero Ella no terminó conmigo ese día.

*«Esto es una locura».*

—¿Fue por celos? ¿Te dio rabia que te cambiara por este chico, Alex, y por eso la secuestraste?

—El detective pregunta sin ocultar su curiosidad, confundiendo mi silencio con culpa cuando en realidad

estoy intentando encontrarle sentido a las cosas que acaba de decir. Yo no recibí mensajes de Liv el día que desapareció, y no supe que se había ido hasta la mañana siguiente cuando su padre fue a golpear la puerta de mi casa pidiendo que le dejara ver a su hija. No sabía nada sobre los mensajes a Gina, o a Alex, pero no podían ser reales porque nuestra ruptura nunca sucedió.

—No lo entiendo...

—¿Qué parte? —Resopla el detective—. ¿Que la chica no te quisiera, o que te hayamos descubierto?

—Nada de eso pasó —le digo—. Yo no recibí esos mensajes, ella no terminó conmigo, y yo no le hice nada a Liv—me defiendo—. Nunca haría nada para dañarla, y si ella no quisiera estar conmigo la dejaría ir.

—Pero insistes en que ella abandonó Shoreham por sus propios pies, y no que alguien la

secuestró —me recuerda—. Te dejó, Thomas ¿cómo te hace sentir eso?

—Traicionado —admito en voz baja—. Planeamos irnos juntos y ella me dejó atrás.

—Tal vez descubriste su plan y cobraste venganza —me acusa.

—¡Nunca le haría daño! —Le respondo.

—¿Por qué no me dices de una vez dónde está Olivia? —Me dice en un tono de voz tan encendido como el mío.

—¡Porque no lo sé!

—Le grito perdiendo totalmente el control—. ¡No tengo ni puñetera idea de dónde se fue! La busqué en todas partes tratando de hallarle sentido a esto. En sus cartas, en la casa del árbol, por todos lados y solo encontré más preguntas de las que ya tenía.

—¿De qué casa del árbol hablas?

—El detective frunce el ceño cuando hace la pregunta, como si no tuviera idea de qué estoy diciendo.

—El lugar en el que iba a esconderse cuando las cosas iban mal —confesé con pesar—. El lugar en el que pasaba casi todos los días.

—¿Hasta que te conoció a ti?

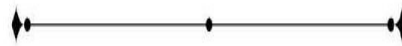
—Se burló y yo asentí.

—Entonces se convirtió en nuestro lugar.

El detective se puso de pie visiblemente alterado.

Esta conversación no nos estaba llevando a ningún lugar.

En primer lugar porque yo no era culpable, a pesar de sus sospechas. Y en segundo lugar porque no me estaba dando pistas para hacer mi propia búsqueda.



Entonces el detective Sawyer empieza a caminar hacia la puerta, se detiene un poco antes de alcanzarla y luego se voltea para mirarme.

—Voy a salir un momento para hablar con el agente Bowen —no tenía que decir que lo enviaría a la casa del árbol. Cuando le hablé del lugar básicamente le di permiso de hacerlo—. Regresaré en unos minutos para continuar nuestra conversación —añade—. ¿Necesitas algo de tomar?

Asiento y dejo caer mi cabeza contra el respaldo de la silla. Mi mente no ha dejado de darle vueltas a mi conversación con el detective, a las cosas que me ha dicho y a las que yo le respondí. Ninguna de esas palabras representaba una pista para encontrar a Olivia, salvo los mensajes. No porque fueran reales, sino porque alguien se había ocupado de hacerlo parecer así.

¿Quién usó el teléfono de Olivia para hacerle creer a todos que habíamos terminado? No tenía idea, pero quien haya sido entonces debía saber el paradero de Liv.

Y si descubría la respuesta a la pregunta, entonces la encontraría a ella.

## 8 de Junio de 2017

Thomas, Como te puedes dar cuenta, he recibido tu carta.

También recibí tu flor. Gracias por eso. Me alegra que hayas encontrado este lugar y que lo hayas usado. Espero que no sea la última vez.

Alguien me dijo que ahora trabajas en uno de los restaurantes en Main Road. Voy a tener que darme una vuelta para evaluar el menú. No te preocupes, me aseguraré de dejar una buena propina.

Nos vemos pronto.

**Liv**



## CAPÍTULO 4

### *Presente*

Mientras el detective está afuera analizo un poco el lugar en el que me encuentro. No es como una de esas salas de interrogatorios que salen en la televisión, sino más bien como una oficina. Un escritorio, tres sillas, un archivador y una computadora de escritorio son el total del mobiliario, y eso me recuerda un poco el interior de la casa del árbol de la que acabo de hablar con el detective.

La estructura es vieja y diseñada para pasar desapercibida, construida quizás por alguna de esas familias que destilan licor en el bosque de manera ilegal.

Fue abandonada hace mucho tiempo, sin embargo está en buena forma, y bajo el cuidado de Liv el lugar no luce totalmente desastroso.

Entonces mi mente se traslada al bosque, a los alrededores de la casa, al rumor del lago en la distancia, en lo pacífico que es el lugar. ¿Qué rayos pasó con Liv?

Me pregunto, y mi mente empieza a conjurar imágenes escalofriantes, violentas y absurdas. Sangre, cuerdas en el piso, una habitación oscura, mis manos alrededor de su cuello, su mirada de terror mientras la vida abandona su cuerpo, y a lo lejos el sonido del lago.

El mismo lago que escuchamos innumerables veces desde la casa del árbol...

¿Cómo pueden estar esas imágenes en mi cabeza?

Intento apartarlas por un segundo, sintiendo como mi pulso se acelera y mis manos empiezan a sudar. Mi estómago se revela a las manchas de sangre que veo cubriendo su ropa. Aunque no sea real, aunque solo esté en mi mente. Casi puedo sentir el olor metálico de la sangre. ¿Es así como se siente un ataque de pánico? O un ataque de culpa, dice la voz en mi cabeza, haciéndome querer gritar. Yo no lo hice nada a Liv. No pude haberle hecho nada.

«¿Estás seguro de eso?»

Quisiera poder callar esa voz en mi mente pero no soy capaz de hacerlo. Es como si fuera mi verdugo personal, explotando mis dudas, mis miedos y mis debilidades. Como si no tuviera suficiente con mi propia familia, para que encima mi cerebro se encargue de sabotearme.

Dejo caer mi cabeza contra el escritorio frente a mí, repitiéndome una y mil veces que Liv está bien, que tiene que estar bien, que voy a encontrarla y a conseguir las respuestas que necesito; y ese es el momento en que el detective Sawyer regresa, esta vez armado con una bolsa de papel y una soda. Coloca las cosas sobre el escritorio y vuelve a sentarse en su silla, y deja pasar unos segundos antes de empujar la lata de soda hacia mí.

—Hemos estado por horas aquí, y la primera pista que tenemos sobre el paradero de Olivia Martin es un lugar que no podemos encontrar a través de imágenes satelitales, Thomas —me dice.

—Liv y yo pensamos que ese era el propósito de la casa —le respondo—. No ser encontrado. Ella me dijo una vez una historia sobre ese lugar —añado—. Que se trataba de uno de esos escondrijos en los que destilan licor en el bosque, y que las personas que lo usaban nunca volvieron allí.

—¿Es posible que Olivia estuviera allí y se haya encontrado con las personas que construyeron la casa? —Pregunta.



—No lo sé —niego con la cabeza—. Pero de ser así, ella se las habría arreglado para dejar una pista —no era algo de lo que estuviera seguro tampoco, pero Liv es inteligente. Si alguien podría dejar una pista para ser encontrada, en caso de estar en peligro, esa sería ella.

—¿Podrías llevarnos hasta allí? —Quiso saber.

Por un momento considero su propuesta, aunque ya he estado ahí y sé que no ha de jado nada. Ningún indicio, ninguna pista. Sin embargo, pienso que ellos podrían ver algo que yo no, después de todo ellos son los profesionales. A diferencia de mí, el detective Sawyer y los demás están entrenados para esto.

*«Y aquí estás tú como sospechoso. ¡Qué profesionales son, tío!»*

—Con una condición —propongo.

—No estás en posición para negociar condiciones —me advierte el detective Sawyer.

—Pero ustedes necesitan mi ayuda, así como yo necesito la de ustedes —le recuerdo—. Los puedo ayudar, si ustedes me ayudan a mí.

—¿Para qué necesitas nuestra ayuda, Thomas?

—Para encontrar a Liv.

—Ese es nuestro trabajo —me dice.

—Sin embargo al único sospechoso que han traído para interrogar es a mí —lo miro directo a los ojos. El detective no acepta ni niega mi acusación. Tampoco aparta la mirada.

—No eres un sospechoso —responde, pero sé que es una mentira—. Y esto no es un interrogatorio —añade.

Otra mentira.

—Me sacaron de mi trabajo en la parte de atrás de una patrulla —le recuerdo—. Aunque insista en decir que no soy sospechoso, me pasearon por el pueblo como si lo fuera. ¿Cree que voy a tener trabajo mañana cuando vaya al restaurante? —Pregunto—. La respuesta es no, en caso de que no estuviera seguro. Y probablemente no consiga otro, por lo que mi probabilidad de ir a la universidad y dejar Shoreham atrás está totalmente muerta.

—¿Y qué propones?

—Mi única oportunidad es encontrar a Liv, que ella misma diga que no tuvo nada que ver con su desaparición —resoplo frustrado.

—Y vamos a encontrarla... —ofrece.

—Pero esos mensajes de los que habló... —niego con la cabeza.

—No te hacen ver muy bien —reconoce el detective Sawyer—. ¿Crees que alguien los plantó allí?

Asiento con la cabeza, incapaz de hablar. Porque ese pensamiento no hace más dar vueltas en mi cabeza junto con imágenes que no logro entender.

—¿Y todavía crees que ella se fue por su cuenta?

—Pregunta luego, y por primera vez desde que me trajeron a la estación empiezo a dudar de lo que creo.

El agente Bowen vuelve a entrar en la sala sin tocar la puerta, y se dirige solo al detective, ignorando totalmente mi presencia.

—Hemos terminado de revisar esto —le dice, tendiéndole mi móvil.

No lo devuelve en un sobre, como el detective se lo había dado, me fijo. Y después de unos segundos de silencio, el agente Bowen voltea para mirarme. No puede ocultar su molestia hacia mí. Para él no solo soy sospechoso, sino culpable.

¿Cómo pueden existir oficiales de la ley que te condenen sin darte oportunidad de defenderte?

¿Cómo pueden defender la justicia si no creen que todos tenemos derecho a ella? Mi apariencia, mi apellido, mi dinero o la falta de él... eso no debería determinar cómo soy tratado.

Todo era mejor cuando vivía en una ciudad grande y podía pretender ser invisible. Pero desde que mis padres decidieron mudarse a Shoreham no solo perdí una parte de mi vida, de mi familia, sino que también perdí el anonimato. Y con las miradas de la gente del pueblo llegaron las habladurías, los dedos señalando cada error que cometo.

*«Y ella. También llegó ella».*

Pero no me engaño. Mi historia con ella no iba a tener un buen final. Eventualmente ella se aburriría del chico melancólico con un pasado oscuro y pasaría a la siguiente cosa en su lista de experiencias de vida.

El detective Sawyer coloca mi móvil sobre la mesa, entre nosotros, y me mira expectante. Siento que estoy siendo probado de algún modo. Que de mi respuesta dependen muchas cosas.

—Está bien, los llevaré a la casa del árbol —me sorprende a mí mismo cuando escucho mi voz aceptando ayudar.

—Es lo correcto, Thomas —me dice el detective—. Todos queremos encontrar a Olivia.

Sin embargo persiste la sensación de que el único que está realmente interesado en encontrarla soy yo. Así como la idea de que esto podría ser una carrera contra el tiempo en la que llevo bastante retraso.

*Liv*

Los días y las noches se funden continuamente en mi cerebro. Estoy desorientada, pero en los pocos momentos que logro recuperar la lucidez mantengo mi propósito de no mantenerme pasiva, de no ser una víctima. Si esto es un juego, como todo en la vida, entonces tengo que planear bien mi próximo movimiento.

*«¿Tal como hiciste con Thomas?»*

Siento un pinchazo de culpa cuando pienso en él, porque al principio sí se trataba de un juego, pero luego las cosas empezaron a transformarse entre nosotros. Sin embargo la razón de acercarme, el origen de nuestro vínculo, era un secreto que no estaba dispuesta a revelar.

Me permito pensar en él cuando estoy sola. En su compañía, en la manera en que inclinaba la cabeza y concentraba su mirada en mí, como si fuera el centro de su mundo. Y muchas veces me hizo sentir que lo era.

Pero había una tristeza profunda en él, una que no entendí al principio. Lo que sí entendía es que su tristeza se aliviaba cuando estaba conmigo, que yo llenaba una parte de él que estaba vacía. Fue cuando mi secreto empezó a volverse pesado, oscuro, peligroso incluso.

Escuchó llegar a mi carcelero y abrazó mis piernas, elevándolas a la altura de mi pecho. Cada vez que vuelto a despertar encontrando un poco más de libertad para moverme, pero las ataduras de mis muñecas y tobillos siguen firmemente en su lugar. Él entra abre la puerta de la habitación y luego se retira, solo para regresar segundos después cargando unas bolsas de lo que parece ser comida.

Un simple vistazo a los alimentos a través de la bolsa es suficiente para producir un fuerte gruñido en mi estómago. Por más que me recuerdo que no debo mostrar debilidad, el hambre me supera. No recuerdo haber comido algo desde que me trajeron aquí. Solo líquidos que trae cuando sigo demasiado dopada como para luchar.

—Gracias —le digo cuando me acerca un emparedado, removiendo lentamente el papel que lo

cubre.

—Come... —responde poniéndomelo entre las manos para ocuparse de destapar una botella de refresco que luego coloca junto a mí en el suelo.

—Come... —responde poniéndomelo entre las manos para ocuparse de destapar una botella de refresco que luego coloca junto a mí en el suelo.

Yo obedezco, no porque le tema, sino porque necesito tiempo para considerar mi siguiente paso.



Necesito descubrir sus verdaderas intenciones, y eso no lo conseguiré guardando silencio.

—¿Por qué la máscara? —Le pregunto antes de tomar el primer bocado del emparedado, y empiezo a masticar meticulosamente mi comida mientras espero su respuesta. Y sigo esperando por lo que parece una eternidad.

Tomo otro bocado, resignada a que no va a responderme, cuando de repente escucho su voz. Me toma un momento sobreponerme a la impresión, y él lo nota. Hay un brillo de satisfacción en sus ojos, eso puedo verlo. Porque esa voz... esa voz la conozco. Y la conozco muy bien.

*Thomas*

El camino a la casa del árbol es incómodo y silencioso. El detective Sawyer conduce mientras el agente Bowen finge revisar su móvil, aunque en realidad solo está vigilándome a través de uno de los retrovisores laterales.

Nos acercamos a un punto del camino desde el que tendremos que ir caminando, porque el bosque es demasiado denso y el terreno demasiado escarpado para ir en la patrulla. Cuando se los informo ambos policías me miran con duda.

—No me miren así —me defiendo—. Ustedes son los que están armados y pueden deshacerse de mí en el bosque —me encojo de hombros—. No es como si mis padres o alguno de los vecinos fueran a hacer un escándalo al respecto.

—Sí que debe ser un ciudadano modelo —dice el agente Bowen entre dientes, aunque pude escucharlo perfectamente.

—Iremos caminando —responde el detective Sawyer con decisión—. Solo dime hasta donde debo conducir.

Le señalo con el dedo el lugar en el que pueden estacionar, que está a unos cuantos kilómetros de la ruta que uso normalmente para ir hasta allá. Según mis cálculos, desde esta posición solo tendremos que caminar en línea recta hacia la casa, en lugar de deambular por el bosque más tiempo del que es necesario.

Abandonamos la patrulla y empezamos a caminar.

A mi lado va el detective Sawyer, alerta y con una mano dispuesta para tomar su arma con rapidez en caso de necesitarla. Unos pasos detrás de nosotros va el agente Bowen. No volteo a mirarlo por temor a encontrarme de lleno con el cañón de su pistola. Lo que dije antes es cierto. Podrían deshacerse de mí en el bosque y nadie haría preguntas. No ahora, que Liv se ha ido.

Mientras caminamos por el bosque, las imágenes de Liv en la casa del árbol me asaltan. Ella mostrándome su colección de rosas marc hitas, esas que yo solía dejarle junto con mis cartas y que fueron sucumbiendo al tiempo.

Ella riendo de algún chiste malo que yo le contara, sin preocuparse de que afuera de aquel refugio universo ya el sol se había ocultado marcando la hora de despedirnos.

Liv contándome sus planes. Yo confiándole los míos.

Entonces las imágenes cambian y su mirada sonriente es reemplazada por una de terror. Una imagen en la que, en lugar de correr hacia mí, ella huye. Una imagen donde la atrapo, y en lugar de darme un beso ella grita. Y mis manos se cierran alrededor de su cuello hasta que sus ojos se cierran.

Sin darme cuenta mis pasos nos han guiado hacia la casa del árbol. Estamos justo en frente de la escalera improvisada que tuvimos que colocar el invierno pasado, después de que la madera que sostenía la original se pudriera por la humedad.

El agente Bowen empieza a examinar los alrededores, como si temiera que en algún momento un animal salvaje fuera a salir del bosque. O peor, que alguno de mis cómplices fuera a aparecer para atacarlo.

Por su parte el detective Sawyer me sigue hasta la escalera, dejándome guiarlo hacia el interior de la casa.

Por algunos segundos me permito pensar que al abrir la puerta ella estará allí. Que la encontraremos y todo esto no será más que un mal sueño. Que la pesadilla terminará. Sin embargo, lo que encontramos al entrar no hace sino complicar la historia. Varios metros de soga tirados en el piso de la casa, un cuchillo manchado de algo que parece ser sangre, una de mis camisetas, una que no recordaba haber dejado aquí, y la sudadera rosa que Liv lleva en esas imágenes que no dejan de golpear mi cabeza.

—No toques nada —me instruye el detective Sawyer antes de llamar a su compañero, mientras tanto en mi mente no deja de repetirse una pregunta.

*«¿Qué rayos he hecho?»*

## 11 de junio de 2017

Liv, ¿Alguna vez te han asaltado recuerdos de cosas que todavía no haces? ¿Se pueden llamar recuerdos a esos?

No lo sé. Últimamente mi cerebro no hace más que jugarme trucos. En mis sueños veo a gente a la que no conozco, pero que parecen conocerme. Allí siento como si formara parte de algo, como si ya no fuera el marginado de la escuela sino que perteneciera. No sé a qué exactamente, pero se sentía bien. Correcto.

Nunca antes había tenido problemas con mi posición en la cadena alimenticia. Aunque eso no es del todo cierto. Odiaba cuando estabas fuera de mi liga.

Cuando ni siquiera tenía permitido respirar el mismo aire que tú. Cuando solo era la basura que acababa de llegar a la escuela, que es como tus amigos me llamaban. Ahora solo soy el perdedor con el que Liv pasa la hora del almuerzo.

No sé por qué te digo todo esto. Tal vez solo quería sacar ese pensamiento de mí, compartirlo con alguien y que me dijeran que no estoy volviéndome loco. Aunque a veces eso es lo que siento. Que las emociones me sobrepasan y que mi cerebro me odia tanto o más que mis padres. Ha sido así desde que perdí a mi hermano.

Debería hablarte de él alguna vez.

Atentamente, **Tu confundido repartidor de flores / camarero de turno.**



## CAPÍTULO 5

### *Pasado*

Nunca he sido particularmente madrugador, pero esa mañana, la de mi primer día de trabajo en el restaurante, tuve bastantes problemas para abandonar la cama. Liv invadía mi mente, pero no era una toma hostil ni nada por el estilo porque me gustaba observarla.

Imágenes de ella sustituían mi lista diaria de preocupaciones, así que era una distracción bienvenida. Y esa mañana quise quedarme allí, en mi cama, pensando en ella e imaginando qué le diría si me la encontraba, sin embargo el aroma del café se coló en mi habitación, reemplazando mis ganas de seguir soñando por algo más imperativo.

Me levanté, lanzando las sábanas a un lado, y caminé hasta mi armario de donde tomé una camiseta, ropa interior y unos vaqueros limpios. Debía dar una buena impresión en mi primer día. La encargada había dicho que una buena apariencia y modales me ayudarían con las propinas, y mi objetivo era conseguir la mayor cantidad de dinero posible si es que quería tener oportunidad de asistir a la universidad cuando terminara mi último año de secundaria. Había cosas que no podía cambiar, como mis tatuajes por ejemplo; no es que tuviera intenciones de hacerlo ni nada por el estilo. Pero ¿ropa limpia y buena cortesía? Eso no era un problema para mí.

Me di un baño, me vestí y abandoné mi habitación pocos minutos después para unirme a mis padres en el comedor. La radio estaba encendida, porque podía escuchar música a un volumen muy bajo saliendo de algún lugar de la casa. Ellos conversaban animadamente, incluso sonreían, cosa que no los había visto hacer desde hace mucho. Pero cuando llegué hasta la mesa la conversación se detuvo, las sonrisas desaparecieron y una vez más me sentí fuera de lugar en mi propia casa.

—Miren quien decidió bendecirnos con su presencia —dijo papá con sarcasmo, ganándose la reprimenda de mi madre—. ¿Tienes clases hoy? —Preguntó luego, fingiendo estar interesado.

—Terminé la escuela hace una semana —le respondí mientras tomaba mi lugar en la mesa—. Hoy es mi primer día de trabajo.

No sé por qué sentí la necesidad de añadir eso, pero se sintió bien decirlo. Sí, tenía trabajo, ganaría mi propio dinero y ya no sería el inútil que siempre se me acusa de ser. El hijo malo, el imperfecto, el culpable de que el otro ya no esté.

Mi madre puso un plato con comida delante de mí, me acercó una taza limpia y empezó a servirme el café.

Cuando terminó de hacerlo posó una de sus manos sobre mi hombro derecho y se inclinó para susurrarme en el oído.

—Todo va a salir bien —dijo, y parecía una promesa.

¿Pero qué garantías tenía mi madre de que las cosas saldrían bien? Porque yo podría ser un verdadero desastre, no conectar con los clientes y sacar de quicio a mi jefa. Era posible que en menos de una semana estuviera nuevamente buscando empleo. Pero en lugar de desearme suerte, o alguna de esas cosas que normalmente hacen los padres, ella eligió esas palabras.

Y fueron precisamente esas palabras las que me acompañaron todo el camino hasta el restaurante; y después, mientras tomaba órdenes y servía las mesas, mientras l levaba los platos sucios para que un chico al que había visto en los pasillos de la escuela los lavara, y cuando la

encargada nos llamó al final de nuestro turno para dividir las propinas del día. Todo va a salir bien.

Sin embargo mi confianza empezó a tambalearse una semana después, cuando empecé a tener la sensación de ser observado.

Nunca he sido extrovertido ni disfrutado de la atención de la gente. No en la forma que Liv y sus amigos lo hacen, al menos. Pero recuerdo que mi hermano Erick sí lo hacía. Cuando éramos más jóvenes jugábamos a tener una banda de rock y él bromeaba con la idea de hacernos famosos. Él disfrutaba tener la atención de todos. De nuestros padres, de las hijas del vecino, de las chicas en la escuela. Yo, por mi parte, me conformaba con escribir las canciones y verlo convertirse en la estrella.

Si Erick siguiera en la foto me diría que estaba siendo ridículo, y me aconsejaría darle un show a quien estuviera mirando. Pero esa nunca ha sido la clase de persona que soy. Estar bajo escrutinio me pone nervioso, me hace sentir inseguro, y cuando me siento así pierdo fácilmente el control.

Ya había perdido la cuenta de veces en que la bandeja que usaba para llevar las órdenes de los clientes se me había caído de las manos, o de las veces que e había confundido una orden. Por suerte, la bandeja había estado siempre vacía, y los clientes de la orden cambiada no se molestaron por la confusión, sino que bromearon al respecto para restarle importancia.

Para el final del día, cuando regresaba a casa, mi cerebro era un mar de confusión. Era como si mil pensamientos, propios y extraños, me atacaran a la vez.

Era como cuando Erick estaba cerca, pero peor porque ahora no podía explicar lo que pasaba. Veía lo que estaba delante y alrededor de mí, pero también tenía visiones de mí mismo adentrándome en la noche, alejándome del restaurante y de la gente. La extraña sensación de ser observado regresó con más fuerza, así como un escalofrío que puso mis sentidos en alerta. Con cada paso que daba mis manos eran más temblorosas, mis movimientos más inseguros y mi cabeza palpitaba como si la intensidad de mis pensamientos fuera demasiada para soportarlo. En algún punto mi visión se volvió borrosa y empecé a sentirme mareado. Recuerdo que me detuve y me senté junto al camino a esperar que el mareo pasara. Luego de eso no recuerdo más. Al día siguiente me desperté en mi cama, sin tener idea de cómo había llegado a casa.

Fue la primera vez desde que vivía en Shoreham que había tenido una experiencia así. Como si mi cuerpo hubiese sido controlado por otra mente. Como si mi mente no fuera solo mía. Como antes. Cuando Erick estaba y compartíamos más que nuestra apariencia.

Cuando parecía que nuestros cerebros estaban conectados en lo que él solía llamar conexión de gemelos.

El sábado siguiente fue mi día libre y decidí desconectarme un poco, escaparme de mi propia cabeza, y sentarme frente al lago con mi libreta en la mano. Al principio las palabras vacilaron en aparecer, como si dudaran, como si no mereciera escribirlas. No había sido capaz de escribir algo medianamente decente desde que llegué a Shoreham, y dudaba que al tener algo que valiera la pena me atreviera a convertirlo en música. Ese había sido el talento de mi hermano.

Así que cuando las palabras empezaron a chocar contra las paredes de mi cerebro, abandoné mis intentos. Si Erick no estaba para hacer la música, ¿entonces para qué escribía las letras? Éramos un equipo al que le faltaba una pieza, un auto sin el motor, un cuerpo sin un miembro vital. Incompletos. Inútiles.

Entonces me quedé mirando el vacío, mientras la brisa mecía los árboles alrededor del lago y los sonidos del bosque me envolvían. Liv apareció luego, sentándose junto a mí y ofreciéndome una de las dos sodas que traía en las manos. Abrimos las latas en silencio, le dimos el primer

sorbo a la bebida y nos quedamos allí, observando el infinito.

—¿Estás bien? —Me preguntó Liv al cabo de un rato, interrumpiendo un silencio que de repente era demasiado denso. Yo empecé a hacerme la misma pregunta.

—No lo sé —dije con honestidad—. Últimamente me he sentido raro.

—¿Raro?

—Sí —asentí y me volteé a mirarla—. Como si mis pensamientos no fueran del todo míos. Como si yo no fuera del todo yo.

Eso la hizo reír. Y el sonido de su risa de alguna manera provocó la mía.

—¿Estás drogado, o algo por el estilo?

—No —le respondí. Las drogas nunca me han atraído. Había visto lo que podían hacer con una persona.

Ya me habían quitado suficiente. No pensaba darles poder de arrebatarme nada más. No la lucidez o el control. Nunca más.

—¿Entonces? —Preguntó sonriendo—. ¿Es como esas películas en las que escuchas al narrador contando los pensamientos del protagonista, como si él no pudiera poner en orden sus propios actos y mostrárselos al espectador?

—Es más bien como si mi cerebro fuera un proyector dañado que me muestra imágenes sin sentido, recuerdos que no son realmente recuerdos —traté de explicarle—. A veces creo que son sueños que he tenido, pero parecen tan reales...

Liv frunció el ceño mientras procesaba mis palabras.

—Y a veces tengo la extraña sensación de ser observado —confesé—. Pero por más que miro a mi alrededor, nunca veo a nadie.

—Quizás soy yo quien te observa —sugirió ella con una sonrisa pícaro.

—Entonces estaríamos a mano —le respondí—. Porque yo también te observo.

Y esa era la verdad. Yo observaba a Liv incluso cuando no estaba cerca. La veía en mi mente cuando cerraba los ojos. Cuando soñaba. Justo antes de que mi cerebro empezara a jugarme trucos y las imágenes se confundieran con retazos de recuerdos, y con escenas que no alcanzaba a reconocer pero que sentía extrañamente familiares.

—Te voy a dar algo digno de observar —propuso Liv empezándose a quitar los zapatos, luego los calcetines. A esas prendas le siguieron sus pantalones y su camiseta. Cuando no quedó en nada más que su ropa interior me guiñó el ojo y empezó a correr hacia el lago, y luego se lanzó al agua riendo. Su risa me invitó a acercarme, a imitarla quitándome los zapatos, los calcetines y el resto de mi ropa. Entonces me lancé al agua y dejé que las preocupaciones se fueran por un rato.

Durante ese tiempo no había nadie más que ella y yo, aunque viéndolo en retrospectiva era algo que no podía asegurar. Porque incluso en el silencio del bosque, donde no había nadie más que ella y yo, la sensación de ser observado persistía. Pero no iba a dejar que eso me detuviera, y siguiendo el ejemplo de Liv le di a quien quiera que estuviera espiando algo digno de ver. Porque allí, en medio del lago, fue cuando me atreví a besarla como si el mundo fuera a terminar. Fue allí cuando cruzamos la línea de la amistad y nos convertimos en algo más, aunque al principio fuera difícil definir el qué.



**15 de julio de 2017**

Mi querido Thomas, Lo único que llena mis pensamientos últimamente son imágenes de ti, de



m í y de nuestros encuentros en el bosque. Algunas veces fantaseo con permanecer allí para siempre, con dejar atrás todo y a todos, quedándonos en nuestro pequeño lugar, donde todo deja de importancia salvo nosotros mismos. Mi consuelo es que no necesitamos quedarnos en Shoreham más allá del año escolar que se avecina. Al final del verano empezará la cuenta regresiva. Nuestro tiempo en el pueblo tendrá una fecha límite, y luego seremos libres de ir a dónde queramos.

No te he preguntado lo que quieres ser cuando termines la escuela, pero te contaré lo que yo deseo con la ilusión de que devuelvas el gesto. Quiero ser reportera, Thomas. Quiero investigar cosas, resolver misterios, encontrar respuestas a las preguntas que nadie ha hecho antes en voz alta. Y no puedo hacer ninguna de esas cosas en Shoreham. Aquí nunca dejaría de vivir bajo la sombra de mis padres, con el estigma de la madre borracha a la que no le importo lo suficiente como para conducir hasta la escuela para recogerme a tiempo. Aquí no encontraría preguntas a las que dar respuestas porque todos saben todo sobre los demás. Vivimos en un pequeño agujero en la tierra en el que no hay suficiente espacio para respirar o extender las alas. Por eso sueño con irme. Y el otro día en el lago tú parecías casi tan asfixiado con este pueblo como yo.

¿Cuál es tu sueño, Thomas? ¿Qué quieres hacer?

Si tuvieras alas, ¿a dónde volarías?

Y más importante... ¿me dejarías volar contigo?

Cuando cierro los ojos recuerdo tus labios sobre los míos en el lago, y entonces no me siento tan asfixiada con mi vida. Me siento libre. Me siento invencible. No quisiera perder nunca esa sensación. Pero tal vez me estoy haciendo ilusiones y yo no soy más que una distracción para el verano. Me gustaría que no fuera así.

Dios, espero que no sea así.

Ahora he puesto todas mis inseguridades adolescentes sobre el papel para que las leas, para que te rías y para que escribas algo sarcástico al respecto en tu próxima carta. Es probable que nos sentemos frente al lago, o en nuestro escondite en la casa del árbol y nos riamos de esto por horas. Aunque sinceramente preferiría que nos besáramos. Esa es mi nueva actividad favorita contigo. Tal vez, incluso, te animes a intentar algo más. A mí no me molestaría. Dejo ese pensamiento allí para que lo consideres.

Atentamente, **Una sonrojada pero sonriente Liv.**



## CAPÍTULO 6

### *Presente*

A mi cerebro le estaba costando entender lo que estaba pasando, encajar las piezas del rompecabezas, comprender el significado que tenían. A la orden del detective Sawyer de llamar a un equipo forense, el agente Bowen se retiró a buscar señal en su teléfono móvil para llamar a la estación de policía, mientras que yo fui relegado a un rincón mientras él analizaba los objetos que aparecieron en la casa del árbol. Aislado, confundido y librando una batalla para la que no me sentía preparado.

*«Tranquilo, Thomas. Debe haber una explicación para esto».*

La parte lógica de mi mente me dice que no hay manera de que yo esté involucrado con la desaparición de Liv, sin embargo reconocía la sudadera. La había visto en mis sueños, ¿o eran recuerdos?

Además, estaba mi camiseta, ¿cómo llegó aquí?

Estoy seguro de que la última vez que la vi fue en la cesta que mamá dejó en mi habitación para recoger la ropa sucia. Los demás objetos, el cuchillo y la soga, no me resultaban familiares pero podía comprender que no me hacían lucir bien para la policía. Ya ellos sospechaban de mí, y ahora estaban en un lugar del que solo yo conocía mientras observaban cosas que me hacían parecer culpable.

—¿Alguien más conocía de este lugar? —Me pregunta el detective Sawyer.

—No lo sé —admito.

—¿Es posible que Olivia le haya mostrado este lugar a alguien más? —Insiste—. ¿Alguno de sus amigos, quizás?

—No lo sé —repito, y entonces mi mente empieza a darle vueltas a la posibilidad.

—No te la llevas bien con sus amigos ¿cierto? —Pregunta entonces, y no estoy seguro de haber podido enmascarar mis sentimientos sobre ese grupo en particular.

El agente Bowen regresa en ese momento para informar que el equipo forense ya viene en camino, entonces el detective Sawyer señala hacia la puerta de la casa del árbol indicando que lo mejor es que los esperemos afuera para evitar contaminar la escena.

Dejamos la casa atrás y nos acomodamos en el claro que está justo en el frente. Una pequeña porción de tierra alrededor de la cual se levantan los árboles cual muro para darle cierta privacidad al sitio. A nuestro sitio.

Un lugar donde muchas veces Liv y yo encendimos fogatas en esas tardes frías después de nadar en el lago.

Un sitio en el que intercambiamos bromas, promesas y secretos, intercambiamos besos y caricias ilícitas antes de volver a la realidad. Antes, cuando no éramos nada más que un par de extraños tratando de descubrirse. Cuando el verano terminó, y con él la libertad. Cuando sus amigos no tenían ni idea de lo que pasaba después del timbre de salida.

Se me ocurre entonces que alguien, además de Liv y yo se sentía a salvo en este lugar. Lo suficientemente a salvo como para echar en movimiento un plan para hacerme parecer culpable. ¿Pasaría mucho tiempo aquí?

¿Observando? ¿Planeando? ¿Esperando su oportunidad para hacerle daño? Prefería seguir

pensando que ella había huido, que me había dejado atrás pero enfrentarme a los hechos es imperativo si quiero encontrarla.

*«¿Pero y si tú realmente eres el culpable?»*

El teléfono móvil del agente Bowen empieza a sonar, y el relativo silencio del bosque desaparece con la llegada del equipo forense. El detective Sawyer los recibe y de inmediato le hace un recuento de lo que encontramos al líder del equipo, quien toma el control de la situación y lo instruye para que me devuelvan a la estación para un nuevo cuestionamiento. Yo sé lo que significa eso. Más preguntas. Preguntas para las que no tengo respuestas.

Mientras caminamos de regreso a la patrulla, para volver a la estación, tengo la sensación de que alguien me observa y recuerdo haber tenido esta misma sensación muchas veces. Sin embargo, esa sensación se convirtió en más persistente y violenta desde que empecé a intercambiar cartas con Liv.

Por la reacción del detective Sawyer y del agente Bowen, creo que ellos también han percibido la presencia de alguien más entre los árboles, que no estamos solos. Y se trate de algún miembro del equipo forense que esté vagando por el bosque.

La comunicación entre el detective y el agente es silenciosa, como si tuvieran un plan trazado para cada eventualidad y esto fuera de lo más normal para ellos. Y tal vez lo fuera, solo que hasta este momento yo había considerado esa sensación de ser observado como algo producto de mi imaginación, y en este momento me daba cuenta de que no era así. Que después de todo mi cerebro no estaba jugándome trucos, sino advirtiéndome del peligro.

Seguimos avanzando a través del bosque hasta llegar al borde de la carretera donde abandonamos antes la patrulla. El agente Bowen se excusa para hacer una llamada mientras el detective y yo subimos al auto, él al frente del lado del conductor y yo en la parte trasera. Pero el agente no toma mucho tiempo en volver, y de inmediato nos ponemos en marcha.

Cuando entramos a la estación están allí mis padres acompañados de un hombre que no conozco. Mi madre está nerviosa, aferrándose al brazo de papá como si su vida dependiera de ello y me mira con los ojos anegados de lágrimas. El desconocido que acompaña a mis padres les habla en voz baja y luego empieza a avanzar hasta donde estamos el detective, el agente y yo. Sin embargo no se dirige a los policías que me acompañan, sino a mí.

—Thomas, soy Jacob Logan —se presenta—. Tus padres me han pedido que venga en caso de que necesites asesoría legal —explica y luego fija su atención en el detective Sawyer—. Entiendo que han traído al señor Cohen desde su lugar de trabajo sin informar a sus padres, aun cuando se trata de un menor, y tampoco le han aconsejado solicitar un abogado —les dice con seguridad.

—El señor Cohen fue invitado como un posible testigo —responde el detective Sawyer en el mismo tono que usó antes el abogado—. Thomas está colaborando en una investigación policial, no está siendo cuestionado en una —añade—. Y lo hace voluntariamente, por lo que no juzgamos necesaria la presencia de un abogado.

—¿Debo entender entonces que el señor Cohen es libre de marcharse en este momento, junto a sus padres?

—La pregunta fue hecha en un tono que no invitaba a negativas, pero el detective no estaba dispuesto a ceder el control de la situación.

—Todavía tenemos que consultar con él —informa—. Sin embargo puede marcharse, y estar disponible en caso de que lo volvamos a llamar. —Está bien —dije yo, cansado de que hablaran de mí como si no estuviera junto a ellos.

—Voy a sugerir que una patrulla los escolte a su casa, y vigile el perímetro hasta que logremos constatar las circunstancias tras la desaparición de la señorita Martin —agregó el detective—.

También voy a aconsejar que Thomas evite salir sin la compañía de un adulto en los próximos días.

—Pero insiste en que Thomas no es un sospechoso —dice el abogado con sarcasmo.

—Efectivamente —asiente el detective Sawyer—. Sin embargo eso no quiere decir que no sea un potencial objetivo de la persona que ha secuestrado a la señorita Martin —le informa—. Thomas parece tener más información sobre ella que sus propios padres, y eso podría poner en peligro los planes del secuestrador —se encoje de hombros—. ¿Usted no le brindaría protección?

A regañadientes el abogado y mis padres aceptan la escolta de una patrulla, y la vigilancia de nuestra casa; entonces nos marchamos de la estación en silencio. Nos despedimos en la puerta del abogado, que le entrega una tarjeta a mi padre a quien le hace prometer que le llamará en caso de que algo suceda. De camino a casa nadie se atreve a hablar. Ni mi madre, ni mi padre, mucho menos yo. Pero el silencio es tan asfixiante como las manos que se cierran alrededor del cuello de Liv en mis visiones.

Nos estacionamos frente a la casa y mamá sale del auto como si su asiento estuviera en llamas. Cuando yo intento hacer lo mismo, mi papá llama mi atención y me pide que espere un minuto.

—¿Estás bien? —Me pregunta, y es la primera vez en mucho tiempo que escucho algo parecido a la preocupación en su voz—. ¿Te trataron bien en la estación?

—Sí... —respondo en voz baja.

—Nunca dijiste nada sobre esa chica —comenta—. Que la conocías, que era tu amiga.

—Vamos a la misma escuela —me defiende—. Es lógico que la conozca.

—Pero el detective dice que la conoces mejor que sus padres —dijo y negó con la cabeza—. Era tu novia ¿no?

Aparto la mirada porque la relación con mi padre era complicada y porque no tengo ganas de responderle.

Actúa como si le importara, cuando la verdad es que me ve como el culpable de que Erick no esté con nosotros.

Creo que sería un alivio para él si la policía logra hacerme responsable de la desaparición de Liv, porque eso demostraría que yo no era el hijo bueno como mamá dice, sino el hijo problemático que él siempre ha visto, el peligroso, el que daña todo lo que toca, el que no ha hecho más que darles decepciones y tristeza.

—Lo siento mucho —dice al cabo de un rato, y hasta suena sincero.

—¿Por qué? —Le pregunto—. Liv va a aparecer.

La policía la va a encontrar y todo va a estar bien —digo, y espero que sea así.

—Sí, muchacho —asiente derrotado—. Todo va a estar bien —dice, aunque por el tono que usa bien pudo haber dicho lo contrario.

## 18 de julio de 2017

Mi muy sonriente y sonrojada Liv: Me gustó esa línea. Creo que me la voy a guardar en el bolsillo para futuras referencias.

Hoy la tienda de la señora Blake estaba cerrada, por lo que tuve que improvisar un poco para poder dejarte una rosa junto a esta carta. No soy muy hábil con las manualidades, debo confesar, y mi técnica para hacer flores de papel necesita trabajo. Pero la intención es lo que cuenta ¿no?

En fin, hoy tuve un día de locos en el restaurante.

Estuvo lleno desde antes que empezara mi turno hasta que fue la hora de cerrar con turistas.

Familias grandes y pequeñas gritándose, presumiendo los ejemplares que pescaron en el lago y riendo de cualquier cosa mientras yo iba de un lado a l otro con mi bandeja, niños que usaban la comida como proyectiles. Te juro que casi me hizo extrañar la cafetería de la escuela. Pero todavía no estoy en ese punto.

Lo único positivo es que las propinas fueron buenas. Lo suficientemente buenas como para d esear que la locura se repita.

¿Sabes algo? Intenté salir temprano para ver si te encontraba aquí. Pero cuando llegué ya te habías marchado. Lo sé porque encontré la nota que me dejaste junto un brazalete como el que usan tus amigos. Me gustó el color, per o ahora quiero saber si tienes uno igual.

Supongo que tendré que esperar para descubrirlo.

Ya es tarde, y si no salgo del bosque antes de que caiga la noche es posible que no consiga mi camino de vuelta. Trataré de volver mañana, a ver si tengo mejor suerte.

Atentamente, **Tu repartidor semi-fracasado de rosas.**



## CAPÍTULO 7

### *Pasado*

Volver a la escuela al final del verano fue más sencillo de lo que pensé. En primer lugar porque tenía una motivación para llegar a tiempo a clases, ver a Liv, y en segundo porque este sería nuestro último año aquí y luego podríamos marcharnos a la universidad. Como dije, volver fue la parte fácil. Querer quedarme, por otro lado, resultaba cada vez más difícil.

Al principio era fácil ignorar a los amigos de Liv, y yo era experto en eso. ¿Acaso no era lo que había hecho desde que llegué a la escuela? Pero haber sido objeto de sus burlas, de sus comentarios en los pasillos, y de la broma final llenando mi casillero con basura, nada me preparó para la fuerza de su furia.

Todo empezó con pequeños mensajes, amenazas veladas que aparecían de vez en cuando en mi casillero, dentro de mis libros, o en sitios donde solo yo pudiera verlos. Eso no fue un problema, al fin y al cabo un trozo de papel no iba a hacerme daño, y esos chicos eran más ladrillo que mordida. Entonces sus amenazas dejaron de estar dirigidas a mí, y empezaron a enfocarse en Liv.

Las notas seguían llegando por los canales habituales, pero no hablaban de las cosas que me harían a mí, pero de lo que pasaría con ella si no cedí a sus demandas, que no eran otra cosa que hacerme a un lado y permanecer tan invisible como lo era al principio, cuando llegué a esta escuela.

No temía que fueran a hacerle daño físicamente.

Eran sus amigos, después de todo ¿no? Pero los amigos de Liv son de los que hacen más daño con las palabras que con los puños, y aunque ella quiera parecer fuerte frente a todos, mi Liv tiene un alma sensible y un corazón delicado. No iba a permitir que nadie la tocara. Pero tampoco iba a ceder tan fácilmente a sus demandas. Y en el arduo trabajo de encontrar un balance entre ambas alternativas empleaba gran cantidad de tiempo. Y así pasaron los días, las semanas, hasta que Liv se dio cuenta de que algo no estaba bien y me confrontó sobre eso.

Al principio no quería contarle lo que pasaba. No quería causar problemas con sus amigos. Ella los había elegido en algún momento, y algo especial debían tener para haberse ganado ese privilegio. Pero no necesité mover un dedo para que la verdad se revelara. Liv vio una de las notas una tarde en la casa del lago, mientras jugueteaba con mi libreta de química y pretendía corregir mis errores. No tuve más remedio que admitir lo que pasaba.

Fue entonces que las cosas empezaron a ponerse feas.

A mediados de octubre empezaron las pruebas para los equipos deportivos. Eran una actividad electiva, pero si tenías aunque fuera un poco de talento hasta podrías conseguir una beca universitaria, y a mí no me iba del todo mal en los deportes. Por eso me apunté a las pruebas para el equipo de baloncesto, que era el deporte que practicaba en la escuela a la que iba antes de venir a Shoreham. El día de la selección me presenté en el gimnasio, esperé mi turno y cuando llegó el momento hice lo que se esperaba de mí. Al final de la jornada el entrenador nombró a quince de los cincuenta que se presentaron para una segunda ronda de pruebas, que harían el viernes de la semana siguiente, y en esa lista de finalistas estaba mi nombre. Ese era mi plan. Acumular créditos por participar en actividades extracurriculares, mejorar mis calificaciones y



ahorrar todo lo que pudiera para cubrir mis gastos, registrarme en una universidad comunitaria en algún lugar lejos de aquí y hacer una nueva vida.

Pero cuando haces planes solo consideras las cosas que puedes controlar. Y los amigos de Liv no son una de esas cosas. Poco sabía yo que ellos me estarían esperando en el estacionamiento de la escuela después de las pruebas, y no precisamente para desearme suerte en la siguiente ronda.

El primer golpe me desorientó un poco, y los demás cayeron como lluvia de verano. Al principio pensé que si los dejaba usarme como saco de boxeo, si conseguían lo que querían, se irían y me dejarían en paz. Pero esas emboscadas se empezaron a convertir en algo frecuente, especialmente cuando logré entrar al equipo de baloncesto. Después de cada práctica Alex Hunter y su banda de matones me esperaba en el estacionamiento.

No tardé mucho en darme cuenta de que ellos no son de los que pasan fácilmente al siguiente objetivo, en darme cuenta de que debía pelear, que debía defenderme, no quedarme allí pasivamente mientras Alex y sus amigos me atacaban. Cuando eso ocurrió, una tarde de noviembre cuando salía de una práctica, sentí como si le presionaran un interruptor a mi cerebro. El instinto de devolver los golpes, de hacerles tanto daño como me estaban haciendo a mí, era demasiado intenso. La rabia me nublabla el juicio. Era como si me hubiesen puesto una venda sobre los ojos y lo único que pudiera percibir fuera la furia. La de ellos, la mía, la combinación de ambas volviéndose algo oscuro y peligroso.

Cada parte de mí me decía que debía sobrevivir, y para hacerlo tenía que ser más violento que ellos que me superaban en número. Tenía que asustarlos, hacerlos retirarse porque de lo contrario no se detendrían. Y en esos momentos, cuando sucumbía al instinto de conservación, me pareció escuchar la voz de mi hermano en mi cerebro diciéndome, como tantas veces, que no fuera idiota y que moviera el trasero.

La pelea empezó a atraer atención, porque al parecer todavía quedaban miembros del equipo de baloncesto en el edificio. Algunos de mis compañeros intentaron involucrarse y ayudar, pero pronto desestimaron la idea. En cambio se quedaron alrededor de nosotros, formando un círculo y gritando palabras a las que no lograba darle sentido. Yo me sentía como una máquina de recibir y devolver golpes, y poco después empecé a sentir como si estuviera viendo todo aquello desde afuera. Era algo surreal. Tan ridículo que hasta sentí ganas de sonreír.

—¿De quién demonios te estás riendo, maldita basura? —Me preguntó Alex antes de darme un cabezazo en la nariz, haciendo que mi visión se nublara por unos segundos.

—Del imbécil que cree que golpeándome va a conseguir quedarse con la chica —le respondí junto con un rechazazo directo al pómulo.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que se empezaran a escuchar las sirenas en la distancia y la pequeña multitud que se había congregado a ver la pelea desapareciera. Hasta los amigos de Alex desaparecieron en el proceso, dejándonos a él, a mí y a otro par de imbéciles que fueron demasiado lentos o que estaban demasiado asustados como para correr.

Sin embargo eso no fue lo peor que pasó ese día.

Alex aprovechó la llegada de la policía para fingir que yo lo había atacado. A él, el hijo de un respetable miembro de la comunidad que no tenía ninguna queja, ninguna infracción.

El par de idiotas que se habían quedado petrificados asentían apoyando su historia, por lo que me gané mi primer viaje en la parte trasera de una patrulla, solo que no me llevaron a la estación de policía sino a mi casa, donde me dejaron con una advertencia.

—Mantente alejado de los problemas, muchacho —me advirtió el oficial que me escoltó—. La vida en este pueblo puede ser muy complicada si haces molestar a la gente equivocada.

Y me gustaría decir que esa fue la peor parte del año escolar. Que los meses pasaron, y que

Alex y sus amigos mantuvieron su distancia, pero eso sería una mentira.

Lo que sucedió, en cambio, es que sus intentos por perjudicarme se volvieron más sutiles y calculados, pero para entonces ya me había ganado la simpatía del entrenador del equipo de baloncesto y de algunos de mis compañeros. No de los idiotas que apoyaron de Alex, sino de los demás, de los que tenían influencia dentro de la escuela y podían responder el tipo de ataques de los que estaba siendo víctima sin temor a las consecuencias.

No los llamaba amigos, sin embargo. Reconocía la ayuda por lo que era.

Un favor que se cobrarían eventualmente. Y vaya que se lo cobraron con creces, solo que esperaron para hacerlo hasta dos días antes de nuestra graduación, cuando me llamaron para hacer de vigilante en una fiesta clandestina dentro del campus de la escuela.

El lugar en el que vi a Liv por última vez, solo que en lugar de venir a verme ella venía a hablar con Gina, la única persona de su grupo de amigos con la que mantenía una relación.

Sin embargo mi mayor preocupación ese día fue mantener las cosas tranquilas en la fiesta para que nadie nos reportara a la policía. Si nos atrapaban estaríamos en problemas. Poco sabía yo que esa noche cambiaría todo, y que los problemas no tardarían en aparecer por mucho que me empeñara en mantener todo bajo control.

Por estar ayudando a mis compañeros de equipo ignoré un par de llamadas que Liv hizo cerca de la medianoche, pensando que podría devolvérselas después.

Cosa que intenté, sin éxito. Y también por ellos llegué muy tarde a nuestra cita en la casa del árbol aquel día. El día en que pensé que ella me mandaría al diablo por no llegar a nuestro encuentro. El día en que Liv desapareció sin dejar rastros.

## 10 de junio de 2018

Últimamente he estado pensando mucho en nuestro plan de escape. Puede que no tengamos ahora todo lo que necesitamos, pero no podemos darnos el lujo de retrasarlo más. En unos días más será nuestra graduación, y será el momento perfecto para declarar nuestra libertad al mundo, el momento de tomar nuestras cosas y dejar todo esto atrás. Nuestras familias, a las que no les importamos, a Alex, Gina y los demás que se hacían llamar mis amigos, a Shoreham y sus rincones oscuros. Todo.

Aunque eso también signifique dejar atrás este lugar que se ha convertido en nuestro refugio.

Pero no te preocupes, Thomas. Encontraremos otro rincón como este donde ocultarnos para compartir secretos, donde no debemos ocultar quienes somos o cómo nos sentimos. Donde no importe el pasado, sino vivir el presente y esperar el futuro.

Estoy contando las horas, Thomas. Pero nada de esto va a funcionar sino estás conmigo. Debemos hacerlo juntos, porque no es tan segura de atreverme a irme sin ti.

No hay nada más para nosotros aquí. Este es nuestro momento, ¿no crees?

Sé que hay cosas que te preocupan, pero te aseguro que todo saldrá bien. He visto algunos lugares que podemos pagar con nuestros ahorros, y ya he agendado las visitas a la universidad en la que vas a inscribirte. No está muy lejos de la mía, solo un par de horas. Lo haremos funcionar, te lo prometo. Vamos a funcionar.

Solo tienes que confiar en mí.

Por cierto, esta noche voy a dejar mi ventana abierta para ti. No tardes en llegar.

**Liv.**



## CAPÍTULO 8

### *Presente*

Por más que intento cerrar los ojos y desconectarme de todo, el sueño me elude por buena parte de la noche.

Mi mente no hace más que darle vueltas a las últimas horas, y a cómo pasé de sentirme traicionado a tener miedo. No por mí, sino por ella, por Liv. Ahora sé que ella no tuvo elección al dejarme, que alguien me la arrebató, y el intenso deseo de encontrarla, de recuperarla no hizo más que crecer en mi interior.

Empiezo a repasar mi conversación con el detective Sawyer, todas las cosas que me dijo, las pistas que me dio. Así como pienso también en las cosas que yo le dije.

Liv y yo teníamos un pacto. Huiríamos juntos. Yo pensaba que ella había cambiado de opinión, que se había cansado de esperar y que decidió irse dejándome atrás, y tenía mis razones para sospecharlo.

La noche que desapareció, Liv estuvo con sus amigos en una fiesta. Con Gina, Alex y su banda de matones. Yo no era la persona favorita de ningún miembro de ese grupo, salvo por Liv, y ellos no perdían oportunidad para echarle en cara la clase de perdedor con el que salía. Esa noche lo hicieron. Mientras se paseaban como si fueran los dueños del pueblo, Alex y sus matones gritaban sus opiniones sobre mí para todo el que quisiera escucharlas. No eran buenas opiniones. Nunca lo fueron.

Gina, por su parte, siempre se mantenía neutral en esas situaciones. Observando todo, en silencio, jugando a estar bien con Dios y con el diablo a la vez. Esa actitud suya siempre me ha parecido curiosa. Gina no toma partido, ni a favor de ellos ni a favor de Liv, lo que me hace preguntarme realmente de quién es amiga.

—¿Y eso qué importa ahora?

—Murmuro entre dientes, pero apenas las palabras dejan mis labios me doy cuenta de que sí es importante. Gina nunca se pone a favor de nadie que no sea Gina, y si lo que dijo el detective Sawyer era cierto, ella había intercambiado mensajes con Liv sobre nuestra supuesta ruptura.

«¿Será ella la responsable de los mensajes?»

De repente la sensación de soledad me arropa. Se posa sobre mí como un peso muerto y empieza a asfixiarme. Extraño a Liv. No me había permitido pensar demasiado en ella porque dolía hacerlo a sabiendas de que me había dejado. Dolía saber que ella se había atrevido a dejar Shoreham atrás, y a mí junto a todo lo que quería olvidar de este pueblo.

Me levanto de la cama y voy hasta mi closet. Saco la caja de zapatos en la que he ido guardando sus cartas durante el último año. Cartas que documentan el inicio de nuestra amistad y cómo nuestros sentimientos fueron mutando hasta convertirse en algo incendiario. Algunas veces he cuestionado qué tan inteligente fue darle tanto de mí a Liv, hacerla parte de mi vida, necesitarla tanto.

Nunca antes había permitido a nadie acercarse tanto a mí.

Ni siquiera a mis padres.

«No es que ellos intenten acercarse mucho».

O tal vez sí tuve antes esa clase de conexión con alguien, pero no fue algo que yo eligiera sino que era algo más natural. Como respirar. No recuerdo un momento de mi vida anterior en el que no

tuviera a mi hermano junto a mí.

*«Pero él ya no está».*

Sentirme abandonado por Liv abrió una herida que creía cerrada, llenándome de sentimientos negativos.

Todos ellos hacia mí mismo. La escoria del pueblo, la basura sin valor que se atrevió a fijarse en Oli via Martin, el paria de la escuela, el hijo malo, el hermano que le falló a Erick. El culpable de que ya no esté.

Casi nunca me permito pensar en mi hermano, tampoco me gusta pensar en el día en que todo se fue a la mierda. Mi familia, mi vida... todo. Ese día en que mi hermano llegó a casa pretendiendo que acababa de salir de la escuela, cuando en realidad nunca se presentó para sus clases. Eso lo sé porque eran las mismas que las mías.

Pero yo no lo acusé con mis padres, sino que lo cubrí como el buen hermano que era. Así como cubrí su comportamiento extraño de los días anteriores, el repentino cambio en su grupo de amigos, el desinterés que tenía en las cosas que compartía conmigo. Era como si de repente mi hermano, la persona con la que no solo compartía mi sangre sino también mi apariencia, se hubiese convertido en un extraño.

Las salidas a escondidas mientras mis padres dormían se empezaron a convertir en algo frecuente.

Igual que sus ojeras, su perenne mal humor y mis dolores de cabeza. Erick llegaba apestando a alcohol, pero yo era quien sufría la resaca. Pero recuerdo que ese día, el día en que todo se fue a la mierda, fue el peor de todos.

Sacudo la cabeza intentando apartar los recuerdos y me concentro en las cartas de Liv. En los sobres de papel color crema que ahora parecen las hojas de un libro viejo por el tono amarillento que han adquirido. Como si tuvieran más tiempo del que en realidad ha pasado.

Tomo una de las cartas necesitando reconectar con Liv, necesitando escuchar su voz en mi cabeza mientras leo sus palabras, deseando recordar lo que sentía cada vez que encontraba una carta nueva y preguntándome si volveré a verla, si volverá a escribirme.

*«Tengo que encontrarla».*

Entonces empiezo a leer y me pierdo en el recuerdo de ese día en específico, del día en que encontré la carta que tengo entre mis manos, apartando el fantasma de Erick, de mi pasado y de todo lo que está mal en mi vida.

Leer a Liv es algo que no he hecho desde poco antes que ella desapareciera. Cuando su padre vino a mi casa preguntando por ella, el primer lugar en el que la busqué fue la casa del árbol pensando que al menos encontraría una nota de despedida. Pero no encontré nada ese día. Absolutamente nada. Y aunque al principio tuve mis dudas, la creencia de que ella cortaría todo lazo con Shoreham me hizo darme cuenta de que un adiós no formaba parte del estilo de Liv. Ella haría un corte total con esta vida para empezar de cero en un lugar nuevo, solo que yo esperaba ser parte de esa vida.

*«Todavía puedo ser parte de esa vida, solo tengo que encontrarla».*

Han pasado varios días desde entonces, casi una semana. Y con cada hora que pasa las esperanzas de la policía por encontrarla disminuyen. Las mías no, porque yo nunca dejaré de buscarla. Sin embargo, si quiero tener oportunidad de hacerlo bien debo descansar. No puedo permitir que la fatiga se convierta en un obstáculo. Por eso recorro a algo que no he usado en mucho tiempo. No desde que Erick salió de mi vida y las noches en vela se convirtieron en mi realidad. No me gusta recurrir a las pastillas para dormir, porque siempre me hacen sentir débil y

raro. Pero sé que no conseguiré hacerlo sin ayuda.

Una sola pastilla. Una noche de sueño. En la mañana empezaré a buscarla y no me detendré hasta tener a Liv nuevamente junto a mí.

Alguien me persigue. Escucho el sonido de unas botas pesadas golpeando el pavimento a pocos metros detrás de mí, sin embargo no me atrevo a voltear. Corre.

La voz de Liv me golpea con fuerza, instándome a seguir adelante, a no detenerme, mientras que el peligro a mis espaldas está cada vez más cerca.

Siento el sudor correr por mi espalda, mi respiración acelerada y mi pulso retumbándome en los oídos, y por un momento le permito a mis ojos observar lo que me rodea. Todo está oscuro. Incluso el camino por el que estoy huyendo. Mi cerebro va a mil por minuto ideando maneras de escapar, buscando lugares para ocultarme, pero ningún lugar parece lo suficientemente seguro. Además, el peligro está cerca.

Empiezo a salirme de la carretera, aprovechándome de la oscuridad y de la cercanía del bosque para buscar un escondite. Intento no hacer ruido, controlar mi respiración y mantener la calma. Debo confiar en mis instintos. Tengo que estar alerta.

Entonces los pasos que me siguen ya no se escuchan tan cerca. La persona que me sigue duda del camino que he tomado y debo aprovechar esa ventaja.

Pienso en internarme en el bosque, usar los árboles como camuflaje y buscar el sendero que conduce hacia el lago.

*«Tal vez la casa del árbol pueda servirme de escondite».*

Los pasos se acercan cada vez más. Debo moverme. Esto ya no es una carrera sino algo más peligroso.

*«Es una cacería».*

Calculo mis pasos, evitando pisar ramas u hojas secas, evitando dar cualquier señal que pueda alertarle de mi escondite. Camino con cuidado, controlando mi respiración y manteniéndome alerta. Tengo un mal presentimiento sobre esto, pero no puedo darme por vencido.

Entonces sucede aquello de lo que me estaba cuidando. Un paso en falso. Un sonido que me delata. Me obligo a no entrar en pánico y empiezo a correr. A correr sin rumbo. Huyendo. Hasta que alguien me coge del brazo y tira de mi cuerpo con tanta fuerza que mis que hace que músculos protesten.

Trato de mantenerme calmado, de no mostrar miedo, sin embargo no me atrevo a mirar a la cara a la persona que me seguía. Y como si pudiera leer mi mente, esa persona fuerza mi cara hasta encontrarme con la suya.

No hay escapatoria, solo sorpresa.

Porque esa cara que me mira... es la mía. Con ojeras marcadas, con los ojos hundidos, como si no hubiese dormido bien en semanas, tal vez meses. Pero era mi cara.

*«No es posible».*

—¿Erick? —Y cuando me escucha decir su nombre, sonrío.

Me despierto sobresaltado, con el cuerpo cubierto de sudor y el corazón laténdome a mil por hora. Un mal sueño, solo eso ha sido, me digo para darme ánimos.

Tomo una respiración profunda y cierro los ojos por unos segundos, pero los abro nuevamente analizando todo a mi alrededor. Afuera sigue oscuro. El sol todavía no sale, pero la hora en el reloj sobre mi mesita de noche me hace pensar que no falta mucho para que lo haga. No puedo volver a dormir. No quiero hacerlo. Pensar en mi hermano no me ayudará a encontrar a Liv.

*«Las cartas».*

Pienso en ellas y las busco con mis manos, sabiendo que habían quedado sobre mi cama

cuando me acosté a dormir. Pero ya no están. Las cartas no están en mi cama. Incluso la caja de zapatos donde las guardaba ha desaparecido.

—¿Las habrán movido mis padres? —Me pregunto, pero lo dudo. Ellos no entran a mi habitación. Nunca.

Pero no hay otra explicación.

*«A menos que alguien más haya entrado a la casa».*

Descarto la idea casi tan rápido como se me ha ocurrido. Sería una locura entrar a mi casa ahora que la policía la vigila. ¿Quién querría hacerlo?

*«La misma persona que ha dejado esas cosas en la casa del árbol».*

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Quien haya dejado esas cosas, quien se haya llevado a Liv, contaba con que la policía me acusara a mí de haberlo hecho. Fui llevado a la policía, interrogado y luego escoltado de vuelta a mi casa. Tienen una patrulla vigilándome, pero el detective Sawyer dijo que yo era un objetivo del secuestrador, no un sospechoso de haber cometido un delito. Y quizás el verdadero culpable sabe de mí. Sabe de la casa del árbol. Sabe dónde vivo.

Si se ha molestado en venir hasta aquí por las cartas es porque hay algo importante en ellas. Alguna pista, tal vez. ¿Un mensaje oculto? No, me digo. He leído esas cartas montones de veces y siempre hablamos de nosotros dos, no de alguien más. Ni siquiera de sus amigos.

*«Pero esas cartas eran mi único recuerdo de Liv».*

Me obligo a tranquilizarme y a estar alerta. Quizás un extraño entró a mi casa y se llevó las cartas. Pero no puedo dejar que eso me detenga. Tengo que encontrar a Liv. Tengo que salvarla. La persona que se la llevó ha demostrado ser hábil para evadir a la policía y echar la culpa a los demás. A mí, específicamente. Por eso debo ser más inteligente.

Debo buscar pistas. Y debo alejar, a quien sea que esté acechando, de mi familia. Debo descubrir quién es...

*«No puedo bajar la guardia».*



## 26 de agosto de 2017

Liv, No sé qué estás haciendo conmigo, pero últimamente no dejo de pensar en ti. En cada paso que doy, a cada sitio donde estoy, cuando me despierto, cuando estoy trabajando... Es una locura.

¿Qué voy a hacer ahora que el verano ha terminado y debemos regresar a clases?

Dudo poder concentrarme en algo que no sea la curva de tu sonrisa, o el brillo de tus ojos, el sonido de tu risa.

Sí, puedes reírte. Estoy seguro de que lo estás haciendo ahora.

Pero hablando en serio... ¿qué va a pasar ahora?

¿Volvemos a ser un par de extraños en el pasillo de la escuela?

No quiero traerte problemas con tus amigos, así que eso está bien por mí. No te preocupes. Solo déjame saber, así no hago algo estúpido. Como tirar de tu brazo cuando me cruce contigo y atraerte a mí para plantarte un beso en los labios.

Solo necesito un aviso.

**Thomas.**





## CAPÍTULO 9

### *Presente*

Cuando el sol finalmente hace acto de presencia me siento cansado y sin ganas de salir de mi habitación. Mi mente no ha dejado de darle vueltas a la idea de que alguien pudo entrar a mi habitación mientras estuve dormido, y eso no me ha permitido relajarme. Pero la vida continúa, o al menos eso es lo que dicen, y debo volver a mi trabajo.

Mi madre toca la puerta pero no espera la invite a pasar, sino que entra a mi habitación con una taza de café en la mano. El olor me envuelve conforme se va acercando a mí. Ella también se ve cansada, pero no digo nada al respecto. Mi relación con mi madre no es mejor que la que tengo con mi padre. Somos tres extraños viviendo bajo el mismo techo. Tres personas que, después de Erick, se quedaron sin algo que los conectara.

—Iba a decir buenos días, pero con esa cara que tienes no estoy tan segura —me dice mientras me ofrece la taza con el café, haciéndome reír.

—¿Gracias? —Respondo tentativamente—. Aunque no creo que me vea peor que tú.

Mi madre suspira y me mira con una expresión que revela uno de nuestros grandes problemas. No sabe qué decirme. No tiene idea de cómo hablar conmigo, así como tampoco sé cómo hablar con ella. Es como si entre nosotros se hubiese abierto un abismo y no tuviésemos idea de cómo construir un puente para atravesarlo.

—Creo que deberías tomarte el día libre y descansar —me dice finalmente.

—No puedo... —le respondo—. Tengo que ver si todavía tengo trabajo después de lo de ayer —después de que la policía me sacara del restaurante y me llevaran a la estación en una patrulla. Además, si me quedo en casa no podré investigar nada sobre Liv. Pero ese último pensamiento no me atrevo a decirlo en voz alta.

—Puedes llamar al restaurante... —sugiere y su voz delata emociones que no estoy seguro de querer admitir. Inseguridad, miedo... Pero ¿por mí?

—¿Qué pasa?

—Pregunto con un poco de sospecha.

—Nada, nada... —me dice—. No pasa nada, es solo que... —suspira y niega con la cabeza antes de continuar—. El detective Sawyer llamó hace un momento.

—¿Él sugirió que no fuera a mi trabajo?

—Quise saber y ella asintió.

—Dijo que vendría en un par de horas para hablar contigo —me dice—. Tu papá llamó al abogado y él prometió estar aquí para cuando llegue el detective.

Siento la furia apoderándose de mí, frustración y la rabia por tener que permanecer encerrado, y gruño mi desacuerdo. Tengo que salir de mi casa. Si no logro hacerlo ¿cómo podré encontrar a Liv? Y está el asunto de las cartas...

—Mamá... —empiezo a decir, pero cuando estoy a punto de soltar las palabras hago una pausa.

—¿Qué pasa? —Pregunta, y yo la miro a los ojos por un momento, pensando si debo o no decirle. Decido que lo mejor es quedarme callado hasta saber más, sin embargo aprovecho la ocasión para tocar un tema del que no hemos en mucho tiempo.

—¿Tú me culpas? —Aparto la mirada—. ¿Por lo que pasó con Erick?

Erick. Ese es un tema del que nunca hablamos. Al menos ha sido así por los últimos tres años. Todo fue peor cuando nos mudamos, cuando mis padres no pudieron soportar las charlas y las miradas de nuestros vecinos, y decidieron abandonar Boston arrastrándome con ellos hasta Shoreham. Se suponía que este sería nuestro nuevo comienzo. En cambio ellos decidieron pretender que mi hermano nunca existió.

Siento su vacilación antes de responder, pero al mismo tiempo que ella se aclara la garganta se escucha el sonido de vidrios quebrándose y ambos nos sobresaltamos. Mamá me coge de la mano y me aprieta fuerte antes de levantarse y caminar hacia la puerta de mi habitación. Yo la sigo porque el sonido ha sido dentro de la casa.

Mientras caminamos lentamente y en silencio hacia la sala escuchamos un auto acelerar y alejarse. Tiro del brazo de mi madre para ponerla detrás de mí. No sé si hay intrusos en la casa, si la policía sigue cerca o si han ido tras las personas que han roto los vidrios. No lo sé.

Siento el latido de mi corazón retumbándose en los oídos como un tambor de guerra anunciando el inicio de una batalla. Cuando finalmente llegamos a la sala encontramos los vidrios de ambas ventanas regados en el piso como si hubiésemos sufrido una explosión. Mamá suelta un jadeo y sé que está viendo lo mismo que yo.

—¿Dónde está papá? —Le pregunto con urgencia.

—Se ha ido esta mañana a trabajar, después de hablar con el abogado —me dice con voz temblorosa—. Dijo que volvería a tiempo para la visita del detective.

—Bien... —asiento. Papá no está en la casa. Está a salvo. Mamá y yo estamos a salvo.

Pero no sabemos quién ha hecho esto.

Entre los vidrios que ahora cubren la sala de mi casa hay ladrillos viejos en los que han amarrado papeles.

Instintivamente me acerco pero mi mamá me sujeta del torso con fuerza usando los dos brazos. Se agarra de mí como si fuera un salvavidas y ella estuviera ahogándose en medio del mar.

—Todo va a estar bien, mamá —le digo envolviéndola en un abrazo. Algo que no he hecho en mucho tiempo—. Todo va a estar bien —repito, pero mis palabras suenan tentativas, falsas. ¿Cómo puedo asegurarle eso si ni siquiera sé que rayos está pasando?

—Hay que avisarle a tu papá —me dice ella, sus palabras amortiguadas contra mi pecho. La siento temblar cuando hace una pausa antes de seguir hablando—. Hay que llamar a la policía.

Sin embargo se supone que la policía estaba ahí afuera, vigilando mi casa, protegiéndome, porque según el detective Sawyer yo podría ser un objetivo de la persona que se ha llevado a Liv. Ahora me pregunto si me estaban cuidando a mí, o si solamente estaban asegurándose de que no fuera a ninguna parte.

Me deshago del abrazo de mi madre y le digo que haga las llamadas. Que le avise a mi padre lo que ha pasado y que luego se lo diga al detective Sawyer.

Mientras ella va al otro lado de la sala, donde está instalado el teléfono, yo regreso a mi habitación.

Rápidamente consigo una camiseta, los pantalones que usé el día anterior y unos zapatos deportivos. Entro al baño y me echo un poco de agua en la cara y me lavo los dientes, luego regreso voy hasta mi closet para buscar la mochila que utilizaba para ir a la escuela.

Busco entre mis cosas una linterna, una gorra y cualquier cosa que pueda ser de utilidad en el bosque. Me escabulliré allí después de ver al agente Sawyer. Si alguien estuvo vigilando la casa del árbol, probablemente dejó rastros que pueda seguir. Pistas. Cualquier cosa. Y estoy tan concentrado en mi búsqueda que casi no lo noto, pero en la parte superior de mi closet está la caja donde guardo las cartas de Liv, esa que estaba sobre mi cama anoche cuando me quedé dormido.

Las manos me empiezan a temblar y un escalofrío me atraviesa el cuerpo.

«¿Cómo rayos llegó esto hasta aquí?»

—Me voy a volver loco... —gruño. Tal vez mi madre sí entró a mi habitación mientras dormía. Quizás ella volvió a colocar las cartas en mi armario.

«¿Y si no hay nadie allí afuera? ¿Y si todo es producto de tu imaginación?»

Pero yo no imaginé la advertencia del detective en la estación de policía, así como tampoco imaginé lo que pasó en el bosque cuando regresábamos a la patrulla. No, yo no he estado alucinando, me digo. Debo mantener la cabeza fría, tengo que analizar lo que está pasando, pero no puedo seguir perdiendo más tiempo si es que quiero encontrar a Liv.

Mi padre tardó quince minutos en llegar a la casa después de que mi madre le contara lo sucedido. El detective Sawyer y el agente Bowen llegaron poco después, disculpándose con mis padres por la ausencia de los oficiales que debían estar vigilando. Caminamos hacia la cocina, donde mamá empieza a preparar un poco de café, y cuando estamos todos sentados el detective rompe el silencio y va directo al grano.

—¿Alguno de ustedes vio a la persona o personas que atacaron su casa hoy? —Nos pregunta y yo niego con la cabeza.

—Yo estaba en mi trabajo y vine apenas mi esposa me llamó —responde mi padre.

—¿Y usted señora Cohen?

—Estaba en la habitación de mi hijo, hablando con él, cuando escuchamos el ruido del cristal quebrándose —dice ella en voz baja, su atención dividida entre la cafetera y el detective.

—Solo escuchamos el vidrio —les digo—. Y luego el sonido de un auto acelerando —agregué—. Pensé que era la patrulla siguiendo a la persona que había hecho eso —señalé hacia la sala.

—Hablamos con los oficiales que estaban de guardia —dice el detective Sawyer—. Nos dijeron que recibieron una llamada por radio y que se trasladaron para atender la emergencia.

—Pero se trataba de una llamada falsa —agrega el agente Bowen, quien generalmente es un hombre de pocas palabras y a quien, sospecho, no le caigo muy bien—. Ya estamos investigando al respecto.

—Supongo que tendrán las manos llenas con la investigación —dice mi padre con sarcasmo—. Hoy las paredes de mi trabajo amanecieron pintadas con mensajes amenazantes, alguien ataca mi casa mientras mi esposa y mi hijo están dentro, y allí afuera hay alguien que ha secuestrado a una chica del pueblo, algo que nunca antes había pasado, y posiblemente tenga en la mira a mi Thomas —agrega, gruñendo las últimas palabras.

Mi padre nunca ha sido un hombre particularmente agresivo, y verlo tan agitado hace que algo se estremezca dentro de mí. En cierta manera me recuerda a mi hermano, y cómo a veces podía sorprenderme con sus ataques de ira, solo para sonreír luego y pretender que nada había pasado. A veces sus cambios de humor eran tan bruscos que me costaba seguirle el ritmo. Y luego empezó a reunirse con esa gente, y a tomar drogas, y las cosas se pusieron peor.

—Señor Cohen...

—¡Es inaceptable! —Dice papá, elevando su tono de voz e interrumpiendo lo que el detective estuviera por decir. Mientras tanto yo lo miro y trato de darle sentido a sus palabras.

—Señor Cohen —repite el detective Sawyer, esta vez un poco más alto para hacerse escuchar—. Entiendo su preocupación y le aseguro que estamos haciendo todo lo posible para descubrir qué está sucediendo —le dice con una voz que pretende transmitir calma—. Recibimos la llamada de su hermano informándonos de los daños en su tienda, y...

—Lo van a investigar, así como investigarán quien atacó mi casa, o quién se llevó a esa chica —mi papá responde dando muestra de su poca paciencia y mal temperamento—. ¿Y mientras tanto

qué? ¿Me siento a esperar a que alguien vuelva a atacar a mi familia?

—No... —empieza a decir el detective, pero esta vez quien lo interrumpe es el agente Bowen.

—Tenemos una sugerencia, señor Cohen —dice, y tengo el presentimiento de que no me gustará lo que va a agregar—. Se nos ocurrió que usted y su familia vayan a un lugar más seguro mientras nosotros investigamos y ponemos bajo custodia a la persona o personas que están atacando a su familia, y mientras se concluyen las investigaciones en el caso de la señorita Martin.

—No... —empiezo a protestar.

—Debemos estar de acuerdo en que es la mejor alternativa —continúa diciendo el agente Bowen sin prestarme atención—. Tenemos pocos agentes y, como comprenderán...

—No pueden protegernos y buscar a la chica —asintió mi padre, como si estuviera esperando la sugerencia.

—No podemos irnos —insisto—. No sin saber de Liv.

Pero al ver la cara del detective Sawyer, del agente Bowen y de mis padres, me doy cuenta de que ellos ya han tomado su decisión y que poco importa lo que yo opine.

*«No puedo irme. ¿Cómo voy a encontrarla si me voy?»*

—¿A dónde vamos a ir? —Digo, en lugar de darle voz a mis pensamientos.

—Hemos asegurado una locación para ustedes en un Middlebury —empieza a decir el detective Sawyer—. No se divulgará la información para evitar filtraciones, y contaremos con el apoyo de la policía estatal para su protección.

—¿Cuándo debemos irnos? —Pregunta mi madre.

—Pensamos que lo más seguro para todos ustedes es que... —empieza a responder el agente Bowen, pero el detective lo interrumpe.

—Mañana a primera hora los llevaremos —dice—. El agente Bowen y yo personalmente nos encargaremos de su seguridad, y una vez que estén instalados en la casa de seguridad regresaremos para continuar con la investigación.

—Está bien —responde mi padre, pero nada está bien.

*«Esto no puede estar pasando».*

Tengo que pensar en algo, tengo que hacer algo pronto, me digo. Y con el tiempo jugando en mi contra decido seguirle el juego un poco más al detective Sawyer, aprovechando su visita para organizar mi plan de acción.

—Ahora, si no les molesta —dice el detective dirigiéndose a mis padres—. Nos gustaría hablar con Thomas.

—¿Necesito llamar a su abogado?

—Pregunta mi padre alzando una ceja.

—No creo que sea necesario —le responde—. Todo va a depender de su hijo.



## 29 de agosto de 2017.

Querido tontín, No sé qué va a pasar en la escuela porque, lamentablemente, no puedo predecir el futuro. Lo que sí te puedo asegurar es que, si me ves en el pasillo y me ignoras cobraré venganza. Y puedo ser bastante despiadada si me lo propongo.

Ahora hablando en serio...

No me preocupa la escuela, o Gina, o Alex. No me importa nada de eso. Es nuestro último año en Shoreham y pienso vivir cada minuto sin arrepentimientos. Deja de preocuparte tú por ellos y piensa en cosas más bonitas.

Como yo, por ejemplo.

Por cierto...

¿Qué le pasa a tu móvil? Te he llamado y aparece desconectado. Espero leer tu respuesta. O un mensaje de texto, si se puede.

**Liv.**



## CAPÍTULO 10

### *Pasado*

¿Alguna vez has tenido la sensación de haber hecho algo mal, pero no tener idea de qué cosa hiciste exactamente? Tal vez fuera una tontería, pero ese era el pensamiento que me acompañó en la noche mientras intentaba dormir, y luego hoy, en la mañana mientras caminaba hacia mi trabajo.

Llamé varias veces al móvil de Liv, envié mensajes de texto preguntándole dónde se encontraba o si estaba molesta, porque no había podido hablar con ella después de la fiesta en el campus de la escuela.

Yo no sabía que ella asistiría, de lo contrario había planeado alguna forma de librarme del trabajo para acompañarla de vuelta a su casa, pero rápidamente Liv me hizo saber que eso no sería necesario.

*«¿Me estaba evitando?»*

En uno de sus mensajes, de los que recibí apenas ella llegó a la fiesta, me decía que había venido con Gina Matthews para tratar de hacer las paces con el resto de sus amigos, y arreglar un poco las cosas antes de marcharnos, en caso de que alguno debiera regresar. Esa era una parte de su plan que no conocía, porque de lo contrario habría hecho todo lo posible para evitarlo. No es que tuviera algo en contra de que ella hiciera las paces con sus amigos, lo que me disgustaba era que Liv sintiera la necesidad de disculparse con ellos como si las idioteces que ellos hacían o decían fueran culpa suya.

Ver a Liv en la fiesta era como regresar a esos tiempos en la escuela, cuando ella no era más que una cara distante en la multitud. Cuando éramos un par de extraños. Antes de que nuestros mundos colisionaran.

No tenía idea de cuánto tiempo estuvo Liv en la fiesta porque no la vi marcharse, pero supongo que fue mientras Archer Grey, uno de los chicos que asiste a mi clase de Química, decidiera convertirse en un soplete humano y transformara una noche que hasta el momento había sido tranquila en una maldita locura.

Mi atención estaba dividida entre la gente que corría para alejarse de Archer y los imbéciles que gritaban su nombre como si el truquito fuera algo digno de admiración. Más tarde las cosas volvieron a calmarse.

Archer estaba tirado en el piso, demasiado borracho como para moverse, y su grupo de amigos estaban sentados a su alrededor riéndose y pasándose los teléfonos móviles donde habían grabado el espectáculo de más temprano.

Aprovechando la relativa tranquilidad de la noche me serví una cerveza y empecé a observar los alrededores. En todo el tiempo que llevaba en Shoreham no me había detenido a apreciar nada de lo que me rodeaba. Me había cerrado a la posibilidad de abrazar y disfrutar el cambio por lo que realmente era. Un nuevo comienzo. Una página en blanco. La oportunidad de una nueva vida. Lo que hice en cambio fue revelarme a ese cambio, encerrarme en mi mismo y soñar con el momento de irme. De volver a casa.

*«¿Pero dónde queda eso ahora?»*

Ya no estaba seguro de si quería que las cosas fueran como antes, o si deseaba que simplemente fueran diferentes. Lo que sí tenía claro es que quería apartarme de todo. De mi familia, de los recuerdos, de las expresiones de tristeza cada vez que me veían porque mi cara



era el recordatorio de ese otro hijo. Del hijo que ya no estaba.

Debía ser raro para mis padres, pensé, saber exactamente cómo luciría mi hermano conforme pase el tiempo. Lo único que tendrían que hacer es verme a mí.

No sé si eso les ayudaba en algo, o si solamente los hacía sufrir. Y no lo sabía simplemente porque Erick es un tema que no se toca en casa. Un tabú. Una palabra prohibida.

Recuerdo que al principio estaba tan mal, tan anestesiado, que incluso llegué a pensar que yo era Erick.

Sentía su ira en mí. Sentía sus ganas de correr, de escapar, de mandar todo al demonio. Eso era lo que estaba haciendo antes, así que suponía que era normal que me sintiera así. Había momentos en los que tenía pequeños momentos de oscuridad en los que me asaltaban las imágenes y los sonidos. La sensación de cuerpos rodeándome, empujándome, la risa de personas que no conocía, y luego los gritos, la sensación de empezar a correr, de sentirme perseguido, un par de luces apareciendo de la nada y dejándome desorientado, el sonido de un auto acelerando, el rechinar de los neumáticos contra el pavimento, la necesidad de seguir corriendo, un golpe fuerte, gritos, dos cuerpos cayendo al agua, pánico... y luego, oscuridad.

No sabía de quien eran esos recuerdos, esas imágenes, esas sensaciones. Y cada vez que intentaba poner en orden mis pensamientos sentía como si me arrancaran de la realidad y me empujaran a un limbo. A un profundo e interminable vacío. No sentía dolor o temor. Lo cierto es que no sentía nada.

Mis padres me hicieron hablar con un psicólogo, pero la mayor parte del tiempo apenas podía darle sentido a lo que pasaba por mi cabeza. Formar frases coherentes para comunicarme, o entender las cosas que me decían, requería más energía de la que mi cuerpo era capaz de producir.

No tenía idea de cuantos días estuve así, desconectado de la realidad. Solo sé que cuando las cosas empezaron a cobrar sentido ya mi hermano no estaba, mis padres se negaban a hablar de él y solo se dirigían a mí para darme órdenes. Arregla tu habitación, haz tu maleta, súbete al auto. No pedían mi opinión. Supongo que para ellos yo no era una persona confiable.

Yo permití que mi hermano se escabullera de casa y se reuniera con ese nuevo grupo de amigos, los que lo iniciaron con las drogas. Yo noté los cambios y no dije nada. Yo lo seguí a esa fiesta, pero en lugar de arrastrarlo de regreso a casa me quedé allí, bebiendo y riendo.

Pretendiendo ser uno más. Pretendiendo era la palabra clave, porque realmente me sentía fuera de lugar.

*«Nunca he dejado de sentirme así».*

Mientras caminaba a mi trabajo me asaltó la sensación de ser observado. Pero últimamente eso era tan frecuente que no le di importancia. Iba concentrado en mi móvil, enviándole mensajes a Liv quien no me había respondido desde la noche anterior, y preguntándome qué significaba su repentino silencio.

Pensé en pasar por la casa del árbol antes de entrar a trabajar, pero ya iba bastante tarde y un retraso adicional no iba a ayudarme con mi jefe. Ser despedido antes de tiempo jodería mis planes de dejar Shoreham con Liv, así que descarté la idea y seguí caminando.

Pensé en que estos serían mis últimos días en el pueblo, que probablemente pasará mucho tiempo antes de que regrese y ese pensamiento me dejó una sensación extraña. Por un lado estaban mis padres, que ahora eran básicamente un par de extraños para mí, a quienes extrañaría a pesar de todo. Por el otro lado estaban todos los chicos de la escuela que han insistido en complicarme la vida desde que me atreví a aparecer en los pasillos de su escuela. Pero también estaba la casa del árbol, los recuerdos que he hecho ahí junto a Liv, las risas frente al lago y eso me llevaba a preguntarme ¿será lo mismo cuando nos vayamos? ¿Seguirá necesitándome tanto

como yo a ella?

Le di vueltas a esos pensamientos durante varias horas. Mientras servía mesas en el restaurante como si estuviese en modo piloto automático, y luego mientras ayudaba a mis compañeros a ordenar el lugar después de la hora de cierre. Seguía dándole vueltas al asunto mientras caminaba de regreso a casa con móvil en mano, enviándole mensajes a Liv quien todavía no me respondía. Y más tarde, cuando me sentaba a cenar y se escuchó el sonido de un auto estacionándose afuera, seguido de un par de golpes en la puerta.

Iba a ponerme de pie, pero mamá anunció que ella atendería a la visita mientras yo cenaba. Quizás solo era una excusa suya para no quedarse cerca de mí, en silencio y observando mientras yo hacía desaparecer la comida.

No le di muchas vueltas a la oferta porque estaba distraído por las voces que llegaban desde la sala. Un llanto femenino amortiguado, una voz masculina preguntando por mí y la voz de mi madre pidiéndoles que se calmen y diciéndoles que me llamaría. Yo reconocía la voz masculina. La había escuchado muchas veces a través del altavoz del móvil de Liv. Esa era la voz de su padre.

Un escalofrío me atravesó el cuerpo. Algo tuvo que haber pasado para que llegaran a mi casa.

«¿Acaso le pasó algo a Liv?»

Cuando mamá llegó a la cocina ya había abandonado la cena y me había puesto de pie. Caminé hacia ella pero me detuvo apretándome el brazo para llamar mi atención. En los ojos de mamá había miedo.

Miedo por mí, miedo por ella. Papá no estaba y el padre de Liv se escuchaba alterado.

—Voy a ver qué quiere el señor Martin —le dije en voz baja, tratando de transmitirle calma. Una calma que yo, definitivamente, no sentía.

Mamá asintió y me dejó ir. Sus manos temblaban cuando me soltó el brazo. Sentí la necesidad de hacer algo, de decir algo, pero no sabía qué; así que abandoné la cocina y caminé hacia la puerta. Los padres de Liv estaban allí, en medio de la sala como se sintieran tan perdidos en esta casa como me siento yo algunas veces.

—¿Tú eres Thomas? —Me preguntó apenas me vio, pero yo no podía concentrarme en él. Estaba demasiado distraído por la mujer que lo acompañaba.

Una versión de Liv más adulta y desaliñada, con el maquillaje corrido y una expresión que iba más allá de la tristeza. Era desesperación pura lo que transmitía.

Fruciendo el ceño me obligué a volver la vista hacia el papá de Liv. Lo había visto antes en el pueblo.

Un par de veces en el restaurante en el que trabajaba, alguna vez en los pasillos de la escuela mientras caminaba hacia la oficina del director, o en los viernes deportivos cuando llegaba a acompañando a Liv para sus exhibiciones con las animadoras. Era la primera vez que él me hablaba. Hasta ese momento dudaba, incluso, que él supiera que yo existía.

—Sí, soy yo —respondí finalmente.

—Olivia no llegó anoche a dormir —me dijo, sacándome el aire de los pulmones de un solo golpe y sin tener que lanzar un puñetazo—. Fuimos a buscarla en casa de su amiga Gina Matthews, y ella nos dijo que tú podías saber dónde estaba.

No estaba seguro de comprender lo que el papá de Liv estaba diciendo. O al menos no quería darle el sentido que mi cerebro le estaba dando a sus palabras.

¿Mi chica no llegó a dormir a su casa? Entonces debió quedarse con alguna amiga. Solo que su amiga más cercana era Gina Matthews y ella envió a sus padres a mi casa. ¿Por qué? No tenía idea, porque ella debía saber que Liv y yo no hablamos la noche anterior. Liv fue a la fiesta con

ella, y tuvo que haberse ido también con Gina.

—¿Por qué, según ella, sabría yo dónde está Olivia? —Pregunté, usando deliberadamente su nombre.

No la versión corta que a ella le gusta que use, sino la que usó antes su padre.

—No lo sé —negó con la cabeza—. Solo sé que estamos preocupados, que la hemos buscado por todas partes y ya no sabemos qué hacer —me explicó. Su voz se quebró con la última frase, haciendo que mis manos empezaran a temblar.

«¿Dónde rayos está Liv?»

—Llamamos a la policía —el señor Martin dijo entonces—. Pero nos dijeron que debíamos esperar veinticuatro horas —añadió—. No podía quedarme sentado por veinticuatro horas esperando. Tenía que hacer algo —dijo desesperado—. Si sabes dónde está... —susurró, pero luego negó con la cabeza—. Solo quiero saber si ella está bien, si está a salvo —me explicó—. Hemos tenido problemas últimamente, pero ella es mi hija. Estoy desesperado, muchacho.

Escucharlo hablar de su hija me hizo darme la vuelta para buscar a mi madre con la mirada. Ella seguía teniendo esa mirada asustada con la que llegó a buscarme en la cocina, pero ahora sus ojos también estaban llenos de lágrimas. Como si ella pudiera sentir lo que yo estaba sintiendo. Liv había desaparecido. Pero eso no era cierto.

Su plan era marcharse conmigo. Desaparecer sin dejar rastros para que sus padres o los míos no nos encontrarán, aunque ambos dudábamos que siquiera se preocuparan en buscarnos. Esto era parte de su estrategia. Sin llamadas, sin mensajes, sin despedidas. Un corte limpio, lo había llamado.

Pero tal vez, después de reunirse con sus amigos una vez más, sus planes ya no me incluían. Quizás yo solo iba a ser un lastre para ella, una carga, algo que iba a entorpecer su camino hacia la libertad en lugar de facilitarlo. Es probable que haya decidido dejarme atrás, así como había dejado a sus padres.

Tal vez yo no significaba para Liv lo que ella significaba para mí. Quizás ese futuro que pensamos juntos solo iba a funcionar en mi imaginación. Es probable que ella se diera cuenta y decidiera ahorrarse la discusión.

—No sé qué decirle, señor —me volví para mirarlo, tratando de transmitirle que estaba tan confundido como él—. Hoy no he sabido nada de ella. Le estuve escribiendo, pero nunca me respondió.

—¡Se fue...! —Lloró la madre desconsolada, apretándose al pecho del padre de Liv—. ¡Nuestra niña nos dejó!

—Eso no es cierto —la reprendió él—. No lo repitas. Todas sus cosas están en la casa. ¿A dónde podía irse sin llevarse nada? —Le preguntó, pero no le dio oportunidad de responder—. Olivia va a volver, y cuando lo haga tú y yo vamos a tener una conversación seria.

Aparté la mirada ante el intercambio entre los padres de Liv, no queriendo entrometerme en sus asuntos.

Mientras tanto empezaba a pensar en los lugares a los que ella pudo haber huido. Liv tiene un plan, me recordé.

Pero me entristecía pensar en que ese plan ya no me incluía.



**24 de diciembre de 2017**

Liv, Hemos sobrevivido lo que va del año escolar, sin embargo a veces siento que no sobreviviremos a las vacaciones de invierno. Llegar hasta aquí hoy fue como una carrera de obstáculos. Incluso me perdí un par de veces, pero encontré algunos objetos curiosos que traje conmigo para mostrarte.

Alguien ha estado en el bosque, Liv. Lo sé porque los animales no suelen transportar lámparas o cuerdas.

Sin embargo se me ocurrió que el campista suicida que se atrevió a desafiar al clima de Shoreham en esta época del año ya no necesitaba sus cosas (las dejó abandonadas, esa es mi excusa) pero eso no significaba que no nos fueran a servir a nosotros para alguna de nuestras aventuras.

La capa de hielo en el lago se ve más firme que la semana pasada. Creo que en unos días podremos patinar en él. Podemos usar la cuerda para diseñar algún tipo de mecanismo de seguridad. Espero leer tus ideas al respecto.

Cambiando de tema...

Estoy dejando junto a esta carta un pequeño detalle como regalo de navidad. No tienes que darme nada a cambio. Es solo una tontería que vi y que me provocó que tuvieras. Espero que te guste y que tengas una feliz navidad.

**Thomas.**



## CAPÍTULO 11

### *Presente*

Algunas veces estoy tan metido en mis propios pensamientos que me desconecto de las cosas que suceden alrededor de mí. No es algo del todo malo, sin embargo con la conversación del detective Sawyer debía tener cuidado. Así que me obligo a prestar atención a su intercambio con mis padres, a la tensión que repentinamente se siente en el ambiente y en cada palabra dicha, porque una vez que el interrogatorio termine saldré a buscar mis propias pistas.

Desde que Liv desapareció he sido cuestionado por la policía varias veces, las personas del pueblo me miran con sospecha, e incluso mis padres actúan como si fuera una bomba que pudiera explotar en cualquier momento.

Ahora mi familia y yo somos amenazados, atacados y obligados a huir, como eso fuera a evitar que siga buscándola. Y tal vez de eso se trate, pero no puedo detenerme. Liv me necesita.

El detective Sawyer hace señas para que mis padres nos dejen a solas y el agente Bowen los sigue hacia la sala, donde los restos de las ventanas siguen en el piso.

Yo centro mi atención en mis manos, evitando el contacto visual con el detective y espero a que sea él quien rompa el silencio que sea formado entre nosotros.

—Thomas, quiero que me hables de la última vez que viste a Olivia Martin —me pide, pero no es la primera vez que lo hace. En nuestra primera entrevista también me pidió contarle, solo que tuve que dejar detalles fuera para no comprometer a mis compañeros.

Admitir que estaba en una fiesta no autorizada, donde un montón de menores consumieron alcohol, entre otras cosas, no me ayudaría en nada.

—Ya me preguntó eso antes —le respondo—. Y lo que pasó ese día no ha cambiado desde la última vez que hablamos —añado cruzándome de brazos.

—A mí me parece que la última vez que me contaste esa historia no fuiste del todo honesto —dice arqueando una ceja.

Lo miro tratando de no revelar mis pensamientos, pero mi cerebro no deja de preguntarse cómo lo supo o qué espera que le diga.

«¿Será una trampa?»

Tiene que serlo, no hay otra razón para que vuelva a hacerme las mismas preguntas, salvo que espere que me equivoque o que me contradiga.

—A mí me parece que usted está más interesado en mí que en encontrar a Liv, detective —le digo—. Y yo no soy una persona tan interesante.

—Por el contrario... —me responde—. Yo creo que eres un tipo bastante interesante, de lo contrario no habrías atraído atención sobre tu familia, y definitivamente tampoco estaríamos en esta posición.

—¿A qué se refiere?

—A que mentiste en tu entrevista —declara.

—Yo no mentí —empiezo a defenderme—. Yo no sé dónde está Liv. Yo quiero encontrarla tanto o más que usted, y...

—Esa no es la parte sobre la que mentiste, Thomas —me interrumpe—. Yo te creí cuando dices que no eres responsable de su desaparición —dice—. Incluso puedo creer que no tienes idea de su paradero y que quieras encontrarla. Pero eso no significa que no me hayas mentido —

añade—. Y no puedo ayudarte si no sé toda la verdad.

—No entiendo...

—Déjame refrescarte la memoria —ofrece—. El once de junio estuviste en una fiesta con varios de tus compañeros de clase —empieza a decir—. Esto lo sé porque muchos de ellos aseguran haberte visto. Esas personas son testigos, Thomas —me explica—. Olivi a Martin también estuvo en esa fiesta. Estaba acompañada de Gina Matthews entre otros chicos que asisten a tu escuela —sigue diciendo—. Cerca de las diez de la noche, Olivia se marcha de la fiesta con Gina, la deja en su casa y conduce para encontrarse con alguien en la estación de servicio que está al extremo norte del pueblo, y eso lo sabemos porque ya tenemos el registro de llamadas de Olivia Martin y las grabaciones de las últimas conversaciones desde su número —explica, sorprendiéndome.

Eso me sorprendió. No sabía que Liv se encontraría con alguien después de la fiesta. Quizás por eso me estuvo escribiendo. Para que la acompañara. Y si hubiese estado con ella, nada de esto hubiese ocurrido.

—Escuchamos la voz de Alex Hunter en esas grabaciones, Thomas —el detective sonrío cuando dice esas palabras—. ¿Recuerdas a Alex, Thomas? Si mal no recuerdo, se reportó un incidente entre ustedes al principio del año escolar.

—Sí sé quién es Alex Hunter —respondo de mala gana—. Liv y él eran amigos.

—Muy buenos amigos, por lo visto —el detective Sawyer se encoge de hombros—. De la clase de amigos con los que te encuentras en medio de la noche en sitios desiertos —se burla—. ¿Te molestó eso, Thomas? ¿Te molestó que tu novia se viera con su amigo esa noche? — Sigue preguntando, arrastrando la palabra amigo para acentuar el significado de su insinuación.

—No, yo no... —intento responderle.

—También tenemos una grabación de las cámaras de seguridad en la estación de servicio — dice el detective, como si yo no hubiese hablado—. Allí vemos a Olivia Martin esperando junto a su auto por más de treinta minutos, y a este punto pudiéramos creer que Alex no llegó a la cita, que la dejó plantada —sonríe antes de decir las siguientes palabras—. Pero entonces vemos a Olivia subirse a su auto para marcharse —explica.

No entiendo a dónde quiere llegar con todo eso.

¿Olivia iba a verse con Alex? Y si el detective Sawyer sospecha que él está detrás de la desaparición de Liv ¿qué demonios hace en mi casa? ¿Por qué está haciéndome preguntas a mí, en lugar de ir por él?

—Si es verdad lo que dice, ¿por qué está en mi casa y no interrogando a Alex? —Le pregunto.

—Porque cuando fuimos a entrevistarlo nos enteramos que Alex no llegó a su cita con Olivia porque alguien lo atacó cuando estaba dejando la fiesta —me informa—. Sus padres lo llevaron a la clínica comunitaria, donde lo atendieron por los golpes que recibió y por un par de costillas rotas. Hay registros de eso, por lo que descartamos a Alex en nuestra investigación.

—¿Alguien atacó a Alex en la fiesta?

—Me escucho preguntar.

—Eso parece —se encoge de hombros—. Esperaba que me pudieras decir algo al respecto.

—¿Y por qué habría de saber algo?

—Alex Hunter y tú tienen un historial —explica—. Se han visto envueltos en varias peleas, o al menos eso dicen tus antiguos compañeros de clase, y él iba a verse con tu novia —añade—. No sería demasiado sorprendente si te hubieses enterado y enfrentado a Alex por citarse con Olivia.

—Pero eso no fue lo que pasó —me defiendo—. No sabía que alguien había atacado a Alex.

—¿A qué hora te fuiste de la fiesta? —Me pregunta el detective.

—Cuando terminó —le digo—. Tenía que quedarme con los chicos del equipo de baloncesto para limpiarlo todo después de que todos se fueron —confieso—. Luego uno de los chicos me trajo a casa. Puedo darle sus datos para que lo confirme —ofrezco y el asiente.

—Eso está bien —responde y luego hace una pausa antes de preguntar—. ¿Los padres de Olivia han vuelto a contactarte?

—No —admito.

—Intentamos comunicarnos con ellos hoy y no lo logramos —me informa—. Y de camino hacia acá pasamos por su casa, pero no había nadie.

—Eso es extraño —respondo frunciendo el ceño—. Liv decía que su madre siempre estaba en su casa —

explico—. La señora Martin no tiene amigas en el pueblo, o un trabajo que la obligue a salir.

—Sí, bueno... —suspira el detective—. Supongo que salieron a algún lugar. Ya pasaremos luego por la casa de los Martin para conversar con ellos.



—¿Han encontrado alguna pista? —Le pregunto—. En la casa del árbol, quiero decir.

—No puedo decirte nada, Thomas —responde y yo asiento—. No más de lo que te he dicho ya, al menos.

No me sorprende, la verdad. El detective Sawyer siempre quiere sacarme información pero es incapaz de darme alguna pista. Quise preguntar qué quería con los padres de Liv, pero sé que si le pregunto va a responder con evasivas así que me abstengo.

Varios minutos después el detective Sawyer se pone de pie y se despide de mí. Me dice que los patrulleros que hacen guardia en la casa volverán para ayudar con las ventanas y ha cer turnos durante la noche; y que en la mañana vendrá junto al agente Bowen para escoltarnos hasta Middlebury, a una casa de seguridad que han dispuesto para nosotros.

Mis padres acompañan al detective y a su compañero hasta la puerta, y luego se encierran en su habitación donde hacen un pésimo trabajo en disimular la discusión sobre el tema. Mi madre tiene miedo, pero no quiere irse. Mi padre está cansado de todo este asunto, pero dice que es lo mejor. Es irónico que papá diga que está cansado, cuando he sido yo al que la policía ha estado interrogando. Sin embargo aparto ese pensamiento y me concentro en cosas más urgentes.



Durante la tarde, los patrulleros que nos vigilan ayudaron a mi madre a asegurar las ventanas. Mi padre volvió a su trabajo y la casa se quedó en silencio. Ahora el sol se está ocultando, mi madre está distraída arreglando todas las cosas que nos llevaremos y nadie me está prestando atención.

Parte de mi ropa está sobre la cama, igual que algunas tonterías que traje de Boston cuando nos mudamos. El resto de mis pertenencias sigue en un depósito en la ciudad, junto a las cosas de mis padres, aguardando a nuestro regreso. Es una de las cosas que más me molestó de la mudanza. Que me hicieran creer que esto era algo temporal. Una mentira, obviamente, como muchas que hemos dicho mis padres y yo.

Las cartas de Liv están en mi mochila, pues estoy decidido a no perderlas de vista. Y si tengo éxito en mi exploración esta noche, no estaré dejando Shoreham para esconderme en un pueblo vecino, sino que pronto estaré abandonando el condado junto a ella.

Estoy alerta, pero confiado. Si alguien pudo burlar la vigilancia para atacar mi casa, es posible que yo también pueda hacerlo para salir de ella. Sin embargo algo me impulsa a escribir una nota para mi madre.

Quizás fuera su expresión aterrorizada cuando vimos el daño en las ventanas, o la forma en que su cuerpo temblaba cuando el detective Sawyer hablaba de reubicarnos, no estoy seguro, pero no quiero darle más cosas para preocuparse. Nuestra relación no es la mejor, pero eso no es únicamente culpa suya. Yo no he hecho nada para remediarlo. Estaba demasiado ocupado sintiéndome abandonado como para considerar que ella también pudiera estar sintiendo lo mismo.

Busco entre mis cosas una libreta. Le arranco una hoja en blanco y luego empiezo a revolver mis cosas hasta encontrar un lápiz. El mensaje es corto. Solo le digo que estaré fuera un par de horas, que no se preocupe y que estaré listo para irnos por la mañana con el detective Sawyer. Eso último es una mentira, pero ella no tiene que saberlo. Si tengo suerte esta noche podré convencer al detective de que me deje quedarme y ayudar en la búsqueda.

Pego el trozo de papel en el lado externo de la puerta con un alfiler de los que guardo en mi escritorio para los proyectos de la escuela, y la cierro para que nadie pueda ver el interior de mi habitación. Apago la luz y, con cuidado de no hacer mucho ruido, voy hacia la ventana. Ese será

mi vía de escape. Abro con delicadeza, deslizando el panel hacia arriba y colocando un libro en el marco para que no cierre completamente. No quiero tener demasiados problemas cuando intente repetir el truco, pero para entrar.

Mi aterrizaje en el patio trasero no me valdrá para una medalla olímpica, pero al menos no me rompió ningún hueso al caer y el ruido no fue suficiente como para llamar la atención de los patrulleros. Avanzo hacia la cerca que rodea nuestra casa teniendo cuidado de evitar las hojas secas y los puntos más iluminados, y cuando llego al extremo de la propiedad salto la valla y empiezo a correr. No me detengo hasta que estoy seguro de que nadie me sigue, y aun así sigo moviéndome, solo que más lento para no llamar la atención.

Camino por lo que parecen ser horas hasta llegar a la casa de Liv, recordando el hábito que tenía de dejar una ventana abierta para mí en caso de que decidiera visitar. Fue algo que empezó a hacer el invierno pasado, cuando el clima empezó a ser un obstáculo para nuestras visitas a la casa del árbol. Yo debía esperar hasta que sus padres se durmieran, entonces podría colarme por la ventana y recostarme junto a ella por horas. A veces no decíamos ni una palabra, pero no hacía falta. Nos teníamos el uno al otro y eso era mejor que cualquier cosa en el mundo.

Cuando llego a la casa de Liv todo está en silencio y totalmente oscuro. Rodeo la casa hasta llegar a su ventana y tengo cuidado de no alertar a nadie de mi presencia, en caso de que sus padres estén durmiendo. No quiero despertarlos y tener que dar explicaciones, porque no las tengo. Solo tengo un presentimiento que no me he permitido analizar a fondo.

Trato de abrir la ventana de Liv, y después de pelear un poco con el peso logro hacerlo. Uso mi cuerpo para mantenerla en posición mientras dejo caer mi mochila, luego me dejo caer en el interior de la habitación. Saco una linterna del bolso para no tener que encender la luz, y empiezo a recorrer el lugar. Camino hacia el escritorio de Liv donde están varias de las rosas que le regalé, ya marchitas, enmarcadas como si fueran alguna pieza de arte. Sé que hay otras guardadas entre las páginas de sus libros. Una vez me contó que le gustaba guardarlas allí y encontrarlas mientras leía, como si fueran tesoros ocultos.

Escucho un ruido fuera de la habitación y mi reacción inmediata es apagar la linterna. Espero por lo que parecen ser horas, pero son en realidad pocos minutos, para ver si el ruido se repite. Pueden ser los padres de Liv caminando por la casa, así como también pueden ser los sonidos propios de una casa tan vieja rodeada por la naturaleza. Guardo silencio y sigo esperando, pero no hay más sonidos.

Vuelvo a encender la linterna y vuelvo a recorrer la habitación. En algún lugar Liv debió esconder su diario.

Sé que allí anotaba todas sus ideas y sus planes, y si Liv planeaba verse con Alex esa noche, debió copiarlo allí. Si ella sospechaba que Alex estaba en peligro también debió anotarlo. Tal vez por eso quería verlo. Para advertirle. O no. Quizás todo fuera una casualidad. Ese ataque no tiene sentido para mí, pero no puedo descartar que esté relacionado con la desaparición de Liv. Tal vez se trate de la misma persona que nos seguía en el bosque cuando llevé al detective a la casa del árbol. Tal vez ella descubrió de quién se trata.

Camino hacia el armario, y cuando lo hago el crujido de un papel resuena bajo mis botas. Doy un paso atrás y apunto con la linterna hacia el piso. Allí hay un trozo de papel igual al que Liv usaba para escribirme cartas. Un folio color crema que bajo la luz de la linterna parece amarillo.

Tomo el papel entre mis manos y por primera vez desde que salí de casa siento miedo. Pero no se trata de las palabras de un extraño, sino de las de Liv. He visto tantas veces su letra que sería imposible no reconocerla.

No es una carta como las que me ha escrito antes. Es algo corto, pero desesperado. Es un

grito de ayuda, pero también la prueba que necesito para llamar la atención del detective Sawyer, porque si ese papel llegó hasta la habitación de Liv significa que la persona que se la llevó ha estado aquí, y que sus padres también podrían estar en peligro.

*No dejes de buscarme Thomas.*

*Date prisa.*

*L.*



## CAPÍTULO 12

### *Pasado*

Con la llegada del mes de junio a la secundaria la agenda social de todos parece haber sufrido una fuerte sacudida. Padres ausentes por visitar universidades fuera del condado era igual a casa sin vigilancia y lista para alojar una fiesta, la proximidad del verano era una excusa para organizar fogatas cerca del lago, pero todas esas cosas también eran excusas para que Liv se escabullera de su casa y se encontrara conmigo en nuestro lugar.

Algo le preocupaba, noté a mediados del mes.

Estaba distinta. Liv se distraía con facilidad y continuamente tenía que estar llamando su atención porque su mente estaba dispersa y lejana. A veces me miraba como si estuviéramos intentando resolver un rompecabezas, y otras como si se hubiese dado por vencida con él. Ella sonreía para apaciguarme, pero sabía que algo estaba mal porque, aunque decía las palabras correctas, buscaba refugio en mis abrazos cuando la conversación la sobrepasaba o me besaba cuando simplemente no tenía más ganas de hablar.

Era Liv, pero a la vez era como si no lo fuera. Sin embargo no podía determinar exactamente lo que había cambiado, cómo o cuando sucedió. Para sentirme mejor conmigo mismo me dije a mí mismo que quizás se trataba del baile formal para el final de curso. Ese era un evento al que Liv había planeado ir con sus amigos desde que empezaron la secundaria, y ahora ellos la trataban como a una desconocida en los pasillos.

*«Al menos la ignoran, y no la convierten en el objeto de sus bromas.»*

—¿Estás bien? —Le pregunto, y ella asiente con una sonrisa que no le llega a los ojos.

—¿Por qué no habría de estarlo? —Me dice y yo niego con la cabeza.

Sé que, si Liv lo quisiera, podría arreglar las cosas con sus amigos, pero que ella reconecte con el idiota de Alex Hunter no era una idea que me hiciera en exceso feliz.

Esas semanas también empezaba a ser la temporada más activa en el restaurante, y por eso estaba agradecido.

Con el final de las clases a somándose, y con él mi partida con Liv, mis ahorros necesitaban una pequeña ayuda. O más bien, una profunda intervención, pero no nos pongamos literales.

Después de esos días ocupados, en los que caía a la cama cual tronco y mi cerebro a duras penas llevaba el ritmo de mis clases y mi horario de trabajo, siempre me quedaba la sensación de ser el único tonto en la sala que no tiene idea de lo que pasa a su alrededor. Liv solía hablarme de cosas como si ya lo hubiese hecho antes, y aunque yo no tuviera ni idea de lo que estaba diciendo le seguía el juego solo para mantenerla contenta. Me decía a mí mismo que ya tendría tiempo de averiguar el significado de sus palabras, pero al día siguiente estaba todavía más cansado y lo olvidaba.

Entonces llegó la última semana de clases, la fiesta en el campus y la desaparición de Olivia, y de repente el tiempo dejó de tener sentido, igual que mis ahorros, o los planes que había hecho. Todo había quedado hecho polvo a un lado del camino. Destruído. Olvidado. Inservible.

*«Como yo.»*

Que Gina Matthews visitara el restaurante para hacerme saber que ella me consideraba culpable de lo sucedido con Liv no era algo sorprendente, y a la vez sí lo era. Que lo hiciera sin la compañía de sus amigos, hablaba de su reticencia a dar un espectáculo en un sitio público. Ese no

era su estilo, de cualquier forma. Ella era de las que esperaba que estuvieras lo suficientemente cerca para decirte lo que pensaba, para hacerte sentir como una piltrafa y sonreír como si estuviera diciendo cosas buenas sobre comida, o peor, como si fuera tu amiga y se preocupara por tu bienestar.

Debí suponer que unos cuantos insultos susurrados no serían suficientes para ella, pero cometí un error. En lugar de darle el beneficio de la duda debí tomar una lección del cuaderno de mi hermano y estar consciente de que la mierda tocaría el ventilador eventualmente y que, cuando lo hiciera, mi vida como la conocía cambiaría para siempre.

Y así siguieron pasando los días tras la visita de los padres de Liv, pasando de difícil es a tortuosos por momentos. Por un lado estaba mi necesidad de creer lo mismo que ellos, que algo había pasado y que Liv no había tomado la decisión de dejarme sino que alguien la forzó a hacerlo; pero por el otro estaban las muchas conversaciones que tuvimos sobre sus planes, y lo mucho que esto se parecía a lo que ella deseaba hacer.

Sabía que la policía había empezado a hacer preguntas entre nuestros ex compañeros de clase. Incluso había escuchado rumores sobre Alex Hunter estando fuera del pueblo, pero eso no podía ser cierto porque yo lo vi en la fiesta, igual que un montón de personas. Y si aquello resultaba ser verdad, en lugar de un rumor, más le valía a ese imbécil mantenerse fuera de mi camino.

Intenté llamar a su móvil, pero nunca tuve éxito en comunicarme, así que empecé a revisar sus cartas.

Cuando llegó el momento de leer la última que recibí ya se había hecho tarde para irme al trabajo, así que la doblé y la guardé en mi billetera.

Mi turno en el restaurante estuvo tan lleno de contratiempos que me olvidé por completo de que la llevaba conmigo, y al salir de trabajar estaba tan cansado que no tenía ánimos de nada. Esa noche me quedé dormido sin cenar y con la ropa puesta, pero entrada la madrugada me despertó un mal sueño y me cambié por algo más cómodo. También salí de mi habitación para ir a la cocina por un bocadillo, porque mi estómago reclamaba atención.



Cuando regresé a mi cama recordé la carta que llevaba en la billetera, la saqué del compartimiento y la desdoblé para empezarla a leer. Apenas lo hice me llené de rabia, pero no con Liv sino conmigo mismo por ser tan cabrón. ¿Cómo podía dudar de Liv, si ella me necesitaba de la misma forma en que yo la necesitaba? ¿Cómo podía pensar que me había dejado atrás, si yo era su ancla del mismo modo en que yo era su motor? Sus palabras danzaban en el papel, burlándose de mí y del tiempo que había pasado desde su desaparición, de las oportunidades perdidas, de las pistas que he pasado por alto, de la policía y de todos.

Estoy contando las horas, Thomas. Pero nada de esto va a funcionar sino estás conmigo. Debemos hacerlo juntos, porque no estoy segura de atreverme a irme sin ti.

*Liv*

Había cometido un error, y eso me había costado más de lo que estaba dispuesta a pagar. Debí confiar en mi intuición. Debí correr cuando todos mis instintos me decían que lo hiciera. Pero nada de eso tiene sentido ya ¿o sí?

Estaba en el bosque. Podía escuchar los sonidos, aunque no pudiera ver nada. Sentía la humedad típica de la proximidad del lago y supe que no estaba lejos de casa, de Thomas y de mi

familia. Sin embargo eso era aún más frustrante, saber que podría correr hacia ellos pero ser incapaz de liberarme para hacerlo. Saber que mi destino ahora estaba ligado al del hombre de la máscara y no al chico que yo elegí para ser mi compañero de huida.

Hace frío y sé que ha caído la noche. Mi ropa está mojada, quizás de sudor o tal vez de mis intentos por tomar ese jugo horrible que mi captor trae todas las mañanas. Siempre me siento adormilada después de tomarlo, y mi boca se siente como si la hubiesen llenado con algodón. Mis pensamientos dejan de pertenecerme, y las palabras salen de mi boca sin que pueda controlarlas.

Y cuando lucho, cuando me resisto, no solo me doy cuenta de que soy débil sino de que mi tiempo junto a mi captor está llegando a su fin. Pero no porque vengan a rescatarme, sino porque su paciencia no es mucha y eventualmente terminará conmigo.

Siempre me observa, y solo me habla cuando mi mente empieza a desconectarse. No recuerdo el sonido de su voz, solo el miedo que siento cuando la escucho. No recuerdo a qué huele, solo la reacción de mi cuerpo cuando él está cerca.

Mi cuerpo se convulsiona y el frío envuelve mis huesos. El sueño me llama pero los gruñidos de mi estómago me impiden sucumbir.

En esos momentos pienso en Thomas, trato de imaginar qué estará haciendo si me estará buscando o si pensará que me fui sin él. Considerar la segunda alternativa me llena de tristeza, por eso busco consuelo en la primera.

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que este hombre me atrapó. Estar privada de la vista no me deja saber cuándo es de noche o cuando es de día, salvo en ciertas excepciones como esta noche, en que el frío parece insoportable. Debe estar cerca la lluvia. Y si llueve mi ropa volverá a mojar se, y así será más difícil dormirme.

Necesito dormirme, porque así no pienso. Y si no pienso, no tengo miedo.

Quiero dormirme, sin embargo el sueño me evade.

También quiero irme a casa. Pero supongo que una no siempre consigue lo que quiere.

La temperatura de la habitación cambia y mis instintos me dicen que ya no estoy sola. Tengo los ojos cubiertos, así que puedo pretender estar dormida. Ya lo he hecho antes. Solo tengo que guardar silencio.

Pero él tiene otros planes. Lo sé apenas me coge del cabello y me obliga a ponerme de pie, haciendo que mi cuero cabelludo y mi cuello protesten. Tambaleándome trato de usar mis manos, que están atadas, para orientarme pero él empieza a empujarme hasta que me estrello contra una pared. No le respondo. No digo una palabra, porque las veces que he intentado hablar sin su permiso he sufrido las consecuencias. Algo en mi cerebro me dice que debo seguir sus reglas, aunque no recuerdo cuando me las dijo.

Mi captor deja caer algo pesado cerca de mí y luego me tira del brazo.

Manipulándome como si fuera una marioneta me obliga a sentarme. Una silla. No sabía que había una en la habitación. Siento un pinchazo en el brazo y los sonidos del bosque empiezan a desaparecer.

Tengo la sensación de estar bajo el agua cuando extiende mis brazos sobre una superficie y me pone algo delgado entre los dedos. Un lápiz.

—Vas a escribir lo que yo te diga —Me dice, y su voz me parece familiar, pero no logro adivinar de dónde la recuerdo—. Vas a seguir mis órdenes, o te atenderás a las consecuencias —insiste y yo asiento porque no me ha dado permiso para hablar.

Debo obedecer si quiero salir de aquí. Tengo que ser fuerte y sobrevivir si quiero volver a ver a mis padres, a Thomas y a mis amigos. Tengo que ser fuerte. Tengo que escribir.

Poco después la oscuridad... no, el vacío me reclama. La oscuridad siempre está presente.

Solo debo ser paciente para combatirla. Pero contra el vacío no tengo armas ni fuerzas. Contra el vacío solo me queda sucumbir.



**Nota recibida por el detective Sawyer la tarde del 29 de Julio de 2018 proveniente del laboratorio forense del condado de Addison:** Detective, Adjunto los resultados de las muestras de ADN recolectadas el pasado dieciocho de julio junto con los distintos objetos encontrados y la evidencia fotográfica recolectada en la escena. Me disculpo por el retraso en la entrega de los resultados. Nuestro laboratorio no contaba con todos los reactivos necesarios y tuvimos que remitir las muestras al laboratorio de la escuela de Medicina de la Universidad de Boston.

Hemos reproducido el reporte y conservamos copias físicas y digitales. He enviado copias digitales por este medio. Las copias físicas van en camino a través de una valija certificada, por lo que debería llegar en las próximas veinticuatro a cuarenta y ocho horas.

*Atte.,  
Dr. Charles Baker.*





## CAPÍTULO 13

### *Presente*

No es la primera vez que siento miedo.

Últimamente es algo con lo que estoy muy familiarizado.

Miedo de no volver a ver a Liv, miedo de que algo más grande que yo, algo que no pueda controlar, esté detrás de todo esto. Pero a veces también siento miedo de encontrarla y que ella no sea la misma persona que conocí.

Dicen que hay eventos que nos cambian, que nos marcan, y es cierto. Mis padres cambiaron después de lo que pasó con Erick. Yo también lo hice. Del mismo modo que sigo sintiendo cambios en mí tras la desaparición de Liv. Primero, cuando creí que me había abandonado. Y después, cuando tuve la certeza de que no era así.

Ahora tengo un trozo de papel en mis manos con la letra de Liv en él. La primera evidencia de que sigue cerca, de que sigue viva. Lo veo como si temiera que fuera a desaparecer de mis manos y que la policía termine pensando que estoy loco, y que no solo me alejen de Shoreham sino que terminen lanzándome de cabeza en un hospital psiquiátrico.

Tengo que asegurarme de no perder la nota, me digo a mí mismo, doblándola con cuidado y sacando mi billetera para guardarla ahí. Tal vez debí tener más cuidado para preservar huellas y todas esas cosas que dicen en los programas de televisión, pero el detective Sawyer deberá entender que estuve improvisando.

«¿Y cómo vas a explicar que estabas en casa de Liv?»

—Ya pensaré en eso cuando me toque —respondo en un susurro, con miedo a que alguien pueda escucharme.

Escucho nuevos ruidos en la casa y con cuidado de no ser escuchado voy hacia la puerta. Me quedo detrás de ella para no ser visto en caso de que alguien la abra, aunque no sé cómo podría justificarme mi presencia a sus padres si deciden entrar y me descubren.

Se escuchan pasos fuera a fuera de la habitación de Liv. Pasos que se alejan. Luego cosas de vidrio que se caen y se rompen, montones de cosas. El sonido es tan perturbador como la nota que tuve en mis manos hasta hace unos momentos. Es como si alguien estuviera asegurándose de no dejar cosas en pie allí afuera. Lo que sigue al desastre es un breve silencio seguido del ruido de la puerta al abrirse y cerrarse. Alguien ha salido.

Entonces escucho el sonido de un auto encendiendo, y después de eso, nada.

¿Eran esos los padres de Liv?

Algo dentro de mí dice que no. Ellos no destruirían su propia casa, ¿o sí? O tal vez se trate de una trampa. Quizás la misma persona que ha dejado la nota de Liv es quien ha hecho los daños.

Por un momento siento el impulso de salir y ver qué ha sucedido, pero luego decido que lo mejor es salir de la casa lo antes posible y buscar al detective Sawyer.

Él sabrá qué hacer. Es policía al fin y al cabo.

Antes de irme voy a la mesita de noche que está junto a la cama de Liv, abro la gaveta donde siempre guardaba su diario y lo tomo. Lo guardo en mi mochila y observo cuidadosamente a mi alrededor, para ver si hay algo más que pueda ayudarme a resolver este misterio.

Cuando no encuentro nada más me doy por vencido y camino hacia la ventana. Vuelvo a escuchar autos a lo lejos. La sirena de una patrulla, cada vez más fuerte, y mi pulso se acelera. Si

la policía me encuentra dentro de la casa no creerán nada de lo que tenga que decir. Me creerán culpable y no habrá manera de salir del problema.

Corro a la ventana, esta vez con menos cuidado del que tuve al entrar, y la abro. Salgo de la casa con mis pensamientos corriendo a mil por hora, galopando al mismo ritmo de mi corazón, y empiezo a correr hacia mi casa, vigilando en todo momento mis alrededores para evitar ser descubierto.

Cuando estoy seguro de que nadie me ha visto y de que no me han seguido, me detengo y respiro profundo tratando de calmarme un poco. Si llego hasta mi casa no podré volver a salir. Tentar la suerte dos veces en una misma noche es peligroso. Para mí, para mis padres y también para Liv. Ella depende de mí para encontrarla.

Me saco el móvil del bolsillo y marco el número del detective Sawyer. Repica varias veces pero no responde y el tono se corta. La comunicación termina desviándose al buzón de mensajes. No dejo ninguno, pero vuelvo a insistir con la llamada. En el tercer intento dejo un mensaje corto pidiéndole que vaya a mi casa con urgencia. Entonces empiezo a correr en esa dirección.

Al acercarme no veo la patrulla. Los oficiales pueden estar en cualquier lugar, así que con bastante cuidado de no hacer ruido voy hacia mi ventana y me vuelvo de vuelta a mi habitación. Todo parece estar como lo dejé, salvo que la puerta está abierta y la nota que dejé para mi madre no está.

Cierro la puerta por un momento, me deshago de mi mochila y busco un escondite para ella. En el piso, junto al closet, hay una tabla floja que siempre suena cuando la piso. Nunca he intentado retirarla para esconder cosas porque no tuve la necesidad, pero es mejor estar preparado en caso de que alguien venga a mi casa, tal como fueron a la casa de Liv, e intente hacerse con las cartas o usarlas para incriminarme nuevamente.

La tarea de levantar la alfombra y quitar la tabla no es tan difícil, ni tan ruidosa, como pensé. Lo que supone un poco más de dificultad es el proceso de volver a fijarla. Busco unos cuantos clavos y un martillo, sin preocuparme de llamar la atención, porque puedo alegar estar haciendo cualquier cosa en caso de que mis padres pregunten. Asegurando la ventana, quizás sellando las puertas del closet para proteger el interior de algún intruso..., esas pueden ser razones creíbles para usar un martillo a esta hora.

Pero la fabricación de excusas es totalmente inútil, porque mis padres nunca se acercaron a preguntarme nada en todo el tiempo que me tocó volver a asegurar la tabla y volver a colocar la alfombra como estaba.

Tampoco se acercaron cuando el martillo se me resbaló de las manos y me cayó en el pie, provocando que soltara un montón de maldiciones.

Eso me hizo fruncir el ceño y mirar a mi alrededor con sospecha. Sé que he sido bastante ruidoso desde que regresé a casa, y no hay manera de que mis padres estén tan profundamente dormidos que no hayan escuchado todo eso.

*«A menos que no estén en casa».*

Mi corazón empieza a acelerarse como si aún estuviera corriendo, y con cada paso que doy hacia la puerta se multiplican mis preguntas pero también el miedo. ¿Y si les había pasado algo? ¿Y si alguien vino mientras no estaba?

—Ellos están bien —me dije—. Tienen que estar bien.

Que no tenga la mejor relación con mis padres no significa que les desee mal. Al contrario. Sé que soy responsable de lo que causó la separación de nuestra familia, y si algo quiero para ellos es que, una vez que me marche, puedan encontrar una manera de ser felices. A pesar de todo.

Mi primera parada es la habitación de mis padres.

La puerta está entreabierta y se escucha el ruido de la televisión, algo que fallé en notar antes. Cuando entro me fijo en las imágenes reproduciéndose en la pantalla. Es un viejo video de mi hermano y yo cantando en la escuela.

Teníamos cinco o seis años entonces. Sonreíamos a la cámara mientras pretendíamos ser grandes estrellas de la música. Éramos inocentes. Felices. Estábamos juntos.

Entonces reparo en la cama de mis padres, que está deshecha y vacía. Las maletas están listas para el viaje de mañana. Todo está en su lugar, salvo por ellos.

Salgo de la habitación y voy hacia la cocina. Todo está ordenado y empacado, como si nos preparáramos para una gran ausencia o un viaje largo. No hay nada fuera de lugar. Ni un papel, ni una nota de mis padres para decir dónde habían ido. Un escalofrío me atraviesa el cuerpo, y en un impulso busco mi móvil para intentar llamar nuevamente al detective Sawyer.

—Vamos, vamos... —repito en voz baja mientras escucho el tono de espera—. ¡Mierda! —me quejo cuando la llamada se desvía al buzón de mensajes.

No dejo de intentar llamarle, marcando nuevamente el número del detective mientras camino hacia la puerta con la esperanza de que los patrulleros vengan de camino y tengan noticias sobre mis padres. Pero los patrulleros no están afuera, y tampoco se escucha el ruido de autos acercándose. Solo el tono de espera de una llamada que no logra conectarse.

Doy un paso fuera de la casa, y luego otro. No sé cuántos pasos más he logrado separarme de la casa mientras espero en el teléfono a que el detective Sawyer me responda cuando las luces del frente se apagan. Me detengo un momento a observar la casa. Las ventanas rotas, cubiertas precariamente con una lona y tablones de madera, y ahora con las luces fuera dándole un aspecto más siniestro. La fuerza de la brisa me hace estremecer, pero no soy el único al que afecta, porque también ha conseguido que la puerta se cierre.

Dejo un nuevo mensaje para el detective, más urgente que el anterior, preguntándole por mis padres y pidiéndole que venga a mi casa. Entonces guardo mi móvil en el bolsillo, saco mis llaves y camino hacia la puerta.

Entro a la casa sintiéndome cansado, confundido y, sí, derrotado también. Cansado de dar vueltas en círculos.

Confundido porque no logro darle sentido a nada.

Derrotado porque salí a buscar pistas, pero lo que encontré no me acerca a la solución. Para complicar las cosas, también empiezo a sentirme solo. Abandonado, tal vez. No por Liv, porque ella no tuvo elección. ¿Pero mis padres? ¿Dónde están ellos ahora? ¿El detective Sawyer?

¿No se suponía que debía llamarlo cuando supiera algo?

¿Por qué no responde mis llamadas?

*«A menos que les haya pasado algo también a ellos».*

Cuando ese pensamiento me asalta frunzo el ceño, culpándome por no haber pensado en esa probabilidad.

Vuelvo a sacarme el móvil del bolsillo, pero al ver la pantalla noto que me he quedado sin señal.

—Qué extraño... —me digo volviéndolo a guardar.

Empiezo a caminar hacia mi habitación sin fijarme que no han sido solo las luces del frente las que se han apagado, sino también las del resto de la casa, y cuando lo hago me reprendo por ser tan descuidado y estúpido.

Busco una linterna en la cocina y voy hacia la parte trasera de la casa, donde está el cajón de la electricidad para revisar los fusibles. Pero no alcanzo mi objetivo, porque apenas abro la puerta que está junto al cajón siento cerca la presencia de alguien más. No estoy solo.

—¿Quién está allí? —Pregunto, usando la linterna para recorrer el perímetro.

Nadie responde, y en lugar de retroceder hacia la casa doy un paso al frente. Sé que he cometido un error apenas escucho la puerta trasera cerrarse; y cuando me giro para iluminar la puerta, cometo otro error . Dejo de vigilar a mi alrededor.

Empiezo a caminar hacia la casa, pero siento que la otra persona hace lo mismo aunque no hace ningún ruido.

Es como si me siguiera un fantasma, aunque sé muy bien que esos no existen. Vuelvo a girarme, linterna en mano, esperando revelar la identidad de la persona que me sigue, pero antes de lograr darme la vuelta siento un fuerte golpe en la cabeza. Y entonces todo deja de existir.



## 23 de septiembre de 2017

Liv, He visto tu nota en mi casillero, y debo admitir que me ha sorprendido un poco. Sin embargo, al leer tus palabras la sorpresa fue reemplazada rápidamente por las ganas de reír. Estás un poco loca, ¿sabías?

Pero sí, acepto tu reto.

Esta noche entraré por tu ventana mientras tus padres duermen.

Supongo que eso sí significa que también estoy loco, pero no me importa.

Y sí, estoy usando el mismo método que tú.

Deslizando la nota en tu casillero con la esperanza de que seas tú quien la encuentre y no algún curioso que pase por allí por casualidad.

Solo por si acaso, usaré un seudónimo. Aunque estoy seguro de que no dudarás de mi identidad.

Atte.,

**El repartidor de rosas.**



## CAPÍTULO 14

### *Pasado*

Leer la última carta de Liv y sentir el peso de nuestros planes, de nuestros secretos, estaba empezando a ahogarme. Ver sus foto grafías en las calles de Shoreham mientras iba al trabajo en esos carteles pidiendo información sobre su paradero me rompía el corazón. La gente empezaba a mirarme con lástima. Pero algunos también me miraban con sospecha, y eso me hizo darme cuenta de que guardar silencio podría ser un error.

Sin embargo me quedé callado.

Gina Matthews había empezado a venir al restaurante en el que trabajo, y poco después de nuestra pequeña charla, esa en la que me acusó de la desaparición de mi novia, el padre de Liv también empezó a venir. Es posible que Gina hubiese compartido con él sus sospechas, y que por eso él haya ido a mi casa para hacer preguntas.

¿Pero quién más tenía preguntas? ¿Por qué nadie podía traer respuestas?

Entonces me di cuenta de que nadie me ayudaría a encontrarla porque todos pensaban que quien la había ocultado era yo. Así que empecé a caminar todas las tardes por el bosque, hacia la casa del árbol, buscando pistas. Empecé a leer sus cartas, para ver si había algún mensaje oculto, alguna señal de que el peligro estuviera ahí afuera todo el tiempo y de que lo pasamos por alto, así como pasamos por alto muchas veces decirnos la verdad, porque a pesar de saber que Liv no me había abandonado, eso no negaba que en los últimos meses ella no era la misma persona. Así que mi cerebro se dividía entre la necesidad de encontrarla y las ganas de descubrir qué ocultaba Liv durante esos meses.

Las fotos de Liv eran un recordatorio constante de que había fallado en protegerla, en estar allí cuando me necesitaba, y el vacío que sentía por su ausencia se duplicaba por el peso de la culpa.

Leía sus cartas con desesperación. Soñaba con ella, aferrándome a nuestros recuerdos juntos por temor a que fueran los últimos, pero a veces mi cerebro me jugaba trucos, me mostraba cosas que nunca pasaron. Liv con alguien más. Liv mintiendo. Y eso me recordaba que ella guardaba un secreto. Uno que no compartía conmigo.

Uno que me ocultaba a mí.

En sus cartas no se reflejaban los cambios que mis ojos veían a través del tiempo. Ella seguía mostrándose abierta, alegre y cariñosa, y entonces empecé a dudar de mi propia percepción sobre el asunto. No tenía a nadie que pudiera confirmar o negar mis dudas, porque sus amigos eran suyos, no míos. Gina o Alex harían lo que fuera por hacerme parecer culpable, por lanzarme a la policía encima y cobrarse el hecho de que Liv me eligiera a mí por encima de ellos.

«¿Y si nunca te eligió? ¿Y si todo fue una mentira?»

—Si fuera mentira nunca me hubiese escrito esas cartas —me dije a mi mismo. Pero era una excusa pobre.

Yo no conocía el corazón de Liv tan bien como creía, y ella nunca me dijo por qué empezó a dejarme esas cartas en primer lugar.

Liv siempre ha sido una persona complicada, me recordé. Y tal vez ella pensara que con su silencio me protegía, así como yo lo hacía al ocultarle las amenazas de sus amigos.

Entonces lo supe. La actitud de Liv empezó a cambiar casi para la misma época en la que Alex y sus amigos me emboscaron en el estacionamiento de la escuela para darme una paliza. Tal vez e

se fuera el motivo. Ellos. Siempre ellos.

«¿Entonces por qué estaba con ellos en la fiesta?»

—Nada tiene sentido —me dije mientras regresaba a casa después del trabajo. Estaba totalmente agotado y necesitaba recargar energías antes de regresar al bosque a buscar más pistas.

Entre a mi casa en silencio para no llamar la atención de mis padres. Si tenía suerte no se fijarían en mí y podría descansar un rato antes de empezar nuestra rutina de familia infeliz. Eso también me tenía cansado.

Tener que soportar el silencio y pretender que era normal.

Nada en mi vida ha sido normal después de Erick.

—Tenemos que decírselo —escuché decir a mi mamá.

—No, y no insistas —le respondió mi padre—. ¿Qué bien le hará hablar de Erick? ¿Qué bien nos hace a nosotros?

Me quedé congelado al escuchar su nombre. Un nombre que mis padres nunca mencionan en casa, como si estuviera prohibido. Como si nunca hubiese existido.

—¿Y negar lo que pasó sí nos hace bien?

—Se quejó mamá entre lágrimas—. Él nos necesita.

¿De quién hablaban? ¿D e mí? Porque yo los he necesitado por mucho tiempo y a ellos parecía no importarles.

—¡Thomas nos necesita más!

—Gruñó mi papá, pero lo que estuviera por decir después se vio interrumpido por el sonido del teléfono, y esa fue mi señal para huir a mi habitación a tratar de darle sentido a lo que acababa de escuchar.

Pero mis planes cambiaron después de quitarme la ropa y darme una ducha, porque repentinamente dormir me parecía mucho más importante.



Conocía el pasillo por el que caminaba, sin embargo todo se veía diferente. Borroso, confuso. No sé cómo explicarlo. Liv estaba recostada de su casillero, hablando con Gina y con Alex. No recordaba que se hubiesen reconciliado. Ella me lo habría dicho, especialmente después de la paliza que Alex me dio en el estacionamiento.

Sé que dije algo, aunque no logro recordar qué. Sé que es importante, porque mis manos me sudan y mi corazón se acelera mientras espero su respuesta. Todas las cosas que tienen que ver con Liv son importantes, pero no sé por qué no puedo recordar lo que le dije.

—¿De qué hablas? —Liv frunció el ceño. Se le veía molesta pero no entendía por qué—. Ya hablamos de esto —me dijo, pero yo no recordaba haberlo hecho.

—¿Hablamos de esto? —Me escuché decir.

—¿Estás drogado, acaso? —Chilló frustrada—. No puedo lidiar con esto ahora, Thomas. Estoy ocupada. Eso también te lo dije, en caso de que no lo recuerdes.

Sus ojos me mostraban preocupación, nerviosismo incluso, pero sus palabras eran frías y duras. Era como si dos personas distintas estuvieran frente a mí. Gina y Alex se echaron a reír, burlándose de mí. Mofándose del fin de nuestro romance.

—Parece que la luna de miel ya se acabó

—dijo Alex con una sonrisa ladeada, y sentí el impulso de borrarla de la cara con mis puños.

—Espero que la haya disfrutado mientras le duró



—dijo Gina antes de volverse hacia Liv—. ¿Nos vamos entonces? —Le preguntó y ella asintió, dejándome allí en el pasillo. Mirándola mientras se alejaba con sus amigos y sintiéndome el imbécil más grande de la escuela. Y tal vez lo era, porque más tarde estaba en la casa del árbol leyendo una nueva carta, como si nada de eso hubiese pasado.

La noche pasó entre sueños extraños, pero sintiéndome incapaz de escapar a ellos. No recordaba exactamente lo que estaba soñando, solo la sensación de intranquilidad al despertar. Como si fuera algo importante. Pero por más que lo intentaba, no podía recordar. Mi cerebro se negaba a colaborar.

Me sacudí la sensación con una ducha y una taza de café antes de salir a trabajar. Mis padres ya no estaban en la casa cuando me fui, pero no le di demasiada importancia a su ausencia. Así como tampoco le había dado importancia a la conversación que escuché a escondidas, porque tal vez no fuera nada.

Busqué algo de música en una aplicación de mi móvil, conecté mis cascos y me aislé del mundo mientras caminaba. El trayecto era demasiado largo para pasarlo solo con mis pensamientos, porque últimamente no me hacían sentir muy bien conmigo mismo. Además, el silencio me hacía regresar a los sueños que tuve durante la noche, me hacía obsesionarme con algo que no podía recordar. ¿Y qué caso tenía recordar un sueño? No es como si repentinamente fuera a soñar con el paradero de Liv, como en una de esas películas.

El ritmo de la música me sacó de mi propia cabeza, me invitó a acelerar el paso y terminé trotando hasta el restaurante. Era liberador poder desconectarse. A veces los pensamientos son como grilletes atándonos a cosas que no podemos arreglar ni evitar.

Cuando llegué a mi trabajo el papá de Liv ya estaba allí. Sentado en la mesa del rincón, diagonal al televisor que el jefe mantiene sintonizado en un canal de deportes.

Están pasando los resultados de un partido de fútbol y él está tomando algo de una taza. Café, me imagino.

Aunque en más de una ocasión lo he visto aderezar la taza con el licor que oculta en su chaqueta, así que no estoy totalmente seguro.

Camino hacia la parte trasera del restaurante, hacia el área reservada para empleados, para empezar a prepararme para mi turno. Apago mi móvil y lo guardo en el bolsillo de mis pantalones, igual que los cascos.

Dejo mi mochila en el casillero que me han asignado, y tomo la libreta y la pluma que uso para tomar los pedidos.

Empiezo a caminar hacia el frente para reunirme con mis compañeros y dividirnos las mesas cuando mi jefe me llama con un tono de urgencia. Eso me hizo fruncir el ceño.

—¿Pasa algo? —Le pregunto.

—Tienes una llamada —me informa—. Dijeron que era una emergencia —añade—. Puedes tomarla en mi oficina. Yo te cubro con tus compañeros.

Asiento y empiezo a caminar hacia la oficina del jefe preguntándome de qué podría tratarse. ¿Les pasaría algo a mis padres? Pero apenas el pensamiento entra en mi cabeza lo aparto. No, ellos tienen que estar bien. No pudo haberles pasado nada.

Me apresuro hacia el escritorio donde reposa el aparato telefónico. Lo miro fijamente, como si me fuera a dar alguna pista antes de cogerlo, pero él solo está ahí, descolgado sobre la mesa y esperando por mí. Con manos temblorosas tomo el aparato y me lo llevo al oído, encontrándome con el tono intermitente que marca el fin de una llamada.

Pongo el teléfono de vuelta en su base, y espero por unos segundos en caso de que vuelvan a llamar, pero eso no sucede. Aprovecho la privacidad de la oficina para revisar también mi móvil.

Si a alguien se ha intentado comunicar, probablemente también lo hizo por allí. Pero no hay notificaciones nuevas. No hay llamadas perdidas o mensajes.

Confundido y un poco nervioso empiezo a caminar de vuelta hacia el lugar donde ha quedado mi jefe.

Cuando me pregunta si todo está bien le respondo que la llamada se había desconectado.

—Qué raro... —me responde con el ceño fruncido—. Insistieron mucho en que era una emergencia —dice.

—Si vuelven a llamar... —empiezo a decir.

—Te busco de inmediato, muchacho —me asegura—. No te preocupes. Ahora regresa a tu turno.

Logro alcanzar a mis compañeros después de despedirme de mi jefe, y en poco tiempo nos dividimos las mesas para atender a los clientes. Estoy concentrado en mi tarea, haciendo notas y corriendo de un lado al otro en el restaurante, por lo que no noto la llegada de un uniformado junto con otra persona de aspecto autoritario.

Pero sí los veo caminar hacia la barra y preguntarle algo al chico que atiende la caja registradora. También veo al chico hacerme señas para que me acerque.

Mientras me acerco a ellos mil escenarios pasan por mi mente. Todos ellos malos y relacionados con mis padres.

—¿Eres Thomas Cohen? —Me pregunta el más alto, que viste una camiseta de Led Zeppelin debajo de una chaqueta de cuero.

—Sí, soy yo —le respondo—. ¿Le pasó algo a mis padres? —Demando saber de inmediato, y él frunce el ceño.

—Soy el detective Sawyer y estoy a cargo del caso de la desaparición de Olivia Martin —me informa—. Este es el agente Bowen —señala al uniformado—. Vamos a necesitar que nos acompañes a la estación de policía.

—¿Acompañarlos? —Pregunto confundido—. ¿Por qué? ¿La encontraron? ¿Está bien?

—Voy a insistir en que vengas con nosotros, Thomas —dijo el detective, mientras que el agente Bowen se llevaba las manos a la cintura y señalaba no muy discretamente las esposas que le colgaban del cinto.

Todos en el restaurante están atentos a nosotros.

Cada cliente que he atendido durante el último año, los que me tratan bien y los que no, igual que empleado, esos con los que me llevo bien y esos con los que nunca hablo, tiene la vista puesta en los oficiales y en mí. Nadie, excepto por Gina Matthews, había dicho nada sobre mi implicación en la desaparición de Liv. Incluso su padre había mantenido silencio, esperando que yo le dijera algo.

Algo que no sabía.

Poco a poco vi como sus expresiones pasaron de la sorpresa a la incredulidad, y luego, un poco más rápido, a la condena. Ya no era el muchacho misterioso que les servía. Era un sospechoso.

—Voy por mis cosas —le digo al detective.

—El agente te acompañará, si no te molesta.

Y aunque me molestara, no tenía alternativa. Esa fue la parte que no dijo. Asiento y empiezo a caminar hacia mi casillero. Retiro rápidamente mi mochila, y cuando regreso le digo a Blake que le avise al jefe lo que ha sucedido.

En silencio sigo al detective Sawyer y al detective Bowen hasta la patrulla en la que han llegado, y ellos me señalan la parte trasera del auto para que entre.

Obedientemente sigo sus directrices y me veo transportado desde mi lugar de trabajo hasta la estación. Nadie sabe a dónde voy, ni por qué. Mis padres ni siquiera estaban en casa cuando he salido en la mañana. Y si estuvieran en casa ¿les importaría lo que pase conmigo?

Resignándome a mi suerte me dejo caer contra el asiento y cierro los ojos. Poco después soy guiado hacia una oficina sin marcar en la que me invitan a tomar asiento. Y allí me dejan por lo que parecen ser horas.

Cuando el detective aparece empieza a hacer preguntas sobre Liv y sobre mí, sobre mi relación con Alex Hunter y con Gina Matthews, lo que me hace sospechar que ellos son responsables de que yo me encuentre aquí en este momento. Luego me pregunta cosas más personales. Sobre mis padres y sobre mi hermano. Él parece saber cosas. Pero no todo.

Entonces el detective Sawyer hace una pausa y vuelve a dejarme solo por otro rato. La noción del tiempo empieza a fallarme. Solo sé que ha pasado bastante tiempo cuando regresa y se sienta frente a mí. Está serio.

Determinado a que le diga cosas que probablemente no sepa. Y tengo tantas ganas de irme a casa que le diría cualquier cosa con tal de que me dejen ir. Pero su pregunta me toma por sorpresa.

—¿En qué piensas?

«Esa es una muy buena pregunta, detective».

Entonces empiezo a mirarlo con atención.



## 10 de Junio de 2018

Thomas, Quería disculparme por lo de hoy. Estaba algo tensa, pero eso no era tu culpa y no tenía por qué responderte así. Mis momentos contigo son todo lo que está bien en mi vida en este momento, y no me gustaría dañarlo por un mal entendido. Te prometo que pronto todo tendrá sentido, y podremos irnos de aquí. Solo tienes que tener paciencia. Solo tenemos que esperar.

**Liv.**



## CAPÍTULO 15

### *Presente*

Pasar mucho rato dentro de mi propia cabeza es algo que evito normalmente porque no es un buen lugar.

Mi mente está llena de rincones tan oscuros que me asustan, de pensamientos confusos, de imágenes que me atormentan y de recuerdos que desearía borrar. Mi mente es un lugar incontrolable y, cuando bajo mis defensas, se burla de mí. Como ahora, mientras trato de sacudirme el sueño, la sensación de estar perdido y el intenso dolor de cabeza.

*«¡Abre los ojos, Thomas!»*

Mi cuerpo parece no seguir las órdenes de mi cerebro, porque hasta el más mínimo intento por abrir los ojos parece imposible. Sin embargo me siento más despierto, así como también empiezo a notar pequeños detalles que hablan de mi situación actual.

Por unos instantes me siento mareado y perdido, apenas puedo moverme y mi boca está tan seca que se me dificulta tragar. No es solo eso, noto entonces, sino que además tengo algo dentro de la boca. Algo suave y blando. ¿Algodón? No. Tela, tal vez. Suficiente para absorber mi saliva y hacerme sentir sofocado, además de amortiguar los sonidos que intento hacer para llamar la atención de alguien, cualquier persona que pueda ayudarme.

Mis manos están fuertemente atadas a mi espalda, y con cada movimiento que hago por soltarme, parecen apretarse más. Mis piernas también fueron atadas a la altura de mis tobillos para limitar mis movimientos. Sin embargo la persona que me ha traído a este lugar ha dejado mis ojos descubiertos. Quizás porque no teme que pueda reconocerlo.

*«O porque está seguro de que no saldrás de aquí con vida».*

Entonces mis últimos recuerdos se empiezan a materializar, y junto a ellos aparece también la sensación de miedo y derrota por haberle fallado a Liv. A mis padres. A mí mismo.

*«Tengo que escapar. Tengo que salir de aquí de algún modo».*

Empiezo a observar el lugar en el que me encuentro, dándome cuenta de que los rayos del sol iluminan todo el lugar, lo que me lleva a preguntarme por cuánto tiempo he estado inconsciente.

Hago un esfuerzo para elevar la parte superior de mi cuerpo para quedar sentado, y aunque es difícil lo consigo después de varios intentos, pero no sin consecuencias pues el dolor de cabeza ahora parece más intenso. Y algo húmedo se escurre por mi nuca.

*«¿Sangre?»*

La sensación de mareo regresa, pero ahora tengo una mejor perspectiva del lugar en el que me encuentro.

Parece una cabaña. Las paredes son similares a las de la casa del árbol que Liv y yo visitamos cerca del lago. Hay una puerta de madera que parece pesada, y ahora está entreabierta, pero no parece conducir al exterior ya que no se ve ninguna luz venir desde allí. Una de las ventanas está rota, que es la única fuente de iluminación que existe en la habitación, y las otras dos están cubiertas con un plástico oscuro. También hay un par de muebles en el lugar. Una mesa de madera desvencijada y una silla de plástico descolorida por el tiempo y, quizás, por las inclemencias del clima. Pero eso es todo lo que alcanzo a notar.

Un ruido más allá de la puerta llama mi atención.

Parece un quejido. Un gemido de dolor. Hay alguien más en esta cabaña. No estoy solo. Mi

necesidad de hacer ruido, de hacerle saber a la otra persona que estoy aquí, que no está sola, es imperiosa. Sin embargo los sonidos se quedan atrapados en mi boca, amortiguados por el trapo y sellados por la mordaza. Eso no me detiene, porque sigo gritando. Grito hasta que me arde la garganta y la resequedad de mi boca se convierte en algo insoportable, hasta que siento ganas de toser y vomitar, y las lágrimas empiezan a correr por mi cara.

*«¡Estoy aquí! ¡Que alguien me ayude!»*

Pero nadie me escucha. Me siento frustrado.

Desesperado. Tengo miedo porque no sé qué suerte corrieron mis padres. No sé si la persona que me atacó les hizo algo a ellos, o si se trata de la misma persona que se llevó a Liv. Mi cabeza está llena de preguntas, pero también de dolor. Un dolor que me impide mantener los ojos abiertos por más que me esfuerce. La persona al otro lado de la puerta vuelve a quejarse, y mi pregunto si estará herida como yo, si sentirá miedo.

*«Estoy aquí. No estás sola.»*

Entonces un hombre alto con una sudadera azul entra a la habitación. Su rostro está cubierto con una máscara negra con manchas rojas simulando lágrimas de sangre. Sus ojos son oscuros, fríos, crueles y desprovistos de cualquier atisbo de emoción, y lleva en las manos un bate de béisbol también con manchas rojas. La única diferencia con las marcas en la máscara es que la sangre del bate sí parece real. Tal vez fuera real. Probablemente mía.

*«Tengo que salir de aquí con vida.»*

Ese pensamiento se repite en mi mente una y otra vez mientras el hombre se acerca a mí. Sigue resonando mientras levanta el bate como si se preparara para una recibir una pelota, y luego con suena con más insistencia cuando lo balancea y la madera impacta contra un lado de mi cabeza haciéndome caer nuevamente al suelo.

*«Tengo que salir de aquí con vida.»*

Ese el último pensamiento que tengo cuando el cansancio me reclama. Me siento débil y adolorido. A duras penas puedo mantener los ojos abiertos. El sueño me arropa lentamente. Mis párpados se sienten tan pesados como el plomo, y antes de que pueda hacer algo para evitarlo, mi consciencia finalmente se apaga.

Mis sueños están plagados de imágenes violentas e inexplicables, de gritos desesperados, pero también se nutren con la necesidad de sobrevivir. En mi sueño estoy corriendo por el bosque. Un bosque que durante el último año conocí muy bien. Mi carrera no se siente como una persecución, sino más bien como una huida. Me siento libre, pero no totalmente seguro. Hay sangre en mis manos y en mi ropa, el frío de la noche se cuela en entre mi ropa, enganándose a mis huesos, a cada célula de mi cuerpo, formando una nube blanca frente a mi boca con cada respiración.

*«¡Tienes que despertar ahora!»*

La orden viene de un lugar recóndito de mi cerebro, y nace de la misma necesidad de prestar atención a los sonidos que se escuchan alrededor de mí. De la necesidad de escapar. De sobrevivir. Por un momento me cuesta identificar lo que escucho, pues mi cerebro aun flota entre la inconciencia y la lucidez, pero el sonido proyecta una imagen clara en mi mente. Alguien arrastrando algo pesado y luego de jándolo caer. La fuente del sonido es muy cercana. A muy pocos metros de mí. Alguien más está en la habitación. Ese pensamiento hace que me despierte por completo, aunque me esfuerzo por mantener los ojos cerrados y mientras pretendo seguir inconsciente.

Poco después escucho pasos que se detienen justo en frente de mí, y eso provoca que mi corazón se acelere.

Tienes que mantener la calma. Por un momento creo que quien me observa puede escuchar mis latidos retumbar en la habitación, así como yo los siento en mis oídos, pero sea quien sea se mantiene en silencio. Luego retoma su camino, escucho la puerta abrirse y sus pasos alejarse.

*«¿Ha dejado la puerta abierta? ¿Es una prueba o una trampa?»*

Espero unos segundos antes de abrir los ojos, y cuando lo hago me doy cuenta de que la habitación está en casi totalmente penumbras. No tengo idea de cuántas horas dormí, pero debieron ser muchas porque ya es de noche.

El dolor de mi cabeza es tan fuerte que pareciera que me estuvieran atravesando los ojos con un millón de alfileres. Como si mi cerebro palpitará al mismo ritmo de mi corazón, castigándome por cada respiro que cojo y por cada resquicio de luz que toca mis pupilas. Pero tengo que mantenerme alerta o no saldré de esta con vida para contarla. No podré volver con mis padres. No podré encontrar a Liv.

Con movimientos lentos y calculados obligo a mi cuerpo nuevamente a sentarse, aunque por momentos me pregunto si realmente vale la pena, porque se que él volverá con su bate de béisbol y me usará como piñata cuando me vea levantado. Entonces me impulso con las palmas de mis manos para ir retrocediendo hasta quedar recostado de una pared. Desde mi nueva posición puedo ver al mejor el interior de la habitación, y noto que el algo pesado que mi imaginación proyectó cuando luchando contra el sueño era un alguien. Una figura menuda y femenina que ahora reposa en el medio de la habitación, bañada ligeramente por la luz que emana de la puerta abierta.

Su cabeza está cubierta por una capucha oscura y sus manos también están atadas, pero a diferencia de mi sus ataduras están al frente de su cuerpo. Le falta un zapato, noto. Y el calcetín de su pie descubierto está sucio. Sus pantalones también están sucios, además de rotos en las rodillas. Se le ven algunas manchas oscuras cerca de donde está roto, por lo que podría ser sangre. Su camiseta tiene manchas oscuras similares a las del pantalón, solo que se notan más por el color. Es sangre, definitivamente. Pero hay algo que me hace observarla con más atención. Algo que me hace querer acercarme.

Un pequeño brazalete tejido de color azul en una de sus muñecas asomándose entre sus ataduras. Un brazalete que es exactamente igual a la que yo llevo.

*«Es un pequeño detalle para que me recuerdes».*

Veó su pecho moverse al ritmo de su respiración.

Una señal de que hay esperanza. De que, a pesar de todo, está bien. Estamos bien. Ella está viva. Está conmigo.

*«Te encontré, Liv».*

Y con cada movimiento de su pecho, con cada exhalación suya, se renueva mi convicción. Debo encontrar una manera. Tengo que descubrir quién nos ha hecho esto, pero sobre todas las cosas, tenemos que salir de aquí.

El resto de la noche me quedo velando su sueño.

Luchando contra mis dolencias, contra la debilidad que siento, contra el hambre y la sed, solo para asegurarme de que nadie más le hará daño.

*«Y si él regresa, ¿qué harás?»*

Aparto esa voz insidiosa de mi mente y me concentro en las pocas cosas que puedo controlar, y por ahora solo puedo cuidarla a la distancia. Acercarme, tal vez. Darle calor. Hacerla sentir protegida, aunque ella ignore que estoy a su lado. Ya me preocuparé luego por lo demás. Solo por esta noche me permito concentrarme en el momento. Solo por esta noche me concentro en Liv.



### **Informe recibido por el detective Sawyer la mañana del 8 de agosto de 2018:**

Durante la noche del 7 de agosto del presente año, los oficiales asignados a la vigilancia de la residencia Cohen tuvieron que abandonar su puesto para atender un llamado de emergencia en un área cercana, de lo que se derivan una serie de eventos que se describen a continuación:

Cuando los oficiales de guardia regresaron a su puesto encontraron a los propietarios de la vivienda en las afueras de la misma, y ellos procedieron a informar de un presunto allanamiento de morada y que el ciudadano Thomas Cohen, quien es persona de interés en su investigación en curso, no se encontraba en la residencia.

Los oficiales, siguiendo los canales regulares, se comunicaron con la central telefónica de la comisaría para notificar los hechos. El operador de la central telefónica reporta que a pesar de sus intentos no se logró hacer contacto con el encargado de la investigación, y ese evento se procedió a contactar con el agente Zach Bowen, quien acompañó al equipo de apoyo cuando se apersonaron al lugar de los hechos.

Durante el levantamiento de información se confirmaron señales de allanamiento y vandalismo en la vivienda. Se adjuntan fotografías de los hallazgos y un informe detallado de los daños. Los propietarios del inmueble no confirmaron la ausencia de objetos personales, sin embargo el agente Bowen revisará con ellos un inventario del interior de la propiedad para descartar la hipótesis.

Durante el levantamiento de información se encontró una billetera y un teléfono móvil que, presuntamente, pertenecen al ciudadano Thomas Cohen.

También se hallaron rastros de sangre en el área posterior de la vivienda por lo que se procedió a llamar al equipo forense. Las muestras recolectadas se encuentran en el laboratorio, a cargo del Dr. Charles Baker, y fueron marcadas con prioridad alta por estar vinculadas a una investigación previa. Se esperan los resultados en horas de la tarde, y los mismos serán despachados a su oficina.

Sin más a que hacer referencia, Atte.,

*Oficial Jameson Cole.*





## CAPÍTULO 16

*Presente*

Mientras observo a Liv un montón de preguntas pasan por mi mente, repitiéndose una y otra vez como un bucle infinito de incertidumbre y miedo. Porque debo admitir que sí, que me asusta lo que nos pueda suceder.

Liv ha estado a merced de esta persona por semanas, y en las pocas horas que he estado aquí ha demostrado no solo que es violento, sino que además no le importa si sobrevivimos o no.

*«¿Pero por qué? ¿Quién nos odia tanto? ¿Quién es el hombre de la máscara?»*

Y mientras pasan las horas empiezo a preguntarme también si él nos observa, si sabe que estaba fingiendo estar dormido, si le ha hecho daño a Liv, o cuánto tiempo pasará antes de que nos dé agua o algo para comer.

Entonces mi miedo empieza a transformarse en frustración al pensar en mis padres, en cómo siempre he dado por sentado que estarán allí cuidándome a su manera, aunque ellos también necesiten alguien que cuide de ellos. Todos estamos un poco rotos, pienso. Ese ha sido nuestro problema. Que estamos rotos y nos guardamos las partes en lugar de ponerlas juntas, en lugar de llenar el vacío juntos.

Cuando pienso en cómo nuestra casa fue atacada, en el terror reflejado en los ojos de mi madre, o en la reacción de mi cuerpo cuando llegué a casa y me di cuenta de que ella no estaba, la frustración se convierte en rabia.

*«¿Estará bien? ¿Me estará buscando?»*

No es que la policía vaya a saltar ante la idea de buscarme. O tal vez sí. Si me creen responsable por la desaparición de Liv, me buscarán. Pero no para rescatarme, sino para arrestarme. Tal vez el detective ve Sawyer recibió mis mensajes, pero ¿y si no lo hizo? ¿Y si creen que me escapé para no irme del pueblo con mis padres?

*«Dios, tengo que calmarme».*

Pero por más que me repito que debo estar tranquilo y mantener las esperanzas, la sensación de derrota no hace más que crecer. No he resuelto un misterio, sino que me he convertido en otro caso para la policía. Un cartel más en las calles de Shoreham con textos pidiendo información sobre mi paradero; solo que a mi cara la gente no la verá con la misma pena que veían la de Liv en los carteles, sino con sospecha. Sin embargo lo que peor me hace sentir es no haber encontrado a Liv, ni atrapado al responsable. En cambio, él me ha atrapado a mí.

*«¿Lograremos salir de aquí?»*

Alterno la mirada entre Liv y una de las ventanas mientras considero las posibilidades, que no son muchas.

Tengo que encontrar una manera de liberarme de mis ataduras, de recuperar algo de fuerza para defendernos del idiota que nos tiene aquí, y luego...

*«No sé qué haremos luego».*

Mi mente regresa al hombre de la máscara, a su identidad y a sus motivos para traernos a este lugar. Él es joven, no estoy seguro de qué tanto pero no parece ser mucho mayor que nosotros, y alto, aunque desde mi posición no podría precisar qué tanto. Es fuerte aunque su cuerpo no tiene la apariencia de un jugador de fútbol, como Alex Hunter, y es hábil con el bate de béisbol. Hay algo en sus ojos. Algo peligroso y familiar, pero no tengo palabras para describirlo. O quizás sea

producto de mi imaginación, pues no tuve mucho tiempo para detallarlo antes de que me apagara las luces con su bate.

La habitación empieza poco a poco a llenarse de luz, y con los primeros rayos del sol empiezo a detallar mejor el lugar en el que estoy, busco cosas potencialmente útiles para liberarme, para defenderme.

Pero también observo a Liv, las cosas que mis ojos no alcanzaron a detallar antes y las que extrañé, contemplo el ritmo tranquilo y constante de su respiración, la forma confiada en que su cuerpo se entregó al sueño, como si no sintiera temor.

*«Porque es mejor no mostrarle temor».*

Durante la noche lo escuché irse, y cuando estuve seguro de que no regresaría me arrastré hasta el lugar en el que duerme Liv. Me acomodé a su lado para darle calor con mi cuerpo, después de que ella contorsionara el suyo durante la noche hasta quedar en posición fetal.

Ahora el sol llena totalmente el lugar, calentándonos, recordándonos que el tiempo sigue corriendo y que probablemente él este pronto a regresar. O tal vez no. No lo sé. No he estado despierto tantas horas como para aprender su rutina, si es que tiene una. Liv es quien puede saberlo, pero no tengo manera de preguntárselo.

*«A menos que logre liberarme».*

Me muevo con cuidado para evitar despertarla, apartándome para continuar mi búsqueda de cualquier cosa que pueda resultarme útil. Mi estómago hace un ruido fuerte, como si necesitara recordar que no he comido nada desde que me trajeron aquí, y ese es el momento en que Liv empieza a moverse también. Estira las piernas y se gira hasta quedar de cara al techo, y mueve la cabeza como si esperara algún tipo de señal o sonido. Mi estómago no le falla, sonando otra vez. Más fuerte incluso.

—¿Hay alguien ahí? —Pregunta ella en un susurro.

Su voz se escucha un poco ronca y rasposa—. ¿Quién anda ahí?

Trato de responder, de gritarle que sí, que estoy aquí, que soy yo, que encontraré la manera de sacarnos de aquí, pero a pesar de mis esfuerzos solo logro soltar unos cuantos chillidos que quedan amortiguados por el trapo en mi boca y por la mordaza. Mis gritos parecen asustarla, porque Liv se tensa apenas me escucha.

No puedo ver su cara, pero sí noto como empieza a usar su cuerpo como escudo e intenta retroceder para ponerse a salvo, y esa reacción rompe algo dentro de mí.

Siento la humedad formándose en mis ojos, y luego correr por mis mejillas. El llanto queda atrapado en mi pecho, incapaz de salir. La mordaza se siente más opresiva que nunca y mi garganta parece cerrarse con la resequedad. Siento que el aire me falta, que me ahogo, que este es el fin de todo. Tan cerca, pero tan lejos. Junto a ella pero incapaz de hacérselo saber; y eso duele más que mil golpes con un bate.

—¿Estás bien? —Quiere saber, pero ¿cómo me hago entender? Cómo le digo que no, que no he estado bien desde que ella desapareció, que soñaba con ella, con volver a verla, pero que en mis sueños no sucedía de esta manera. En mis sueños yo la rescataba y huíamos juntos de Shoreham, tal como lo habíamos planeado.

Me dejo caer contra el piso, repentinamente sin fuerzas para seguir soportando mi propio peso. Me siento mareado, dolorido y con náuseas, también tengo hambre y sed. No tengo idea de qué hora es o de cuánto tiempo he estado aquí. Es fácil perder la noción del tiempo cuando has pasado tantas horas estando inconsciente, me digo, pero es más que eso. Es la idea de que tal vez el tiempo no importe, porque dudo que él tenga planes de dejarme salir de esta con vida. Y si es así, da lo mismo que pasen días o que pasen horas. El resultado será el mismo.

—¿Dónde estás? —Empieza a buscarme, dejándose caer de un lado y usando sus manos para apoyarse, gateando hacia donde cree que me encuentro. Por eso hago un esfuerzo extra, aunque ya no tengo energía, para provocar más ruido, para orientarla; pero empiezo a moverme también, arrastrarme hacia ella para alcanzarla.

«Soy yo, Liv. Vamos a estar bien. Vamos a salir de esta».

Probablemente sean mentiras, pero es mejor pensar en eso que seguirme repitiendo que no saldremos vivos de aquí, o que nadie nos encontrará. Mientras Liv se arrastra hacia mí, empieza a murmurar cosas. No logro comprender sus palabras, y tampoco estoy seguro de si habla conmigo o consigo misma, pero el sonido de su voz calma un poco la batalla que se fragua dentro de mí, me centra, renueva mis ganas de pelear, de salir de aquí.

—Él no va a hacernos daño... —me dice en voz baja, y hay tanta certeza en su tono que me hace preguntarme cómo puede estar tan segura—. He estado por un tiempo aquí, y si quisiera hacerme daño ya lo habría hecho —explicó—. Espera un momento, voy a tratar de quitarme esto —susurró llevando sus manos a la capucha que le cubría la cabeza.

Yo me dejo caer nuevamente contra el piso, sintiendo que todo a mi alrededor da vueltas haciendo que mi dolor de cabeza regrese con más fuerza. Entre un parpadeo y otro Liv ha logrado quitarse la capucha y mira mi cara. En sus ojos hay mil emociones que no puedo descifrar o comprender. ¿Miedo? ¿Sorpresa? ¿Preocupación? No estoy seguro. Capaz son las cosas que quiero ver y lo que ella realmente siente es decepción, porque confiaba en mí para ayudarla a salir de esta y en cambio ahora estoy aquí, atado e incapaz de hacer nada para protegerme o protegerla. Soy un fracaso. Siempre lo he sido.

—¿Tú? —dice llevándose las manos a la cara, como si no pudiera creer lo que está viendo. Pero estoy demasiado débil para darle sentido a sus palabras.

Cierro los ojos unos segundos, tratando de protegerme de la luz que ahora me molesta. El dolor de cabeza es más fuerte de lo que soy capaz de soportar, y siento que mi cuerpo cae, cae, cae. Como si me deslizara por un vacío infinito. La oscuridad reclamándome, los sonidos a mi alrededor dejando de importar.

—¿Thomas? —Escucho, y creo que es la voz de Liv. Hay algo diferente en su voz, pero no sé qué es—. Oh, por Dios, Thomas...

«Vamos a salir de esta, Liv».

Es una promesa que le hago en mi mente, pero es una que no estoy seguro de poder cumplir.



### **Correspondencia intercambiada entre el detective Sebastian Sawyer y el teniente Lucas Holt, comandante del Distrito D -4 Back Bay *South End***

#### **Fenway de la policía de Boston, el 8 de agosto de 2018:**

Buenos días, Me comunico con usted en referencia a un caso en curso por la policía de Shoreham, del cual estoy a cargo, en el que requerimos de su apoyo. La investigación en curso inicialmente se manejó como un caso de persona extraviada, hasta que se encontraron elementos que nos llevaron a pensar que se trataba de un secuestro. Al tratarse de un evento aislado en nuestra comunidad destinamos todos nuestros recursos, aunque limitados, al mismo. Sin embargo, el número de víctimas ha ascendido.

Durante nuestra investigación, el caso ha arrojado coincidencias con uno manejado por su departamento el año pasado. Estoy adjuntando a este mensaje un informe detallado del caso, así como las respectivas pruebas forenses realizadas, y que arrojaron coincidencias con el caso que

acabo de mencionar, razón por la cual me he tomado la libertad de hacer contacto con su departamento. Estamos en un momento crítico del caso y solicitamos su apoyo a la brevedad posible.

Sin más a qué hacer referencia, y esperando su colaboración, me despido.

Atentamente, *Detective Sebastian Sawyer* Detective Sawyer, Me comunico con usted en relación a la correspondencia recibida. Nuestro departamento, al momento, no está en la capacidad de prestar apoyo sino de forma limitada. Estoy adjuntando, con el permiso del alcalde, una copia de los informes correspondientes al caso que señala.

Le deseo mucha suerte con su caso, detective. Le agradezco que me deje saber sobre el progreso del mismo.

Atentamente,

*Teniente Lucas Holt*



## CAPÍTULO 17

### *Presente*

Mi mente se siente como si estuviese cubierta por una gran bruma. Una bruma espesa que me separa del resto del mundo, probablemente para protegerme, y en este momento nada más importa salvo descansar.

*«Haz sido una chica muy mala, y ahora te tengo que castigar».*

Hasta que las voces aparecen. Distantes, amenazantes y peligrosas. Están ahí, al otro lado de la bruma, recordándome que debo estar alerta. Pero me siento muy cansado y débil.

*«Sin lágrimas. Ya sabes que aquí no te sirven de nada».*

Hay algo en esa voz que me hace sentir intranquilo.

Algo dentro de mí la reconoce, pero no logro recordar exactamente de dónde. Estoy confundido. Espero a que hablen otra vez, pero ahora solo hay silencio. Silencio y vacío, además de una profunda oscuridad.

Por un rato vago en la penumbra, hasta que empiezo a ver algo de luz a unos metros de mí. Me acerco y me sorprende estar de vuelta en los pasillos de la escuela. Todo es exactamente igual a como estaba en mi primer día de clases.

Los carteles en las paredes, la pintura fresca en los casilleros, las personas en los pasillos corriendo de un lado al otros, chocando por accidente, riendo y haciendo bromas. Yo camino en medio de todos ellos sin sentirme parte del lugar.

Invisible. Como un fantasma.

Cierro los ojos por unos segundos y cuando vuelvo a abrirlos percibo que algo no está bien. Frunzo el ceño tratando de adivinar qué es diferente. Hasta que lo adivino. El ruido de la gente en el pasillo ha desaparecido. Ahora estoy solo. Busco a mi alrededor y lo único que veo son filas interminables de casilleros, insultos escritos en las puertas, amenazas, acusaciones; y las paredes manchadas de rojo.

*«¿Sangre?»*

El olor metálico me llena las fosas nasales al instante y me hace sentir mareado. Intento dar un paso al frente y me tambaleo. Siento que caigo, y me preparo para impactar contra el suelo, pero el golpe nunca llega.

—Esto no está bien —me digo, y una carcajada rompe el silencio.

—Tienes razón —alguien me responde con tono divertido—. Todavía las cosas pueden ponerse mejores.

Despierto con el sonido de un golpe fuerte contra algo metálico. El golpe se repite un par de veces mientras me sacudo el sueño y trato de orientarme. Lo primero que noto es que no estoy en la misma habitación que estuve antes cuando me quedé dormido. Lo segundo, es que ya no tengo el molesto trapo dentro de la boca aunque siga teniendo una mordaza puesta. También me doy cuenta de que vuelvo a estar solo. Liv ya no está.

Escucho una puerta cerrarse con fuerza, luego el motor de un auto encendiéndose, otro golpe metálico aunque diferente a los anteriores. Este es una puerta. Tal vez de un auto viejo.

*«¿Se está marchando?»*

—Liv... —digo en voz baja—. Tengo que encontrar a Liv. Tengo que salir de aquí y

encontrarla.

Busco frenéticamente por la habitación hasta encontrar trozos de vidrio en el piso. Parece como si alguien hubiese tirado un vaso con fuerza hasta quebrarlo porque los pedazos son muy pequeños. Me arrastro con cuidado hasta donde están los vidrios, cojo un o de los trozos y a ciegas intento cortar mis ataduras. Fallo un montón de veces, cortándome la piel en varios lugares, antes de que pueda sentir que se aflojan. Siento la humedad en mis manos pero trato de no pensar en ello.

De no pensar en la sangre. Pero eso me recuerda el extraño sueño que tuve, la voz.

*«Yo conozco esa voz».*

Aprieto el vidrio con más fuerza de la necesaria, provocando un nuevo corte antes de que las cuerdas que me mantienen atado con las manos en la espalda finalmente se suelten. Mis manos están llenas de sangre, y al verla un escalofrío me recorre. Imágenes empiezan a plagar mi mente. Fragmentos de sueños, recuerdos inconexos, imágenes sin sentido. Sangre. Entonces escucho un grito que me acelera el corazón.

*«Liv».*

Me limpio las manos con mi camiseta y me apresuro a remover la mordaza que me cubre la boca, y a soltar las cuerdas que siguen atando mis tobillos. No es una tarea fácil cortar la cuerda, porque cada movimiento lastima los cortes que me hice con el vidrio cuando intentaba liberar mis manos. Pero finalmente lo consigo.

*«Soy libre».*

Así empieza mi exploración de la casa donde nos han mantenido prisioneros. Los gritos de Liv se escuchan cada vez más lejos, y el lugar no parece ser tan grande.

Necesito encontrar la salida. Necesito...

—Ya voy por ti —digo en voz baja, aunque ella no pueda escucharme.

No sé si Liv está sola, o si él sigue en algún lugar esperando a que salga. Tal vez todo esto sea un juego enfermo de una mente perturbada. Quizás quiera pelea, y aunque no esté en las mejores condiciones estoy dispuesta a dársela. Por Liv, por mis padres...

*«Por mí».*

Estoy en una cabaña vieja, noto. El techo tiene secciones caídas, y no lograría protegernos en caso de una tormenta. Hay dos habitaciones. En la que estuve antes y donde desperté hace unos momentos. Pero también hay una especie de área común donde debió funcionar alguna vez la cocina, el comedor y una pequeña sala.

Encuentro la puerta, pero antes de echar a correr hacia el exterior, busco algo que pueda servirme de arma en caso de necesitarla. Encuentro el bate con que el enmascarado me golpeó un par de veces desde que llegué y lo tomo.

*«Esto tiene que servir».*

Entonces salgo de la cabaña buscando la fuente del sonido. Me doy cuenta de que estoy en algún lugar del bosque. Una de las partes que no llegué a explorar, porque no reconozco los alrededores. Pero todo el bosque limita con el lago, y si encuentro a Liv podemos ir hacia allá. Seguir el curso del lago y encontrar refugio. Tal vez llegar a la carretera y pedir ayuda.

*«¿Y si él nos encuentra?»*

No puedo preocuparme por eso ahora. Liv está cerca, puedo sentirlo. Su voz resuena contra los árboles provocando que mi corazón se acelere. Tengo que encontrarla. Corro usando mis brazos para protegerme de las ramas de los árboles, buscándola, siguiendo su rastro.

—¡Liv! —Grito sin poder contenerme. Ya no me importa quien esté allí afuera o lo que vaya a hacer conmigo, sin embargo me aseguraré de que no pueda hacerle daño.



—¡Thomas! —Liv me responde dejándome saber con su voz hacia donde debo ir. Y sigo corriendo hacia ella sin detenerme. Ni siquiera cuando que noto un movimiento entre los árboles, unos metros a mi derecha.

«No te tengo miedo».

Es cierto. No le temo. Y si piensa que va a ponerle las manos encima a Liv otra vez, es él quien debe temer.



**Reporte transmitido por radio hacia la estación de policía de Shoreham, por el oficial Silas James el 8 de agosto de 2018 a las 13:15**

*El ciudadano Ben Platt, quien es vecino de Main Road, abordó a mi compañero el oficial Chris Ellis durante su hora de almuerzo en Susie's Dinner, para informarle que en los últimos días ha visto una camioneta vieja, sin placas, merodeando por su propiedad. El señor Platt solicitó que echáramos un vistazo por los alrededores y nos disponíamos a hacerlo cuando obtuvimos confirmación visual del vehículo descrito por el señor Platt.*

*El ocupante de la camioneta es un varón joven de cabello oscuro, la estatura y edad se mantienen indeterminadas. Parte del rostro está cubierto por lentes de sol y lleva una gorra de béisbol lo que limita nuestra visibilidad sobre sus rasgos. El vehículo es una camioneta Chevrolet Silverado, año dos mil o anterior, de color negro.*

*El oficial Ellis y yo vamos tras la camioneta.*

*Hemos alertado al ocupante para que detenga el vehículo, pero éste sigue en movimiento. Desconocemos si el conductor está armado o es peligroso.*



## CAPÍTULO 18

### *Pasado*

Cuando era niño me gustaba acampar. Papá solía llevarnos a mi hermano y a mí de viaje durante las vacaciones para visitar a mis tíos, y salir todos juntos a pescar. Recuerdo que salíamos antes de que saliera el sol y que los adultos pasaban horas sentados frente a un lago tratando de capturar la cena, mientras que mi hermano y yo corríamos libres, tocábamos una vieja guitarra que siempre nos acompañaba en los viajes o explorábamos el bosque que nos rodeaba. Al final del día nos reuníamos alrededor de una fogata donde mi papá y mi tío cocinaban la cena mientras mi hermano y yo nos reíamos de las historias que ellos contaban, para luego volver a casa de mis tíos para repetirlo todo al siguiente día.

Recuerdo un verano en particular. Teníamos siete años mi hermano y yo. En esa ocasión nos acompañaron mamá, mi tía y mis primas también. Incluso nos acompañó Sam, un Golden Retriever que habían adoptado al final del verano anterior. Mi papá rentó una cabaña cerca en medio del bosque, frente a un claro en el que corríamos como locos, jugábamos y reíamos hasta que nos dolían la cara y el estómago.

—¿Quieres intentar atrapar la cena esta vez? —Preguntó papá un día y yo me quedé mirando el lago con duda.

—¿Ahí? —Señalé el agua, y papá se echó a reír. El sonido me hizo reír a mí también.

—¿Dónde más? —Me preguntó sonriendo—. Puedes intentarlo mientras tu tío y yo jugamos un rato a las cartas —me dijo guiñándome el ojo.

Caminé hacia el equipo de pesca que papá usaba todos los días, y empecé a prepararlo tal como los había visto a él y a mi tío hacer muchas veces. Entonces eché a correr hacia el lago. A mi carrera se sumó Sam, quien empezó a ladrar para llamar la atención de todos, y a nuestro paso se escuchaban las risas de mamá, de mis primas, de mi tía. No me importaba. Era un hombre con una misión. Bueno, un niño de siete años con una misión, pero era importante de todas formas.

Cuando llego al lago me siento en el muelle con las piernas colgando hacia el agua. No soy tan alto como para rozarla siquiera, pero me imagino haciendo esto mismo hasta tener la suficiente altura para sumergir los pies en el agua mientras espero a que mi cena llegue a la cita. El perro se echa a mi lado, pero solo por un rato.

Supongo que no es tan divertido esperar cuando tienes tanto espacio para correr y jugar. Mientras tanto yo sigo esperando. Hasta que mi paciencia empieza a gastarse.

Ese es el momento en el que mi hermano se deja caer a mi lado. Erick ya había perdido la camiseta y tanto su cabello, como sus piernas, estaban manchadas con lodo.

—Ya tengo hambre hermanito —anunció con una sonrisa—. ¿Ya atrapaste la cena?

—Todavía nada —le dije sintiéndome derrotado.

—Eso es porque los peces no saben que estás aquí —me respondió con seguridad, y yo le creí.

—¿Y qué puedo hacer para decirles?

—Le pregunté. —Cantarles una canción —sonrió.

—Pero papá y mi tío nunca cantan —me quejé dejando caer la caña de pescar a un lado.

—Eso es porque los peces ya los conocen —dijo mi hermano—. A nosotros todavía no. Así que puedes cantar, o puedes ir a saludarlos. Tú decides.

—Pero yo no sé nadar —le recordé. A mi hermano a veces se le olvidaba que no sabía hacerlo y me empujaba a la piscina que teníamos en casa.

—Entonces tú cantas mientras yo saludo a los peces —se encogió de hombros.

Ambos nos volteamos hacia donde estaban nuestros padres, y cuando nos aseguramos de que nadie nos estuviera mirando comenzamos nuestro pequeño ritual.

Yo cantaba mientras mi hermano saltaba al lago a saludar a los peces. Mientras más pensaba en lo que hacíamos más absurdo me parecía. Hasta que dejé de ver a mi hermano y me puse nervioso.

El corazón se me aceleró y de inmediato mi cerebro empezó a calcular cuántos días de castigo me darían mis padres si algo le pasaba a Erick. Tenía que buscarlo.

Tenía que evitar que algo le pasara.

Entonces me olvidé completamente de la caña de pescar, me quité los zapatos y los calcetines, la camiseta que llevaba puesta y saqué todas las cosas que guardaba en mis bolsillos. Volteé una vez más hacia mis padres, pero ninguno de los dos me veía. Sam estaba jugueteando entre los arbustos, completamente ajeno a lo que estaba pasando. No es que fuera a ser de mucha ayuda.

Tenía miedo. Mucho. Pero les tenía mucho más miedo a mis padres. Ellos nunca se molestaban conmigo, y no quería que esa fuera la primera vez. Me puse de pie en el borde del muelle. Cerré los ojos y salté. No recuerdo mucho más después de eso. Solo que sentía como a alguien tiraba de mis piernas hacia abajo. Intenté gritar, pero en lugar de eso tragué agua. No había peces.

Tampoco estaba Erick. Y poco después de eso solo hubo oscuridad.

Esa fue la última vez que fuimos al lago. Y también la última vez que papá me pidió atrapar la cena.

*Liv*

Había frío. Demasiado frío para un día de verano.

La sensación envolvía mi cuerpo y me penetraba hasta los huesos. Mi ropa estaba mojada, lo que no ayudaba a que me sintiera mejor. Por primera vez, desde que él me atrapó, me encontraba afuera. En el bosque. No estaba atada o drogada, pero tampoco era completamente libre.

No me iba a permitir tener esperanza. Era inútil.

—No te preocupes, cuando todo esto acabe él lo superará —se burlaba mi captor antes de lanzarme al lago—. Como tú me reemplazaste a mí, alguien te reemplazará —dijo con amargura—. Ni siquiera va a extrañarte. Así funcionan las cosas.

*«¡No es cierto!»*

—¿Por qué lo odias? —Pregunté. Mis dientes castañearon por el frío. Mis palabras sonaban entrecortadas. Pero me había atrevido a hacerlo, finalmente.

—¿Por qué no hacerlo? —Sonrió con malicia—. Él siempre se queda con todo —se encogió de hombros—. Cuando los vi juntos, me dio rabia. Pero entonces lo pensé mejor y me dije “déjalo disfrutar un poco, luego quítaselo todo” —había tanto veneno en esa voz que resultaba imposible no estremecerse—. ¿Tienes frío? —se volvió a burlar de mí—. No te preocupes, esto no tardará mucho.

Entonces grité. Grite con toda la energía que me quedaba. Grité por Thomas. Grité por mí. Grité sucumbiendo finalmente a la esperanza. Deseando que alguien me escuchara. Que viniera. Que nos rescatara.

Grité porque supe que ese era el final. Lo veía en sus ojos, a través de la máscara. Ya no hacía falta que se cubriera la cara, sin embargo lo seguía haciendo. No porque le importara no ser

descubierto, sino porque si había algo que odiara, incluso más que a Thomas, era a sí mismo. No toleraba verse, siquiera. Pero me veía a mí.

Con decisión. Con la venganza reflejada en la mirada.

*«Este es el fin».*

Si alguien no aparecía para ayudarles, él los iba a matar a los dos.

*Thomas*

Corro por el bosque sin parar, intentando alcanzar a Liv pero no lo consigo. No logro verla o escucharla y me pregunto si sus gritos no serían producto de mi imaginación. Como esas imágenes en mi cabeza, cuando veía mis manos rodeándole el cuello y apretando hasta que la vida se escapaba de su cuerpo.

Ahora tengo la sensación de estar corriendo en círculos por el bosque, de que alguien ha estado jugando conmigo y que yo he caído en la trampa.

—Idiota, idiota, idiota... —me reprendo entre dientes.

*«¿Cómo he podido ser tan estúpido?»*

Miro hacia el cielo y observo el sol asomándose entre las copas de los árboles. Los músculos de mi cuerpo están cansados y doloridos por la carrera. Me siento débil pero debo resistir. Empiezo a pensar en un plan para escapar y pedir ayuda. Si mis instintos están en lo cierto, el hombre que nos secuestró sigue en el bosque y el ruido del carro alejándose solo fue una distracción. Eso significa también que Liv pudiera estar cerca, aunque también es posible que la haya llevado a otro lugar mientras estuve inconsciente.

Empiezo a caminar para organizar mis ideas, un hábito tonto que adopté desde que nos mudamos a Shoreham y que a veces me ayuda a calmarme, y ese es el momento en el que escucho un grito muy agudo y el sonido de algo cayendo en el agua.

*«¡El lago!»*

El sonido dispara un recuerdo lejano de mi infancia.

De un lugar como este y de tiempos felices. Trato de orientarme y empiezo a moverme hacia donde creo está el lago, pero cuando logro dar un par de pasos el sonido de disparos hace que mi sangre se hiele.

*«¡Liv! ¡No! ¡Tengo que encontrarla! ¡Tiene que estar bien!»*



**Reporte transmitido por radio hacia la estación de policía de Shoreham, por el oficial Silas James el 8 de agosto de 2018 a las 13:30**

*El oficial Ellis seguimos el vehículo reportado por el señor Platt, pero las ruedas delanteras sufrieron daños. Sospechamos que el conductor, o algún ayudante, colocaron obstáculos en la vía. Nos encontramos a dos kilómetros de la propiedad del señor Platt, hemos perdido al vehículo de vista y no tenemos medios para seguirlo. Solicitamos apoyo para realizar una búsqueda en la zona. Todavía no tenemos confirmación de si el conductor está armado, salvo por varias tiras de púas dejadas en la carretera, que ya ocasionaron daños en un vehículo oficial.*



## CAPÍTULO 19

*Presente*

¿Has notado que algunas veces el tiempo parece ir más lento? Así como hay ocasiones en las que parece acelerar sin piedad, escurrirse entre tus dedos y desaparecer en la nada. Yo lo he sentido antes. Que todo parezca moverse más lento, como si estuviera debajo del agua. Un par de manos tirándome del cabello y empujándome hacia el fondo de algo. Hacia un lugar oscuro. Y luego tirándome hacia la superficie.

*«Nadie me quiere, Thomas. Nadie me va a extrañar»*

La voz llorosa de mi hermano llena mi cerebro mientras camino por el bosque, y siento ganas de llorar.

¿Eso es un recuerdo?, me pregunto mientras la sensación de pánico me sobrepasa, impidiendo que llegue suficiente oxígeno a mis pulmones.

Me dejo caer contra el tronco de un árbol, apoyando parte de mi peso en el bate de béisbol que estoy cargando, mientras la oscuridad empieza a cubrirme y la voz de mi hermano empieza a sonar como el niño que fue alguna vez.

*«¿Te has preguntado cómo sería todo si solo hubiera uno de nosotros?»*

Descubrir la respuesta a esa pregunta tomó mucho tiempo, y también muchas lágrimas. Pero Erick estaba equivocado cuando decía que nadie lo quería o lo extrañaría. Mis padres lo amaban. Aún lo hacen, igual que yo. No estamos completos sin él. Y la intensa sensación de vacío en mi vida no empezó a calmarse sino hasta que apareció Liv.

*«¿Me perdonarás alguna vez?»*

Escucho esa voz en mi mente otra vez. Una voz parecida a la de mi hermano, pero pronunciando palabras que nunca le escuché decir. Es el único sonido que escucho, además de mi propia respiración. El bosque se ha quedado en silencio. Como si todo lo que escuché antes fuera un producto de mi imaginación.

Me llevo las manos a la cara, limpiándome las lágrimas y cubriendo mi vergüenza. Vergüenza por no haber ayudado a mi hermano, por permitir que le sucedieran cosas malas, por dejar que nuestra familia se rompiera como si fuera un vaso de cristal. Ahora y tantos pedazos que no sé cómo empezar a reparar el daño.

Tampoco sé si vale la pena intentarlo, o si será más fácil seguir pretendiendo que nada importa.

El sonido de un ave en vuelo atrae mi atención, y ese sonido vuelve a transportarme a otro tiempo. Me recuerda la imagen de un cielo despejado, el sonido ahogado de un ladrido, gritos.

*«Resiste».*

Esa es la voz de mi papá. Una voz del pasado, atormentada y temblorosa. No recuerdo haber escuchado el miedo en su voz alguna vez. Rabia, seguro. Impotencia, muchas veces. Igual que recuerdo escuchar admiración, respeto y amor de su parte. Pero nunca miedo. Luego escucho algo cayendo al agua. Pero es un recuerdo, no algo nuevo. O un sueño, quizás. Un chapoteo acercándose y manos tirando de mí con fuerza.

*«Lo siento, Thomas. Yo solo quería jugar».*

—¿Qué me está pasando? —Gruño frustrado. Las voces en mi cabeza me confunden. Me frustran. Me atormentan.

Y la sensación de estar bajo el agua sigue presente, pero ahora las voces en mi cabeza están acompañadas también por imágenes. Recuerdos de aquella fiesta a la que seguí a mi hermano, de lo feliz que se veía rodeado de toda esa gente que posiblemente no conocía de nada, y cómo su expresión se transformó en una de curiosidad cuando me vio, y más tarde de rabia, cuando se dio cuenta de que la policía había llegado y que estaríamos en problemas. Sus gritos, la mirada enardecida, la gente corriendo a nuestro alrededor, la sensación de ser perseguidos, autos encendiendo, el chirrido de los neumáticos al acelerar, los disparos, luces brillantes apuntando hacia mí e impidiéndome ver, los golpes. La voz de Erick mientras me golpeaba.

*«Para ellos siempre voy a ser una decepción mientras tú sigas aquí».*

Esa era la parte en la que siempre despertaba durante mis pesadillas. ¿Pero había pasado así?

Erick estaba corriendo a mi lado. No, detrás de mí. Ambos huíamos. La policía venía detrás de nosotros. Él no pudo golpearme. Alguien más lo hizo.

*«Ellos no van a escoger entre nosotros, hermanito. Yo les ahorraré el trabajo».*

El recuerdo de mi cabeza siendo golpeada contra el pavimento, una y otra vez, hasta que las cosas dejaron de cobrar sentido, las voces, se mezclan con mi angustia y con mi miedo. Entonces escucho a Liv gritar una vez más. Pero no de miedo, sino de rabia. Su furia me envuelve como una manta, me despierta y me pone en marcha.

*«Liv está luchando. Se está defendiendo».*

Estoy cada vez más cerca, y la esperanza florece dentro de mí. Aún me siento débil, pero si ambos podemos luchar es posible que logremos escapar con vida.

Cuando alcanzo el claro frente al lago me parece verla entre los árboles. Entonces alguien la derriba y la somete con su cuerpo. Es él. El hombre que nos secuestró. Y no me ha visto. Ninguno de los dos lo ha hecho.

Liv le habla como si lo conociera. Es una especie de reclamo mezclado con gruñidos, pero no logro darle sentido a sus palabras. Doy unos pasos, sopesando el bate de béisbol en mis manos y preparándome para usarlo en cualquier momento.

—¡Lo prometiste! —le grita ella, y yo frunzo el ceño.

Me oculto entre los árboles

esperando el mejor momento para acercarme, pero también para escuchar su conversación. Tal vez pueda darme una pista sobre quién nos está haciendo esto o porqué.

—Hice todo lo que me pediste —Liv se ríe con pesar—. ¿Qué vas a hacer ahora?

*«¿Liv lo conoce?»*

El hombre de la máscara le responde pero no logro escuchar su voz. La tiene rodeada con su cuerpo. Él está totalmente en control, aunque no logro ver si está armado. Liv lo mira con expresión desafiante y él la golpea tan fuerte que cae al suelo. Luego él se agacha para decirle algo, y Liv forcejea haciéndolo también. Solo que él cae sobre ella, sometiéndola e impidiendo que pueda escapar.

Doy un paso más, haciendo crujir algunas hojas secas, y es cuando ella me ve. Su expresión sorprendida me descontrola un poco.

*«¿Es que acaso no esperaba que viniera por ella?»*

Con el ceño fruncido doy un paso más, y desde donde estoy puedo ver la tensión que irradia el cuerpo del hombre, que ahora está encima de ella, se tensa. Ya sabe que estoy aquí.

—Déjala ir —le ordeno desde el otro lado del claro y el hombre se pone de pie arrastrando a Liv consigo.

Tira de su cabello forzándola a acercarse a él, y lentamente va rodeándola hasta quedar a sus espaldas. Es cuando veo lo que lleva en la mano.



«Una pistola».

—Thomas, no... —dice Liv en voz baja, alternando su mirada entre el bate de béisbol y mi cara. La rabia que escuché en ella minutos antes vuelve a ser sustituida por el miedo.

El hombre de la máscara le dice algo al oído mientras me apunta por encima del hombro de Liv, mientras que yo tenso mi agarre sobre el bate de béisbol.

Lágrimas empiezan a correr por el rostro de mi chica, y ella asiente a lo que sea que él le ha dicho. En un instante mil pensamientos atraviesan mi cerebro. Imágenes inconexas, recuerdos, pesadillas. Palabras que no dije.

«Palabras que tal vez no llegue a decir».

—Te quiero, Liv —suelto antes de que sea demasiado tarde.

—Thomas... —sollozo justo en el momento en que suena un disparo.

Mi primera reacción es tumbarme al suelo, y en el proceso he soltado el bate. Entonces siento algo frío y húmedo estrellándose contra mí, y escucho un gemido de Liv. Cerca. Muy cerca. Y es cuando me doy cuenta que ha sido ella quien ha chocado conmigo.

Su ropa está empapada y tiembla cuando la envuelvo entre mis brazos. Demasiado distraído por la sensación de tenerla cerca, de que está conmigo. Pero la distracción solo dura poco tiempo.

—Thomas... —la escucho decir mi nombre otra vez—. Lo siento. Lo siento mucho —repite mientras sigue temblando en mis brazos.

—Estoy aquí, Liv —le respondo—. Nada más importa —digo contra su cuello.

—Esto es mi culpa...

—¡No!

—Él dijo que quería acercarse a ti —dice sollozando—. Él me mintió... —su voz se quiebra cuando dice esas palabras—. Yo le creí cuando me dijo que no te haría daño, que solo quería verte... él... —rompió a llorar—. Lo siento Thomas.

Con dificultad nos ponemos de pie, al tiempo que uso mis dedos para limpiar las lágrimas de su cara. Sus palabras se repiten en mi cabeza, pero por más que comprendo entender lo que me ha dicho, no lo consigo.

—No entiendo... —murmuro en voz baja mientras intento cubrirla con mi cuerpo en caso de que nuestro captor intente hacer algo—. ¿De quién hablas?

Pero su respuesta es interrumpida por el sonido de pisadas, pesadas y veloces, alejándose. Mi cuerpo se estremece por la rabia y la frustración, y por los deseos de acabar con la persona que nos ha hecho daño.

—Él te odia, Thomas —susurra Liv, tirando de mi brazo para llamar mi atención—. Tenemos que detenerlo. Hay que acabar esto ahora.

Apenas la escucho me pongo en alerta. Debo tomar una decisión. Seguirlo, o quedarme a proteger a Liv. De cualquier manera debo buscar una forma de alertar a la policía.

—Tenemos que salir de aquí —digo en voz alta, aunque sigo un poco desorientado y no tengo idea de qué camino seguir, o si eso nos pondrá nuevamente en riesgo—. Cuando desperté escuché un auto alejándose de la cabaña. Así supe que se había ido. Debe estar cerca, en algún lado...

—¡Escúchame! —Dijo Liv tomando mi rostro entre sus manos—. Vamos a hacer esto juntos —me aseguró—. Y vamos a salir de aquí antes de que tu hermano haga una locura.

—¿Qué has dicho? —Pregunté, sintiendo cómo mi cuerpo se congelaba milímetro a milímetro.

«¿Mi hermano? No... no es posible. Erick está muerto». —Es él, Thomas —respondió—. Tienes que creerme. Es él.



## CAPÍTULO 20

### *Presente*

Hay mil cosas que puedes creer ciertas que al final resultan no ser más que un montón de mentiras. Cada minuto, cada hora de cada día desde que mi hermano desapareció de mi vida fue construido sobre un a mentira.

Y de algún modo Liv se había envuelto en esa red de falsedad. Ese pensamiento hacía que mi estómago se revelara y que mi cerebro gritara en protesta. Pero no podía negar lo que estaba ante mis ojos. Ya no.

Tomo las manos de Liv entre las mías y la obligo a soltarme, poniendo distancia entre nosotros. Necesito pensar. Necesito darle sentido a lo que acaba de decir.

*«Es él, Thomas. Tienes que creerme. Es él».*

Parte de mí quería creer que esa era la mentira, porque la alternativa era demasiado dolorosa para considerarla siquiera. Pero la otra parte no necesitaba pruebas para convencerse. La otra parte recordaba esa conversación que mis padres tuvieron cuando creían estar solos. Cuando sintieron que podían ser honestos. Porque, claro, eso solo podía suceder cuando yo no estaba cerca.

*«Tenemos que decírselo».*

Nadie me dijo que mi hermano había muerto. Es algo que imaginé porque su nombre no fue mencionado, ni una sola vez, después de aquel día; porque cada vez que mi madre veía sus cosas, sufría en silencio; y cada vez que veía mi cara olvidaba respirar por un segundo antes de apartar la mirada y seguir pretendiendo que nada sucedía. Me sentí culpable. Muchas veces me sentí culpable por hacerle daño. A él, a mis padres.

Pero ellos tenían que saber que es o era lo que yo imaginaba. Yo guardé luto por el hermano que creí muerto, le di la espalda a las cosas que compartíamos porque la idea de disfrutarlas a solas me llenaba de tristeza, y entonces me dejé arrastrar fuera de mi casa, lejos de mis amigos, a un pueblo del que tenía pocos recuerdos. El pueblo al que veníamos en el verano para salir a pescar y acampar con mi tío.

Doy un paso, y luego otro. Mi cuerpo se siente como si hubiese sido golpeado por un huracán.

Destrozado, inquieto, vacío. Escucho la voz de Liv llamándome, pero no encuentro en mí la fortaleza para quedarme a prestarle atención. Para entenderla.

Quiero ir tras él. Quiero preguntarle cosas. Quiero enfrentarlo. A él. A Erick. Al hermano que creí haber perdido, por el que lloré mientras él... ¿qué? ¿Planeaba mi caída? Ni siquiera eso lo entiendo. ¿Por qué? Me pregunto, y su voz retumba en mi cerebro con la fuerza de un trueno.

*«Para ellos siempre voy a ser una decepción mientras tú sigas aquí».*

Sí, esa era su voz. No era un sueño o una alucinación. Esa era la voz de mi hermano, de alguien que era físicamente igual a mí, con el que conviví desde que estábamos en el vientre de nuestra madre, a quien me sentía tan unido y quien ahora es un perfecto extraño.

Alguien peligroso.

—Ve por ayuda —le digo antes de que mis pies empiecen a poner más distancia entre nosotros.

No tengo un propósito, solo preguntas. Y mientras los gritos de Liv resuenan en el bosque yo voy tras él. La única persona que puede darme respuestas.

*Liv*

Mi vida ha sido un constante flujo de malas decisiones. De mis padres. Mías. Todas hechas al calor de un momento y sin pensar en las consecuencias. Pero como he venido a descubrir recientemente, esas consecuencias eventualmente te alcanzan, y ninguna deuda queda sin pagar.

Veo a Thomas caminar hacia los árboles, siguiendo el rastro de su hermano como si estuviera sintiendo un llamado de la tierra, de los árboles, de la vida misma.

Como si enfrentarse a él fuera a darle paz, pero yo sé que no es así. Verlo y escucharlo solo le causa rá dolor. Pero no puedo culpar a nadie por eso, salvo a mí misma.

Cuando conocí a Erick tenía pocos días de haber visto a Thomas por primera vez en la escuela. Su parecido me sorprendía y me intrigaba, así como el hecho de que solo uno de ellos asistiera a mi escuela. Algunas veces, especialmente al inicio, solía confundir a un hermano con el otro; sin embargo sus diferencias no tardaron en hacerse notar.

Mientras que Thomas es tímido, considerado y sensible, Erick es todo lo contrario. Él trataba de disimular al principio, intentaba disfrazar su mal temperamento y sus ataques de violencia, hasta que un día dejó de importarle lo que yo pudiera pensar. Ya había conseguido mi colaboración. Me estaba usando, como a un peón, para que me acercara a su hermano, para que le hiciera compañía. Y aunque al principio no sabía cómo llamar la atención de Thomas, o cómo atraer su interés, una vez que empezamos a intercambiar cartas todo se volvió natural, imprescindible. Definitivo. Yo encontré en Thomas más que un amigo, y eso pareció no sentarle bien a Erick, quien había empezado a sentir posesión sobre mí aun cuando nuestra relación no era de ese tipo.

Fue cuando comprendí que Erick era peligroso. Para Thomas, para sus padres, y para mí. Y darme cuenta de eso me orilló a pensar que la única manera de librarnos de él sería huyendo sin dejar rastro. Con lo que no contaba era con que Erick descubriera mis planes y decidiera actuar antes.

Thomas ahora va tras su hermano. Un hermano que ha prometido hacerle daño, ¿y qué esto y haciendo yo?

Mirando cómo se aleja de mí para ir a enfrentarse a ese monstruo con piel de oveja que me embaucó.

*«Ve por ayuda».*

Sus palabras se repiten en mi cabeza. Una orden.

Un propósito. Y si lo consigo, una oportunidad de sobrevivir.

—Tengo que buscar ayuda —me digo en voz alta, mirando a mi alrededor y buscando un camino que no me lleve a encontrarme accidentalmente con él.

Empiezo a caminar por el lugar de donde he visto aparecer a Thomas antes, y no me detengo a pesar de los ruidos del bosque, del frío o del miedo. Hasta que encuentro el vehículo que Thomas mencionó. Una camioneta. Entonces corro hacia ella rogando que tenga las llaves dentro. Y cuando las consigo conectadas al arranque es cuando me permito tener esperanzas.

*«Solo espero que, cuando la ayuda llegue, no sea demasiado tarde».*

*Thomas*

Estoy siguiendo sus pasos por el bosque, o al menos intentando hacerlo, cuando él aparece frente a mí.

Su cabeza inclinada a un lado y su mirada curiosa me recuerda las veces que estuvimos uno

frente al otro, siendo niños, antes de hacer alguna travesura.

Es como verme en el espejo, siempre pensé, pero realmente no nos vemos igual. Ya no. Su rostro refleja cosas que ni siquiera alcanzo a imaginar, su cabello es más largo de lo que se lo he visto llevar, hay bolsas debajo de sus ojos, su ceño está siempre fruncido y pareciera que olvidó cómo sonreír. Su ropa... es mía.

Lleva mi ropa puesta, lo que significa que ha estado en la casa. En mi habitación.

Doy un paso hacia Erick al mismo tiempo que él avanza hacia mí, y uso la oportunidad para ver a mi hermano. Para observarlo con cuidado. Para detallar todas las cosas que eran diferentes a la última vez que nos vimos, pero también para buscar si dentro de ese extraño que está frente a mí queda algo, cualquier cosa, del hermano que creí perdido. Y por unos segundos lo veo.

En un parpadeo, solamente. Vulnerabilidad, nostalgia...¿miedo? O tal vez es mi mente jugándome trucos.

Cuanto más se acerca es más fácil encontrar los detalles. Su estatura, por ejemplo. La diferencia con la mía es mínima pero ahí está, porque él es unos centímetros más alto. También tiene brazos más musculosos mientras que los míos, como si hubiese estado entrenando para una competencia importante. O para someterme de cualquier manera posible, pienso.

«Pues, no voy a ponerte las cosas tan fáciles esta vez, hermano».

—¿Por qué haces esto? —Le pregunto.

—¿Tú qué crees? —Se burla.

—Yo creo que tienes miedo... —respondo—. O no usarías un arma para enfrentarme.

—¿Y de verdad piensas que necesito esto para acabar contigo? —Se carcajea—. Te tengo justo donde quiero y no he necesitado usarla ¿o sí?

Erick da un paso más hacia mí. Su sonrisa se ensancha cuando doy un paso hacia atrás, y alza una ceja como si estuviera devolviéndome mis propias palabras.

«Yo creo que tienes miedo».

¿Pero lo tengo? ¿Realmente siento miedo de mi hermano? ¿Sentía miedo cuando estaba en la cabaña sin saber quién me retenía allí? No. Estaba lleno de rabia. De decepción conmigo mismo por no poder ayudar a Liv.

Ahora ella está libre y yo estoy frente al hombre que pretende jugar a ser Dios para dictar nuestro futuro.

«No voy a permitirselo».

Erick mira por encima de mi hombro, hacia el lugar por el que vine, como si esperara ver a Liv. Y me sorprenden las palabras que salen de mi boca, sonando más como un gruñido animal que a mi voz.

—No voy a permitir que vuelvas a ponerle las manos encima —le advierto.

—¿Y qué vas a hacer, hermanito? —Me pregunta—. ¿Llamar a papá para que te defienda?

¿Encerrarme en otro hospital y mudarte de ciudad? Ya los encontré una vez, y puedo hacerlo todas las veces que intenten dejarme atrás.

El siguiente paso que da hace que vuelva a retroceder. El peso de su acusación, del odio que arrastran sus palabras, es demasiado. Erick me culpa por lo que pasó, por el abandono de nuestros padres, por la nueva vida que intentaron construir en Shoreham, y nada de eso ha sido decisión mía.

—Yo no sabía... —empiezo a decir. Erick hace un sonido desdeñoso, dándome a entender que no le interesan mis excusas. Aunque realmente no son excusas.

Yo no tenía ni idea de qué había sido de él.

—Claro... —se ríe—. ¿Cómo fue que dijo Liv? —Pregunta y pretende estar pensando por

unos segundos—. Ah, sí. Pensabas que había muerto... —negó con la cabeza—. Dime algo hermanito, ¿asististe a mi funeral? ¿Me visitaste en el cementerio, acaso? ¿Preguntaste por mí alguna vez?

Las respuestas a esas preguntas son como puños contra mi pecho. No, no, no. ¿Por qué no hice preguntas?

¿Por qué no cuestioné las decisiones de mis padres? Él necesitaba ayuda, y yo lo abandoné también.

—Claro que no lo hiciste —dice y su gesto burlón se transformó en una máscara de rabia y decepción—. ¿Por qué desperdiciar la oportunidad de deshacerte de esa falla que tenías por hermano? —Niega con la cabeza—. ¿Sabes qué es lo más triste? Que vine a este maldito pueblo por ti, ¿y qué hiciste? ¡Me cambiaste por ella! —me acusa—. Pensabas escapar de mí otra vez, y eso no lo podía permitir.

—Deja a Liv fuera de esto... —le pido.

—Ella ha estado metida en esto, como tú dices, desde el principio —confiesa mi hermano—. Liv se acercó a mí pensando que eras tú, y cuando le conté mi historia se ofreció a ayudar para que nos reuniéramos — explica—. ¿La casa del árbol en el medio del bosque? Yo la encontré para ella. Y en lugar de traerte a mí, Liv decidió traicionarme también y quedarse contigo — escupe con rabia—. ¡Todos me traicionan! ¡Pero ya me cansé de eso!

—¿Qué piensas hacer, Erick?

—Le pregunto, tratando de extender la conversación, de buscar una forma de sacarnos de este atolladero y hacerlo entender que no lo he abandonado, que él siempre va a ser mi hermano.

—¿Crees que se den cuenta de que no serás tú, sino yo quien regrese a casa? —Me pregunta en cambio. Una sonrisa formándose en su cara.

—Tú no quieres hacer eso... —le digo.

—Oh, pero sí quiero, hermanito —me asegura apuntando su arma hacia mí—. No tienes idea de cuánto lo quiero.

La tensión formándose entre nosotros, la decisión en su rostro, mis temores, todo se ve interrumpido por el sonido de un motor encendiéndose. Liv entró el auto.

Y como si adivinara cuáles eran nuestros planes, Erick se olvida de apuntarme y empieza a correr buscando a Liv.

Pero yo no puedo permitir que la atrape.

*«No dejaré que le haga daño otra vez».*



## CAPÍTULO 21

### *Pasado*

Cuando éramos niños mi hermano y yo solíamos pretender al otro para confundir a nuestros padres. Al principio era divertido. Mamá siempre nos descubría, pero nos seguía la corriente de todas formas. Papá nunca tenía paciencia para nuestros juegos, salvo en verano cuando no tenía que ir al trabajo y parecía estar más relajado.

Luego nuestro pequeño juego se extendió a los profesores en la escuela. Pero algunas veces Erick empezaba a jugar sin decirme. Yo lo descubrí porque un día la maestra de tercer grado me dejó sin recreo como castigo por algo que supuestamente había hecho. Esto siguió sucediendo prácticamente hasta noveno grado, y cuando la directora de la escuela a la que asistíamos finalmente se dio cuenta de lo que ocurría, le sugirió a nuestros padres que nos registraran en clases diferentes.

Entonces mi hermano empezó a hacer su propio grupo de amigos entonces, evitarme en los recesos y hacerme sentir culpable por nuestra separación.

Hacer amigos para mí nunca fue tan sencillo como para Erick, y conforme pasaba el tiempo más complicado se volvía. Yo era su sombra. El hermano menos genial del par, al que las chicas veían con resignación cuando el otro las rechazaba y del que los chicos se burlaban porque nunca encajaba en ninguna parte.

De algún modo había perdido el manto de seguridad que representaba mi hermano. Pero su indiferencia solo estaba reservada para la escuela. En casa seguíamos siendo inseparables. Hacíamos música juntos, bromeábamos sobre las materias difíciles y hacíamos reír a mamá con nuestros planes de convertirnos en rockeros famosos. Hasta que un día las cosas en casa también empezaron a cambiar. Los gritos empezaron a hacerse más frecuentes. La paciencia de papá con Erick cada vez era menor, y sus chistes ya no hacían reír a mamá.

Yo escuchaba rumores en la escuela, pero nunca les hacía caso. Hasta que se me hizo difícil seguir ignorando las señales. Hasta que se volvió imposible negar la verdad de lo que sucedía. Hasta que lo seguí a esa fiesta y descubrí que los amigos que me habían arrebatado a mi hermano lo veían destruirse a sí mismo mientras reían.

Erick, tan hambriento de aceptación, se había convertido en el bufón de su grupo de amigos. Mi hermano, mi héroe, mi amigo, estaba desvaneciéndose frente a mis ojos. Y yo no podía quedarme allí, como los otros, dejando que la vida se le escurriera de las manos.

Tenía que hacer algo. Por eso tomé mi móvil y llamé a mis padres. Les confesé a donde estaba y por qué había venido. Les pedí ayuda, y ellos me aseguraron que vendrían.

Pero la policía llegó antes y entonces el infierno se desató.



### *Presente*

Empiezo a correr casi al mismo tiempo que mi hermano, encontrando la energía suficiente para



alcanzarlo y la valentía para lanzarme hacia él hasta que ambos caemos al suelo convertidos en una maraña de extremidades, ira, furia y desesperación.

—¡Para! —Le ordeno tratando de evitar que sus manos alcancen su arma.

—¡Oblígame! —Me reta, arreglándoselas para golpearme en las costillas con uno de sus codos.

—Tienes que dejarnos ir, Erick —suplico casi sin aliento—. Por favor... —insisto—. Deja que te ayudemos —digo apresando sus brazos con los míos, como solía hacer cuando era un niño y quería evitar que me quitara algún juguete.

—Yo no quiero que me encierren otra vez —Erick responde y su voz se quiebra. No soy el único que ha sufrido en esta historia, solo que su sufrimiento lo ha llevado a tomar decisiones que han puesto a todos en peligro. Incluso a él mismo.

—Nadie va a encerrarte —le prometo.

—Tu novia va a traer a la policía hermanito —responde sin dejar de mover se, sin dejar de combatirme—. ¿Qué crees que harán ellos? ¿A dónde crees que me enviarán?

El siguiente golpe me toma por sorpresa. Su codo conecta con mi nariz, haciendo que mis ojos se llenen de lágrimas en el acto, y sus rodillas golpean con fuerza contra mi estómago. Me quedo sin aire, aturdido e incapaz de retenerlo, y Erick se escurre lejos de mí, se pone de pie y empieza a correr.

Ya no se escucha el motor del auto, por lo que supongo que Liv ya no está cerca ni en peligro, pero Erick es inestable y si lo que me ha dicho es cierto, si pretende volver a casa haciéndose pasar por mí, entonces no dudará en eliminar a cualquier persona que se interponga en su camino.

Con dificultad me pongo de pie y empiezo a buscar a mi hermano. Lo escucho, pero no logro verlo. Erick se mueve en el bosque como un huracán, con violencia y dejando la huella de su paso por cada sendero que toca.

Yo uso su descuido para encontrarlo, para intentar detenerlo mientras ruego porque la ayuda llegue rápido.

Entonces me doy cuenta de que la actitud

descuidada de mi hermano no era más que una farsa. Que me ha tenido moviéndome en círculos por el bosque, probablemente riéndose de mi estupidez.

—¡Erick! —Empiezo a gritar, pero nadie responde—. ¡Ven conmigo! ¡Deja que te ayude!

El crujido de las hojas me alerta de que está cerca, pero mi hermano sigue en silencio. La sensación de haber caminado directo a una trampa me envuelve, pero pienso que al menos Liv está a salvo, que ella irá con la policía y ellos sabrán qué hacer para proteger a mi familia.

«¿Tan pronto te rindes, hermanito?»

La voz de Erick, burlándose de mí como en el pasado, me llena la cabeza. Luego escucho mi propia voz alzarse con decisión. No, no me he rendido.

Empiezo a girar, con la guardia en alto y preparado para defenderme en cualquier momento. El bate de béisbol que traía conmigo quedó olvidado cuando me enfrenté antes a él, así que no tiene caso que intente buscarlo siquiera.

Cuando me doy la vuelta finalmente lo veo, escondido entre los árboles, y empiezo a caminar hacia él. Erick solo sonríe. Con los brazos cruzados, alzando una ceja como si estuviera retándome, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Mirándome directo a los ojos.

—Tu novia no está aquí para salvarte, Thomas —me dice—. Ni papá, ni la policía. Nadie vendrá por ti —se burla—. Ella te abandonó, como tú me abandonaste a mí.

Cuando las palabras terminan de salir de su boca me lanzo contra él. Pero Erick estaba esperando esa reacción y se hace a un lado, dejando que caiga de cara al suelo. Uso mis manos

para apoyarme y ponerme de pie, y vuelvo a cargar contra mi hermano.

Erick es como el gato que juega con su comida antes de devorarla, burlándose de mí en cada oportunidad. Hasta que logro conectar con él trayéndolo al suelo conmigo, y su cabeza golpea contra una roca, y Erick lanza un puñetazo que me da de lleno en la cara haciéndome escupir sangre. Ahora hay sangre por todas partes. En la tierra, en su ropa, en mis manos... mucha sangre.

«¿Cuánta más irá a derramarse hoy?»

Mi hermano sigue lanzando golpes mientras que yo trato de esquivarlos, y pequeños fognazos del pasado asaltan mi mente comandándome a evitar que la historia se repita. Defiéndete, golpea. Y es de nuevo como esa noche en el estacionamiento de la escuela, como cuando Alex y sus amigos me atacaron. Las voces en mi cabeza dirigiéndome en la pelea. Es la voz de Erick, me doy cuenta. Siempre fue su voz. Esta absurda conexión que hemos tenido desde niños vibra con fuerza cuando él intenta derribarme, pero levanto mi pierna y le doy un rodillazo en la cara.

Erick gime de dolor y el crujido de un hueso al romperse me estremece por completo. Su nariz. Le he roto la nariz a mi hermano. La sangre me salpica la cara, pero no dejo que esto me distraiga, sino que uso mi cuerpo para volver a derribarlo contra el suelo; entonces me siento sobre él dispuesto a terminar con esto.

Erick no es un oponente fácil. Él no es de los que se rinde, y tampoco de los que juega limpio, recuerdo justo cuando lanza dos golpes a los lados de mi cabeza, haciendo que mis oídos piten por el impacto.

—¿Sabías que al principio ella no podía distinguarnos? —Se ríe tirándose al suelo, aprovechándose de mi aturdimiento—. Algunas veces iba a su casa del árbol y ella pensaba que eras tú —me dice mientras me golpea—. ¿Tienes idea de las veces que me aproveché de eso? — Gruñe.

Sus palabras hacen que una ola de furia me atraviese. Con una mano tiro de su cabello y, con la otra, agarro su garganta. En sus ojos puedo ver la sorpresa, pero también la satisfacción. Esto es lo que Erick quería.

Una reacción.

«Tú lo pediste, hermanito».

Erick usa todo su cuerpo para tratar de zafarse de mi agarre, arañándose y lanzando puñetazos, pero me inclino lo suficientemente lejos como para evitar los golpes y mantener mi agarre sobre su cuello.

—¿Todavía vas a elegirla a ella? ¿En lugar de mí, que soy tu hermano? —Me dice, pero en mi mente está claro que no debió haber una elección en primer lugar.

Que si mi hermano recibiera ayuda, de mis padres y de alguien profesional, él podría llegar a encontrar un equilibrio en su vida, y quizás también alguien que lo acompañe en sus aventuras, alguien que planee un futuro con él como Liv hizo conmigo.

Erick se deja caer a un lado, y yo lo sigo posicionándome encima de él. Con ventaja, finalmente.

Mis manos se firman firmemente alrededor de su cuello. Y mi hermano sonrío. Como si finalmente estuviera recibiendo lo que deseaba.

Imágenes de él sobre mí, tres años atrás, se disparan en mi memoria. Las manos de Erick se agarran de mis muñecas, apretándose. Su boca se abre y se cierra con desesperación, pero la sonrisa permanece en su cara.

«¿Por qué, Erick?»

Siento lágrimas brotar de mis ojos y un atisbo de vulnerabilidad se asoma en los de mi hermano. Él sabe que esto es una despedida. Que esta será la última vez que estemos frente al

otro. Erick decidió que sea yo quien rompa el corazón de mis padres, que sea yo quien acabe con él. Quizás nunca pretendió hacerme daño, sino hacerme creerlo para que abrazara la oscuridad que hay dentro de mí, para que dejara de ser el hijo perfecto que él me acusaba de ser. Para que, tal vez, gracias a mis pecados los suyos ya no se vieran tan graves.

Un gruñido casi animal se escapa de mis labios mientras el cuerpo de mi hermano se estremece debajo del mío. Miles de recuerdos me asaltan, y de repente todo el dolor, todo el tiempo perdido deja de tener importancia.

—Perdóname... —Sollozo sin poder contenerme—. Por favor perdóname —repito mientras mi hermano jadea, incapaz de llevar aire a sus pulmones. De sus ojos también salen lágrimas, me fijo. Sus pupilas crecen, tragándose el color de sus ojos. Entonces mi hermano suelta mis muñecas y estira la mano.

Por un momento estoy seguro de que intentará golpearme de nuevo, pero en cambio sus manos agarran mis mejillas para secar mis lágrimas antes de que sus ojos, esos que me miraban sonrientes y compasivos, rodaran y empezaran a cerrarse. Entonces su cuerpo se relaja y su cabeza cae hacia un lado, haciendo que toda mi fuerza me abandone.

*«Yo he hecho eso. Yo soy el culpable».*

El llanto se apodera de mí. Incontrolable, salvaje.

Tal y como me siento. Destrozado, vacío, muerto igual que él. El bosque se llena con mis gritos, pero no puedo deshacer mi crimen. No puedo devolverle la vida a mi hermano.

—Thomas... —escucho la voz de Liv a mi lado.

Me giro para verla e imagino lo que ella ve en mí ahora. Un asesino. Espero el rechazo, la repulsión de su parte, en cambio sus ojos permanecen fijos contra los míos. Con curiosidad. Aceptación, incluso.

—Está bien —me dice, pero es una mentira—. Todo va a estar bien ahora —insiste mientras me aparta del cuerpo de mi hermano y me atrae hacia ella.

Miro sus labios moverse mientras me alimenta con sus palabras. Esa siempre ha sido el arma de Liv. Sus palabras. Primero en sus cartas, luego en nuestras conversaciones susurradas. Miles de secretos y mentiras.

Pero sus ojos nunca han sido capaces de engañarme totalmente.

La odio por manipularme, por entrar a mi vida con mentiras. Supongo que también odiaba a Erick por usarnos a todos como piezas en un tablero de ajedrez.

Pero de no ser por él, no tendría a Liv. Solo espero que seamos capaces de poner algún día esta pesadilla en un cajón y olvidarnos de ella.

—¿Buscaste a la policía?—Le pregunto, y ella asiente.

—Venían detrás de mí —me dice—. Reconocieron la camioneta y empezaron a seguirme. Los guié hacia acá.

Empezamos a caminar, pero no sé hacia donde voy.

Ella me está guiando. Entonces escucho un ruido y siento a Liv tensarse a mi lado.

—Patético... —escucho la voz de Erick. Rasposa y débil, pero suya—. Pensé que terminarías el trabajo hermanito. Pudiste sacar la pistola de mi ropa, pero no lo hiciste —se burla—. Un error grave, pero supongo que eso resuelve mi problema. Ahora acabaré con dos pájaros de un tiro.

Me giro lentamente, asegurándome de poner a Liv detrás de mí. Levanto las manos en señal de rendición.

Erick tiene su arma apuntando directo hacia mí. Da un paso, y luego otro. Poco a poco va acortando la distancia entre nosotros. Él está decidido a no fallar. Erick no cometerá el mismo error que yo.

—Yo t e perdono, hermanito —sonríe, y esa es la última cosa que escucho antes de que el grito del detective Sawyer penetre mis oídos.

—¡Alto! ¡Suelte el arma! —Ordena—. ¡Al suelo!

La mirada de Erick se alterna entre la policía y nosotros. Un brillo malicioso se asoma en su mirada. Su escape. Lo que él estaba buscando. Gente que no nos conoce, que no sabe lo que ha pasado, que podría creer la mentira que mi hermano estaba tratando de plantar. Noto exactamente el momento en que él se nota la oportunidad.

Erick llev a mi ropa, está herido y Liv está detrás de mí.

El agente Sawyer podría creer fácilmente que él está intentando protegerla de mí.

Entonces da un paso.

Suena un disparo.

Y otro...

La sangre brota del pecho de Erick y el dolor estalla en todo mi cuerpo. Caigo de rodillas mientras veo a un par de oficiales acercarse hacia el lugar donde está mi hermano mientras que el detective Sawyer les ordena llamar a una ambulancia. Entonces él me ve y corre hacia mí. Liv está a mi lado diciéndome que la ayuda viene en camino.

No entiendo qué sucede. ¿Por qué todos vienen hacia mí? Erick es el que está herido. Él es quien necesita ayuda.

El agente Bowen intenta apartar a Liv, pero ella se resiste. Ya no me siento capaz de soportar mi propio peso y caigo al suelo. Tanto el d etective Sawyer como el agente Bowen nos observan, luego intercambian una de esas miradas en las que se dicen mil cosas sin pronunciar una palabra.

—Todo va a estar bien —dice Liv acunándome entre sus brazos mientras siento mis ojos cerrarse, y no sé cuántas veces ya ha dicho esa mentira. Pero en este instante, pienso, daría cualquier cosa por creer.



## EPÍLOGO

### *Presente*

Despertar rodeado de aparatos me produjo me hizo pensar por un momento que todo había sido un sueño.

Una pesadilla, más bien. Que estaba de vuelta tres años en el tiempo, en Boston, con mi madre a un lado de la cama con los ojos hinchados de tanto llorar. Pero eso era solo una ilusión. Todo había sido real.

*«Erick había sido responsable de secuestrar a Liv».*

Cierro los ojos y mi cerebro reproduce retazos de ese día en el bosque. Del día en que descubrí la verdad.

Cuando el detective Sawyer le disparó a mi hermano antes de que pudiera dispararme, solo que su arma se accionó al mismo tiempo dándome de lleno en el hombro.

Luego todo empezó a volverse confuso para mí.

Recuerdo al detective Sawyer haciéndole preguntas a Liv. Sobre su asociación con mi hermano, sobre sus planes y el secuestro.

—Olivia, sé que lo que ha pasado ha sido muy difícil —empezó a preguntar preguntó el detective—. Pero necesito preguntar si Erick Cohen fue la persona que te trajo aquí, y si lo hizo en contra de tu voluntad.

Recuerdo como ella levantó la mirada hacia el lugar donde estaba mi hermano. Tendido en el suelo mientras un par de uniformados lo atendían, y empezó a relatar, sin guardarse nada, todos los detalles de la historia.

Había un brillo extraño en sus ojos mientras observaba a mi hermano. Rabia, probablemente, pero también hay algo más. Compasión. Ella no lo miraba como un monstruo sino como alguien que necesita ayuda.

Es la misma mirada que muchas veces vi en el rostro de mis padres durante nuestra adolescencia, mientras él juraba que nadie le prestaba atención.

—¿Olivia? —El detective Sawyer dijo su nombre para llamar su atención.

—Sí, él lo hizo —le respondió finalmente—. Erick Cohen, me trajo en contra de mi voluntad —luego Liv me buscó con la mirada antes de hacerle una pregunta al detective Sawyer—. ¿Qué va a pasar con él?

—Estará en custodia preventiva hasta que vaya a juicio —le informó el detective—. No te preocupes, Erick Cohen no volverá a acercarse a ti.

Luché por mantenerme despierto, como me decían el detective Sawyer y el agente Bowen, mientras llegaba la ambulancia. Pero con cada minuto se volvía una tarea más y más difícil.

—Thomas... —susurró Liv apartándome el cabello de la cara—. Sé fuerte, ya viene la ambulancia —me dijo mientras que el detective Sawyer ponía una mano sobre su hombro para reconfortarla.

—¿Erick? —Pregunté, y por un momento vi el miedo en la mirada de Liv.

—Él va a estar bien —me aseguró el detective, pero a él nunca aprendí a leerlo bien. No podía decir si me estaba mintiendo o no.

Estaba cansado de las mentiras.

Quería dormir.

No recuerdo mucho más después de eso. Solo el sonido de la ambulancia, cada vez más cerca. Imágenes intermitentes. Siendo cargado dentro del hospital, luces, las voces de mis padres. Y luego despertar en esta habitación, rodeado de aparatos. Han pasado varios días desde entonces, pero me siento más lúcido que la última vez que estuve internado.

Liv ha venido ha venido a visitarme varias veces.

Una de ellas vino acompañada de su padre, quien insistió en agradecerme por el rescate de Liv como si yo fuera el responsable de eso, y no el hermano de quien la secuestró en primer lugar. Y otras veces ha hecho turno s con mi madre para quedarse conmigo mientras ella va a comer o descansar. O cuando va a visitar a mi hermano en el hospital del condado vecino.

Es ella quien está junto a mi cama ahora. Su cabeza reposa a un lado del colchón y su mano descansa sobre la mía. Intento no moverme para no molestarla, pero ella parece sentir que estoy despierto de todas formas.

Cuando me mira, la noto triste.

—¿Estás bien? —Pregunto, y ella asiente con una sonrisa.

—Sí —responde—. Lo estoy ahora —y luego ella dice algo que no esperaba—. Thomas, te quiero —susurra—. Lamento mucho no haberte dicho lo que estaba pasando, por no contarte sobre Erick... —niega con la cabeza—. Lo siento... mucho por todo.

—Yo también lo siento —le digo acariciándole en cabello, y digo las cosas que imaginé diciéndole esa noche en la cabaña, cuando estaba amordazado sin poder hablar—. No dejaré que te vuelva a pasar nada malo —prometí—. Y si todavía quieres hacerlo, cuando salga de aquí te acompañaré lejos de Shoreham.

Sus ojos se llenan de lágrimas y sé que las palabras no serán suficientes. Ella ha escuchado muchas de esas.

Algunas han sido ciertas, pero otras han sido mentiras.

Demasiadas mentiras. Yo también. Nuestras vidas han estado llenas de ellas.

Un par de días después estoy descansando en casa de mi tío John. Mis padres están en el hospital visitando a Erick que sigue internado, y han insistido en que me quede aquí para que esté acompañado. Mi tío dice que un par de agentes vigilan a mi hermano todo el tiempo, y que cuando lo den de alta lo trasladarán a una correccional mientras se inicia el juicio.

Liv viene a visitarme por la tarde. Trae la mochila que solía llevar a clases y la deja junto a mi cama antes de acomodarse a mi lado. Luego la levanta, abre la cremallera y me deja ver el contenido. El la ha estado en casa, rescatando las cartas que oculté bajo el piso de madera en mi habitación. También está su diario, algunas golosinas y unos audífonos. Y es como estar de vuelta a la casa del árbol. Tumbados en el suelo, uno junto al otro.

Nuestra historia está escrita en esas cartas, capítulo a capítulo. En ellas estamos nosotros. Imperfectos, rotos, vacíos. Buscando pedazos perdidos en el otro, tratando de llenarnos con memorias y secretos.

*«Y todo empezó con mentiras».*

Tal vez nunca supere la manipulación de mi hermano, y cómo Olivia aceptó participar en ella. Pero he decidido quedarme con lo bueno, con lo que nos trajo hasta aquí. Con la parte de esa mentira que nos salvó a ambos.

Me duele Erick. Me duele que esté tan roto que haya terminado tomando malas decisiones. Me rompe el corazón que siga sufriendo. Que esté solo y encerrado, justo como temía volver a terminar. Y en parte me siento culpable por eso. Me rompe el corazón que mis padres, quienes se negaran a aceptar que uno de sus hijos estaba programado diferente a pesar de verse igual al otro,

y que esa terquedad haya provocado tanta tragedia. Tal vez si él hubiese recibido ayuda a tiempo las cosas fueran distintas. Quizás.

Nos hemos hecho tanto daño, todos, y aun así tenemos la oportunidad de empezar de nuevo. De sanarnos. De reparar lo que está roto y llenar lo que está vacío.

¿Por qué no lo hicimos desde el principio? ¿Cómo pudimos haber sido tan estúpidos?

Me gustaría decir que todo quedó atrás, que es parte del pasado, pero eso no sería cierto.

—Si después del juicio todavía quieres irte de Shoreham... —empiezo a decirle—. Yo iré contigo —le prometo, y Liv sonrío—. Empezaremos una vida en un lugar nuevo y seremos felices —sonrío de vuelta—. Te amo, Liv.

Liv tira de mi rostro hacia el de ella, y nuestros labios se encuentran. Hay desesperación en nuestro beso y ternura, y siento todas las cosas que nos dijimos en voz alta. La siento considerando este futuro que he pintado, y lo siento cuando se aleja y me mira con esos ojos seductores y traviosos, esos que solían guardar secretos y que ahora son como libros abiertos.

—Yo también te amo, Thomas —me dice y vuelve a besarme.

En ese momento, me olvido de mi hermano. Me olvido del detective Sawyer y del agente Bowen, quienes vienen casi a diario a visitarme buscando más respuestas para su investigación. Me olvido de la pesadilla que vivimos. Me olvido nuestras vidas, desordenadas y familias imperfectas, de nuestro pasado, y de preocuparme por lo que nos depara el futuro.

Me olvido de todo y miro a los ojos de esta chica.

Mi chica. Ojos que son como libros abiertos contando una historia. Una que quizás esté llena de renglones torcidos, de capítulos oscuros y de páginas rotas, pero es nuestra.

Una historia sellada con un beso. Uno que podría durar para siempre. Y es en este instante, junto a ella, que finalmente me atrevo a creer que todo estará bien.

**FIN**



## AGRADECIMIENTOS

Crear una nueva historia implica un montón de preparativos, especialmente cuando estás probando algo nuevo y totalmente fuera de tu zona de confort, que es lo que ha pasado con esta historia. Lecturas, investigación, noches sin dormir, dolores de cabeza... esas fueron algunas de las constantes en este proceso, pero llegar hasta aquí significa que estoy rodeada del equipo correcto. De gente que, sin importar qué, me apoya y me impulsa a seguir adelante. Por eso mi agradecimiento infinito a mi familia por estar a mi lado mientras CARTAS AMARILLAS cobraba vida.

Escribir es una tarea solitaria, sin embargo existe una comunidad vibrante alrededor de los libros. Autores amigos, lectores, promotores, blogueros..., todos hacen de este trabajo algo menos solitario, y yo me siento afortunada por contar con gente tan especial en mi vida.

Erika Fiorucci, Jonaira Campagnuolo, Stefania Gil, Helena Moran -Hayes, Lorena Fuentes, Yamila Bianquierei, Indhira Jacobo, Liz Rodríguez, Mile Bluett, Ale Peña, Yunnuen González, Kristel Ralston, Cecilia Pérez y al grupo Divinas Lectoras, a mis chicas de Romántica – novelas con corazón, al equipo de Ediciones Textualmente Activas, Love Kiss Distribuciones, y a todos los nombres que probablemente estoy olvidando pero que han estado al alcance de un click para mí siempre que lo he necesitado, con consejos y palabras de ánimo, o simplemente compartiendo mis publicaciones, haciendo que mi trabajo llegue a cada rincón posible.

Desde el fondo de mi corazón, gracias.

Gracias también a los chicos y chicas de mi grupo de Facebook por no reírse en mi cara cuando dije que quería escribir algo diferente, en cambio estuvieron al pendiente de la historia animándome a continuar, incluso cuando parecía imposible.

Cartas Amarillas fue una prueba. No solo porque significaba salir de mi zona de confort y probar algo nuevo, sino que además fue una prueba de resistencia.

Fue una novela concebida en la más dura adversidad, con todos los elementos en contra. Pero era una idea que se negaba a morir, fueron voces que se negaban a callar, así que gracias a ti, mi querido lector o lectora, por darle una oportunidad.

## **SOBRE EL AUTOR**

Miriam Meza nació en Maracay estado Aragua (Venezuela) el 08 de Agosto de 1986. Se graduó como Ingeniero en Informática, sin embargo fue seducida por las letras desde temprana edad y decidió darles una oportunidad a la escritura, estrenándose en el año 2014

con su novela Miss Fatality, una comedia romántica que marcó el inicio de la serie Víctimas de Murphy, por la cual es más conocida. Sus obras son mezcla de romance contemporáneo y humor, y están disponibles no solo para el mercado hispano, sino también en italiano, por tugués e inglés a través de las principales tiendas digitales.

Actualmente reside en el estado Táchira junto a su familia, dos perros con problemas de personalidad y una gata que planea dominar al mundo algún día.

Miriam es fanática de las redes sociales y puedes encontrarla a través de sus perfiles:

\* Facebook:

<http://facebook.com/miriammezaescritora>

\* Twitter: <http://twitter.com/extremedamage>

\* Instagram: <http://instagram.com/extremedamage>

# TABLA DE CONTENIDOS

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#) [CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)